

REBROTAR

Jean Giono

Traducción de
Pedro Ángel Almeida

Rebrotar, Jean Giono

PRIMERA PARTE

I

Cuando el correo de Banon pasa por Vachères, siempre son las doce.

Ya puede salir más tarde de Manosque los días que se retrasan los de siempre; cuando llega a Vachères, siempre son las doce.

Puntual como un reloj.

En el fondo, es un fastidio llegar todos los días a la misma hora.

Miche, el que conduce la diligencia, probó una vez a ver qué pasaba si paraba en el cruce de Revest-des-Brousses y echaba una parrafada con Fanette Chabassut, la que llevaba la “taberna de los Dos Monos”, y después siguió tranquilamente. No pasó nada. Quería comprobarlo; bueno, pues lo comprobó.

En cuanto se pasa el recodo de Hôpital, aparece el campanario azul, que se alza por encima del bosque como una flor, y al cabo de un instante su campana toca el ángelus con la voz de un cencerro de macho cabrío.

—Eh, otra vez son las doce —dice Michel y, colgado de la caja de la diligencia, añade:

—¿Oís, vosotros, los de dentro? Otra vez las doce. No hay nada que hacer.

Entonces, qué queréis, todos sacan las cestas de debajo de la banqueta y se ponen a comer.

Tocan al cristal:

—Michel, ¿quieres un poco de este rico embutido?

—¿Y unos huevos?

—¿Y un poco de queso?

—No os molestéis.

Pero no hay que hacer desaires a nadie. Michel abre el portillo y coge todo lo que le dan.

—Esperad, esperad. Tengo las manos llenas.

Lo pone todo a su lado, encima del asiento.

—Pasadme también un poco de pan. Bueno, y si alguien tiene una botella...

Después de Vachères, empieza la cuesta.

Entonces, Miche ata las riendas a la palanca del freno y empieza a comer tranquilamente, dejando que los caballos vayan a su paso.

Los que van en el coche casi siempre son los mismos: un comprador de lavanda que viene desde las ciudades de la costa, un tal Camous o algo así; un pastor que sube a los pastos de la sierra y que va cortando pan, un trozo para él y otro para su

perro; la dueña de una granja, siempre de punta en blanco de la cabeza a los pies; y una de esas niñas de campo que son como flores sencillas, con el azul del aciano en los ojos. Algunas veces, además, va el recaudador de contribuciones con su cartera, sentados los dos juntos como dos personas formales.

El campanario de Vachères es todo azul; lo embadurnaron de color desde la sacristía hasta el sombrero de hierro. Fue idea de aquel señor de la finca de la Sylvabelle. No se quiso apearse de la burra.

—Cuando yo digo que pago la pintura, pago la pintura; y si yo digo que pago al pintor, lo pago; ¡que os digo que vosotros no pagáis nada, que lo pago yo todo!

Así que le dejaron que lo hiciera. Al final no está tan mal, y se ve desde lejos...

Los que viajan en el coche del correo van mirando durante un buen rato este campanario azul mientras rumian el embutido. Lo miran durante un buen rato porque es el último campanario que se ve antes de entrar en el bosque y porque, a partir de aquí, la tierra realmente cambia.

Así es: de Manosque a Vachères se va de colina en colina; se sube por un lado y se baja por el otro, pero cada vez se baja un poco menos de lo que se ha subido. Así, poco a poco, la tierra nos va elevando sin darnos la cara. Los que ya han hecho el viaje dos o tres veces se dan cuenta porque en un momento dado ya no hay huertos; luego, porque el trigo es cada vez más corto; luego,

porque se pasa bajo los primeros castaños; luego, porque se atraviesan vadeando torrentes de un agua de color hierba, brillante como el aceite; luego porque, por fin, aparece el tallo azul del campanario de Vachères, y esa ya es la señal definitiva.

Saben que la cuesta que comienza ahí es la más larga, la más dura, la última: y que de un solo empujón va a presentar a los caballos, a la diligencia y a la gente en mitad del cielo, con los vientos y las nubes. Por el otro lado ya no se baja. Primero subirán por el bosque y luego cruzarán por una tierra enferma de lepra como una vieja perra que pelecha. Después ya estarán tan arriba que sentirán aleteos en los hombros al tiempo que oyen el ronquido del viento de siempre. Al final llegarán al páramo, esa enorme llanura cepillada al rape por la gran garlopa del viento, trotarán durante un breve cuarto de hora y, en una mullida hondonada donde la tierra cede bajo el peso de un convento y de cincuenta casas, se encontrarán con Banon.

Los caballos ya están acostumbrados. Primero hay una buena curva, como un codo de brazo; las campanillas de las dos colleras, las graves del caballo rojo y las claras del caballo blanco, suenan, la una y la otra, a cada empujón de los lomos: ahora tú, ahora yo, ahora tú, ahora yo... Después, las rodadas se desvían, como por su cuenta, hacia un bosquecillo de castaños, y los caballos se detienen sin que se lo manden.

Michel salta del asiento, abre la portilla e invita a bajar:

—Señoras, señores, para que descansen los caballos...

Resulta que hoy están la señorita Delphine, la del estanco; la oronda Laure Duvernet, que va a la granja de las Glorias para ayudar en la matanza, y el tío Joseph. Saltan al camino y dicen:

—¡Miserable, cómo nos haces salir con este tiempo!

El viento de noviembre arranca las hojas de los robles en estampidas de rebaño. Es frío hasta la médula, de un frío duro. De un solo golpe mandó callar a todas las fuentes y en el bosque no queda más ruido que el suyo.

—¡Pero bueno, por un poco de viento que hace...!

El tío Joseph es el más viejo.

—Vamos, tío —le dice Michel—, le vendrá bien caminar un poco.

Es el tío de Agathange, el del café del círculo, en Banon. Nos lo solemos encontrar en el café, al lado de la estufa o en la partida de malilla y, claro, es como el tío de todo el mundo.

—Hombre, bien, a mí...

—Bueno, hombre, ¿cómo va esa salud?

—No me puedo quejar. No sería justo.

—Ha hecho usted bien viniéndose a casa del sobrino. Allí en Aubignane, aquella ya no era vida para usted.

—Ya casi no podía aguantar. No quedábamos más que cinco: después Felipe consiguió el puesto de cartero en Revest; y entonces me vino la idea; me dije: «¿qué pintas tú aquí? De un día para otro se te va a derrumbar todo encima de la cabeza. ¡En

turbión!». Entonces se lo hice saber al sobrino. Se lo he dejado todo. Yo, con un poco de sopa y un poco de tabaco, voy tirando.

—Y los otros, ¿siguen allí?

—Todavía quedan tres. Lo sé por uno de las Hautes-Terres. Está Gaubert, ya sabes, el “Aguzanieves”, el padre del Gaubert que está de guarda en las Rouvières. Ese es todavía más viejo que yo. Está el Panturle, ese... y luego hay una que llaman la Piamontesa. ¡Tres!

El viento encrespa el cielo como si fuese un mar. Le hace bullir y lo ennegrece, le hace espumear como a las montañas. Ya no hay sol. Ya no están aquellas placas de un azul apacible. Solo el pasar de las nubes que bajan hacia el sur.

El viento se desploma por momentos, rompe contra el bosque, se abalanza sobre el camino retorciendo largas trenzas de polvo. Los caballos se detienen, bajan la cabeza. El viento pasa.

Cuando recupera el aliento:

—Esa tal Piamontesa —dice Laure, la gorda—, ¿no es una que tiene el pelo rojo? Lleva siempre un pañuelo de esos... También viene a ayudar en la matanza. La vi cuando las cerezas, el año pasado.

—Tú lo sabes siempre todo —dice el tío—, y al final no sabes nada. No. No tiene el pelo rojo. Casi nunca sale de Aubignane. Es una vieja yegua negra, la *zia* Mamèche, así es como se llama. Esa mujer hace por lo menos cuarenta años que está allí. Yo me acuerdo de cuando llegó. No sabía ni una palabra de francés. Se

subía en un alto y cantaba. Luego murió su hombre... Y luego murió su hijo...

Aquello sí que fue una cosa curiosa.

El viento aúlla detrás de las nubes.

—... Su hombre... era pocero. Hacía trabajos en el pueblo, de lo del común. ¡Lo que es el destino! Estábamos haciendo un pozo en Aubignane; seguro que él habría estado bien tranquilo al otro lado de los Alpes. Nosotros, en nuestro pozo, llegamos a un punto difícil, lleno de arena movediza, y nuestro albañil, que era de Corbières, nos dijo: «yo no bajo más; no tengo ganas de quedarme ahí dentro». Él, el Piamontés, acababa de llegar justo en ese momento a Aubignane, sin apenas un cuarto y con la mujer a punto de dar a luz. Vete tú a saber lo que le habría llevado allí: ¡el destino! «Yo bajo», dijo.

Cavó por lo menos cuatro metros. Subía todas las tardes, blanco, baboso como un gusano, con el pelo lleno de arena. Y una tarde, hacia las seis, oímos de golpe allí abajo como cuando se rompe una nuez entre los dientes; oímos moverse la arena y caer piedras. No gritó. No volvió a subir. No lo pudimos sacar. Cuando en plena noche bajamos una linterna atada al cabo de una cuerda para verlo, vimos que el agua subía ya por encima del derrumbe. Subía deprisa. Tuvimos que tirar de la cuerda a

medida que subía. Había por lo menos diez metros de agua por encima de él.

—¡Vaya! —dice Michel, que se ha parado, petrificado, en medio del camino. Luego comienza a andar, porque el coche y los demás siguen adelante.

—Lo peor —continúa el tío Joseph— es que eso no es todo. ¡Esa mujer estaba marcada! Bueno, su hombre estaba muerto, como te digo, y nosotros, los vecinos, nos las arreglamos para darle un poco de ayuda. Y el pozo, lo abandonamos. Nadie quería beber de aquella agua.

Tuvo a su hijo unos dos meses después. Todos decíamos: «con lo que ha pasado, nacerá muerto». No, su pequeño era precioso. Entonces ella recobró algo de vida. Hacía cestas. Iba al arroyo. Cortaba mimbres y trenzaba canastas. Llevaba a su hombrecito en un saco y, mientras trabajaba, lo dejaba en la hierba y cantaba. De esa forma se quedaba tranquilo. Eso lo hacía muchas veces. Le daba flores para entretenerle. Con eso es con lo que habría tenido que ser cauta. Ya tenía tres años, y ya corría solo.

Esta vez es el tío quien se para en medio del camino.

—¿Sabes que no es cómodo hablar subiendo la cuesta? ¡Me sofoco! ¡Me estoy haciendo viejo!

Vuelve despacio a caminar. Y continúa hablando:

—Entonces, una vez, era en la época de las aceitunas, oímos en el fondo de la vaguada como una voz de los tiempos de los lobos. Y nos quedamos todos parados encima de las escaleras. Era abajo, cerca del arroyo. Bajamos cruzando las tierras, mudos, sin saber. Nuestras mujeres se quedaron arriba, todas apiñadas. ¡Y algo aullaba sin parar, abajo, desgarrándose las entrañas!

Era como un animal. Estaba acostada sobre su hijo como un animal. Creímos que se había vuelto loca. Onesime Bus le puso la mano encima para levantarla de allí y ella se volvió y le mordió la mano con toda la boca.

Al final nos la pudimos llevar. El pequeño estaba en la hierba, negro y frío, con los ojos como puños y, en la boca, una baba espesa como la miel. Llevaba tiempo muerto. Supimos, porque tenía briznas en su manita, que había comido cicuta. Había encontrado una mata todavía verde y se entretuvo con ella no muy lejos de su madre, mientras ella cantaba.

—¡Pobre de Dios! —gimió la señorita Delphine.

Caminan un rato los cuatro, sin decir nada. El viento esparce el sonido de las campanillas como gotas de agua. El lado derecho del bosque se ha hundido como de golpe en un valle. Un camino abre la boca al ras de la carretera. Ha debido trepar por el bosque y subir agarrándose para llegar hasta aquí. Está muerto. Está todo verde de hierba. Se le ve inmóvil, tumbado bajo los

robles. Las hojas se le quedan pegadas y la hierba crece a través de él como a través de una culebra muerta.

Por la hienda del valle se ve, a lo lejos, una tierra roja como un zorro.

—Ahí tenéis el camino a Aubignane —dice Michel—. No tiene pinta de ser muy llevadero. Vamos, ahora al coche, tío. Póngase junto a las chicas, y estará usted calentito.

La señorita Delphine tiene molletes en forma de lorzas que rebosan el cuello de los botines. Cuando sube al estribo, sabe que Michel los está mirando. Se detiene, con una pierna en el aire, y pregunta:

—Entonces, tío, ¿Aubignane está allí abajo, donde todo parece muerto?

II

Aubignane está adherida al tajo del páramo como un pequeño nido de avispas; y es verdad, allí solo quedan tres. Por debajo el pueblo se descuelga una pendiente sin hierba. Casi abajo del todo, un poco de tierra blanda y el pelo ralo de una pobre mimbrera. Más abajo, una vaguada estrecha y un poco de agua. Son solo unas cuantas casas que construyeron allí, justo al borde, como en equilibrio; luego, en el momento en que se comienza a deslizar la pendiente, plantaron en medio del pueblo la estaca del campanario y se quedó todo enganchado. Bueno, no todo: hay una casa que está como desprendida, como si hubiera rodado de arriba abajo ella sola y hubiera venido a pararse con las cuatro herraduras clavadas al borde del arroyo, en la encrucijada del arroyo y de lo que llamaban la carretera, allí, contra un ciprés.

Es la casa de Panturle.

Panturle es un hombre enorme. Como si dijéramos un trozo de madera andante. En lo más recio del verano, cuando se cubre

la nuca con un gorro de hojas de higuera y, con las manos llenas de hierba, se levanta y abre los brazos para mirar la tierra, es un árbol. El faldón de la camisa le cuelga en andrajos como una corteza. Tiene labios grandes, gruesos y deformes como un pimiento rojo. Extiende la mano lentamente por encima de las cosas que quiere coger, generalmente algo que no se mueve, o algo que ya no se mueve. Frutos, hierbas o animales muertos; tiene tiempo. Y cuando agarra algo, lo agarra bien.

Cuando se encuentra con algún bicho vivo, lo mira sin imutarse: sea un zorro, una liebre o una de esas enormes serpientes de los pedregales. No se mueve; tiene tiempo. Sabe que en alguna parte, detrás de una mata, hay un lazo de alambre que lo va a agarrar por el cuello cuando pase.

Tiene un defecto, por decir algo: habla solo. Le empezó a pasar de repente después de la muerte de su madre.

Un hombre tan grande como él, y tenía una madre como un saltamontes. Murió del mal. Lo llaman así: «el mal», pero es una miasma que afecta a la gente de edad. Primero les dan los «tres sudores»; luego, la «punzada de flato» y al final se les desprende todo por dentro y se mueren. Es la sangre, que se les cuaja como la leche.

Cuando murió, se la echó a la espalda y la llevó al arroyo. Allí hay un prado con hierba, el único de toda la zona, un regajo natural. Dejó a su madre sobre la hierba y le quitó la ropa, las faldas y los mantones, porque se había muerto vestida. Antes,

cuando sufría y lloraba, no se había atrevido a tocarla. Pero ahora la dejó desnuda. Estaba amarilla como la cera vieja, amarilla y sucia. Era por eso.

Llevaba un trozo de felpa y media pastilla de jabón y lavó a su madre de la cabeza a los pies, por todos lados, repasando bien alrededor de los huesos, porque estaba muy delgada. Luego la puso en una sábana y se fue a enterrarla; esa misma noche se puso a hablar solo.

A veces sube al pueblo a ver a Gaubert o a la *zia* Mamèche.

Gaubert es un hombre pequeño, todo bigote. En tiempos en que aquí había vida, quiero decir cuando el pueblo estaba lleno de gente, en los tiempos de las plantaciones, de los olivares, en los tiempos de la tierra, era carretero. Hacía carretas, curvaba las ruedas, herraba las mulas... Por entonces tenía un hermoso bigote de pelo negro; tenía también unos músculos precisos y duros como el bambú, demasiado fuertes para su pequeño cuerpo, que le impulsaban por toda la fragua, para acá, para allá, siempre en movimiento, a saltos de rata. Por eso le pusieron el mote de «Aguzanieves», ese pajarillo que se lanza como una bala por los matorrales sin parar durante tres estaciones del año.

Gaubert era el que hacía los mejores arados. Tuvo suerte. Cavó un hoyo bajo un ciprés y el hoyo se llenó de agua, un agua amarga como hiel de carnero, probablemente porque manaba de entre las raíces del ciprés. Cuando quería hacer un arado, cogía un buen madero de fresno y lo ponía en remojo en el hoyo. Lo

dejaba allí no poco tiempo, de día y de noche, y algunas veces se acercaba a mirarlo, fumando su pipa. Le daba la vuelta, lo palpaba, lo volvía a meter en el agua, le dejaba empaparse bien, lo lavaba con las manos. A veces lo miraba sin hacer nada. El sol, rubio, nadaba alrededor del madero. Cuando regresaba a la fragua, Gaubert tenía las rodilleras del pantalón verdes de hierba aplastada. Un buen día, aquello ya estaba listo: sacaba la viga y se la echaba a la espalda, chorreando agua como si acabase de pescarla en el mar; luego se sentaba delante de su fragua. Se ponía el madero sobre el muslo. Lo sopesaba por todos lados con ligeros tanteos: lo torcía suavemente y la madera tomaba la forma del muslo. Pues bien, así, de esa manera hacía los mejores arados del mundo de los labradores. Una vez acabado, venían todos a verlo; lo tocaban; discutían acerca de él; decían:

—Gaubert, ¿cuánto quieres por él?

Y él dejaba de saltar del yunque a la pileta para decir:

—Ya está apalabrado.

Ahora Gaubert es un hombrecillo todo bigote. Los músculos se le han comido. No le han dejado más que el hueso, la piel del tambor. Pero ha trabajado mucho, y más con el corazón que con los brazos; visto desde ahora, aquello parece cosa de locos.

Su fragua está en lo más alto del pueblo. Es una fragua fría y muerta. La chimenea se ha peleado con el viento y en el hogar hay pedazos de yeso y de ladrillo. Las ratas se han comido el cuero del fuelle. Aquí es donde vive él, Gaubert. Se ha hecho la

cama junto al hierro que guardaba para forjar y que no forjó, y que está alineado a la sombra, helado, cubierto de polvo; y él, por la noche, se echa a lo largo a su lado. En el suelo de tierra batida, la humedad ha ido inflando unas pústulas grasientas. Pero el yunque está allí todavía, y alrededor de él, como una callosidad, un espacio limpio, curtido por los pies del herrero. El yunque está reluciente, vivo, claro, listo para cantar. Apoyado en él, hay también un gran martillo de herrero. La madera del mango reluce con la misma buena pinta que el yunque. En cualquier momento, cuando se aburre, Gaubert viene, agarra con las dos manos el martillo, lo levanta y golpea el yunque. Así, sin motivo, para que suene, para oír su sonido, porque para él en cada golpe está la vida.

El sonido del yunque llega hasta el campo y a veces se encuentra con Panturle, que está cazando. De eso también podríamos hablar.

Esta mañana hay una gran helada y un gran silencio. Hay silencio, pero el viento no está muerto del todo; todavía ondea un poco; todavía da coletazos contra el cielo duro. Todavía no hay sol. El cielo está vacío; el cielo está helado como un mantel tendido.

En la casa de Panturle hay lumbre. Se levanta con el blanco del alba. Allí está, de pie, delante del fogón, mirando las llamas bravías que galopan a través de las ramas secas de olivo. Coge el

caldero de las patatas. Agua y patatas son a la vez la sopa, la vianda y el pan.

El fuego de olivo es bueno porque prende de prisa, pero es lo mismo que un potro que baila, elegante, sin pensar en el trabajo. Cuando la llama indómita se encabrita contra el caldero, Panturle la apaga golpeando las brasas con la palma de la mano, dura como una vieja corteza de tocino.

Con la mano en el aire para dar un último golpe, le dice al fuego:

—¿Qué? ¿Ya has acabado?

Ha acabado; ya le han dado bastante. Se restriega su melena roja contra el culo del caldero.

El viento, de golpe, ronca más fuerte que el fuego y el sol se levanta.

Desde el pueblo baja un largo silbido de pastor, un silbido dirigido como una flecha hacia la casa de Panturle. Se siente, incluso atraviesa las paredes y se acerca al fuego a tintinear en el caldero.

Panturle suelta la rama con la que removía el caldo. Mete bajo la lengua sus dos gruesos dedos y responde, poniéndose rojo como un tomate, con un mismo silbido que se remonta.

Es la costumbre. Sabe que Gaubert ha salido hasta la plazoleta de la iglesia y que de esa forma le ha deseado buenos días, a su manera, con su vieja lengua y sus viejos dedos.

Solo que esta mañana es más temprano que de costumbre, y parece como si quisiera decir:

–Ven.

No debe de ser por algo malo, no lo creo; parece más bien un silbido sano; además, no lo ha dicho apurado: «Ven deprisa, deprisa, deprisa».

No, simplemente ha dicho: «ven», nada más, como diciendo: «ven, ven a ver, ven un momento».

Pues vamos.

Antes, le toca a la chiva. Está suelta y sola en la gran cuadra negra y salta de repente hacia la puerta abierta. La ve comer. Como se regodea con el hocico entre las ramas, le toca la cabeza:

–Venga, vamos a subir donde Gaubert.

Cuando se llega a esta linde de Aubignane que cuelga por encima de la vaguada, a mano derecha está en seguida la casa de la Mamèche. No es realmente de su propiedad, claro, pero nadie va a venir a reclamarla; no tuvo más que escoger de entre el montón una casa no demasiado arruinada, dentro de lo posible con un poco de tejado.

Panturle da un pequeño rodeo para venir a empujar la puerta.

–Mira, Mamèche, aquí está Caroline. Coge tu leche.

A la cabra, que está en el umbral de la puerta, le tiembla la voz y el pelo, y la Piamontesa la llama:

–*Cabro, cabro.*

La cabra responde y entra.

Delante de la fragua espera Gaubert.

—¿Te has puesto la chaqueta buena? —le pregunta Panturle.

Es cierto. Se ha puesto la chaqueta buena y el sombrero bueno y el pantalón de pana bueno.

—Me voy —dice Gaubert en voz baja.

Un gran baúl con herrajes aplasta la hierba de la calle.

—Me voy. El hijo me lo mandó a decir ayer al atardecer, con el pastor de los Pamponnets. Dice que le da miedo que este invierno me quede aquí, solo. Dice que estaré mejor allí abajo. Dice que me han preparado un cuarto al lado de la cocina por el calor del fogón. Dice que la Belline y los pequeños me darán algo de alegría, que la Belline me cuidará bien. ¡Ya tengo ochenta!

Panturle ve a Gaubert todo atildado y con el baúl preparado; y en lo más oscuro de la fragua, un enorme paquete con cuernos envuelto en un trapo.

—El hijo me ha mandado a decir que vendrá con el caballo hasta la fuente de Reine-Parque; más cerca no puede; parece que el camino está cortado en el fondo del barranco.

—Yo paso a pie —dice Panturle—, y justo.

—Pues por eso te he silbado.

Le señala los bultos.

—El baúl grande, no merece la pena intentarlo; no pasará. ¿Te importa mucho?

—No, son cosas de cuando la mujer.

—¿Y eso de ahí?

—Ah, eso... Mi pobre... Ven a verlo.

En la fragua, el viejo Gaubert desata el fardo. Le tiemblan las manos. Allí, escondido dentro del trapo, está su yunque.

—En cambio, esto sí que lo querría sacar.

Panturle lo entiende. Es una de esas cosas que se entienden.

—Lo intentaremos. ¿Cuándo te espera Joseph?

—Me ha mandado a decir que saldría de casa al apuntar el sol.

—¿Tú ya estás listo?

—Sí.

—¿Ya no podías aguantar más...?

Panturle ha dicho «ya no podías aguantar más» sin pretender hacerle daño, solo por decirlo, sin maldad hacia Gaubert, y Gaubert, mudo, baja la cabeza.

Fue duro, sobre todo en el bosque de Bergerie. Ya no había camino. Primero subió al viejo Gaubert dándole la mano, y luego bajó a buscar el yunque.

Gaubert miraba desde lo alto y le decía:

—Ahí, agárrate a ese tomillo, ahí a la derecha; pon el pie en esa piedra, ahí a la izquierda. No te agarres a esa hierba, que está seca. Venga. ¡Ay, el pobre!

Panturle resoplaba en el canchal con el yunque encima del molledo del hombro y de vez en cuando soltaba un «rediós» que por sí solo le impulsaba durante un metro.

Cuando llegó a lo alto, arrojó el yunque sobre las hojas secas, se llenó todo el pecho de aire fresco, se frotó los ojos escocidos por el sudor y se puso a reír.

—¡Por lo menos, a este fulano ya lo tenemos!

Gaubert también se puso a reír; se le alegró el corazón al ver que ya había pasado lo peor y entreabrió el fardo para mirar el utensilio, que está allí, insensible.

—No se da cuenta de la guerra que está dando.

Luego, Panturle vuelve a seguir con su idea:

—Así pues, ¿te ha mandado llamar el hijo? ¿Es que te has quejado tú alguna vez? ¿Vas a poder acostumbrarte a estar lejos de Aubignane? Tú naciste en Aubignane, ¿no? ¿Es posible que te necesite allí? ¿Entonces te vas a acostar al lado de la cocina? Quién sabe si eso le parecerá bien a la Belline.

Gaubert responde sí o no con la cabeza, sin hablar.

Ya no se ve el pueblo. No se ve más que el lomo de una colina peluda y el viento que le revuelve el pelo.

Cuando Joseph los ve llegar, grita:

—¡Eh, los de ahí, daos prisa!

Porque hace frío en los parajes de Reine- Porque.

—Aquí está, dice Panturle descargando el yunque.

—¿Qué es eso? —pregunta Joseph.

Y mira en el fardo. Los viejos a veces tienen escondites donde ocultan las perras, y se sabe de alguno que de esa manera llevaba diez kilos. Cuando ve que es el yunque, le dice a su padre:

—Estás loco, padre.

Es Panturle quien le responde:

—No, déjale. Tú qué sabrás...

Cuando Gaubert se instala en la carreta, Panturle coloca el yunque entre las piernas del viejo; Gaubert le da las gracias, el hijo hace restallar el látigo y se van.

Panturle los mira: Gaubert tiene las manos puestas sobre el yunque. Va allí, entre sus piernas; lo acaricia, está contento. Tener que dejarlo hubiera sido peor que la muerte.

En la fuente de la Reine-Parque, el pilón ya está helado. Es una fuente perdida y triste. No está protegida. La han dejado así, en pleno campo, al descubierto; está hecha con un tubo de caña y un chopo hueco. Está allí sola. En verano, el sol, que bebe como un burro, seca el pilón en tres sorbos; el viento se lava los pies bajo el chorro y esparce toda el agua por el polvo. En invierno se le hiela hasta el corazón. No tiene suerte, como toda esta tierra.

Al fondo, todavía se oye en el aire un «¡arre!» y un látigo que chasca. El coche de Joseph está ya en la cuesta de la tierra negra. Después, deben haber pasado el collado y no se oye nada más.

De repente, Panturle se siente helado hasta la médula de los huesos. Se pone a correr hacia el pueblo. Mientras corre, va gritando:

—¡Ah, ah...!

Eso le hace compañía.

—¡Eh, Mamèche!

—¡Eh, hijo!

La voz de Mamèche es grave y dura. Sale de muy dentro.

—¿Ya está eso, lo de Caroline?

—Eso ya está hirviendo, y te está esperando, si entras.

—*La saluta* —dice Panturle empujando la puerta.

Las losas están cubiertas por una claridad que allí es espesa como la paja del establo, y que no sube hacia el techo porque cambiaron los vidrios más altos de la ventana por planchas de madera. Son ventanas viejas y no puedes fiarte ni siquiera de los dos huecos de abajo, que todavía son de cristal: hay uno que empieza a despegarse y no se puede impedir que el viento juegue con él. Por eso esa luz nunca alumbra a la gente más que a medias. Solo hay claridad en la mitad de Mamèche, en el trozo que va de sus pies descalzos a su cintura.

Al lado de la mesa hay una Virgen de escayola toda iluminada. La Mamèche se la llevó con ella porque la iglesia está hecha una lobera con toda esa maleza... La Virgen se adaptó

bien; está allí como en su casa, descalza, con su rosario de huesos de aceituna y con su vestido que es, como el cielo, azul y rígido.

Lo que se ve de Mamèche es lo mismo, pero negro.

En la piedra del llar humean tres cuencos de leche caliente.

—Ya no vale la pena poner tres —dice Panturle, que se sienta al lado de los cuencos.

—¿Cómo...? ¿Es que se ha...?

—No, se acaba de marchar.

Ella baja la cabeza hacia Panturle: una cara flaca y roñosa como el viejo hierro de un hacha. Toda la vida está en la luz de sus ojos.

—A ver, repite.

—He dicho que se acaba de marchar.

—¿Y adónde?

Allí, al sol, después de haber dicho esas palabras, los labios de la Mamèche aún se mueven, en su ansia de hablar.

—...A casa del hijo.

—¿A casa del hijo?... ¿A casa del hijo?...

La Mamèche se incorpora: camina, un paso, dos, hacia la puerta. Panturle mira esa cara allá arriba, en la sombra, que ahora se hace un poco más clara con la costumbre. Las largas uñas de sus pies descalzos rechinan sobre la piedra como garras de animal.

—¡Ah, Madona! —grita de repente a voz en cuello, que se le atraganta.

Se cae al suelo y ahí se queda retorciendo las manos, balanceando la cabeza como si le diera un ataque.

—¡Madona, Madona! Entonces, todos... entonces, todos... ¿Es que yo no soy vieja? ¿Es que acaso me voy yo? ¿Es que acaso tengo yo algún hijo? ¿De qué ha servido que mi hombre muriese en esta asquerosa tierra vuestra? ¿De qué sirvió venir a buscaros el agua? Os la vino a buscar con su vida. ¿Y acaso me he ido yo? ¿Es que yo no soy vieja?

—¡Ah, *porca*!

Agarra el cuenco de leche caliente que tenía allí para Gaubert y arroja la leche a la cara de la Virgen. Un velo de vapor resbala por los rígidos pliegues de la túnica azul y luego se borra. El rosario mojado brilla; la Virgen sonríe con un grumo de nata en los labios.

La Mamèche levanta ante ella un puño negro y mohoso como una esquina helada.

—¡*Porca*! ¡Estás haciendo conmigo lo que te da la gana; me has zurrado como si fuera trigo, me has secado como si fuera trigo y me estás comiendo como si fuera trigo...! ¿Es que has dejado que se pudrieran mis plegarias? No me mires con esos ojos de tiza. ¿Acaso te miro yo? Te lo digo a la cara, ¿qué más me piensas hacer, si ya me has sangrado del todo...?

—Escucha —le dice Panturle, suavemente.

—¡No! ¿Es que no es verdad? ¡Dilo tú, Braë! Tú sabes que mi hombre está ahí, en lo más hondo de vuestra tierra, que ha

llegado hasta el fondo para mamaros el agua con la boca, hasta la vena del manantial. Para que pudiérais beber, para vuestro caldo. ¿No es verdad eso, Braë? ¿Tú crees que yo no tenía de todo, como las demás mujeres? ¡Tenía dos tetas y un vientre, y una boca con lengua para besarle, para protegerle, para darle placer! ¡Y ahora él está ahí abajo, bien muerto, con la boca llena de vuestra tierra! Esa que está ahí, sonriendo, ¿qué estaba haciendo aquel día, con quién se había vuelto a acostar aquel día? ¿Y de qué ha servido su muerte? Después de buscarle la muerte, se largaron todos, uno detrás de otro, como los cerdos a las bellotas. Y ahora, ¿qué hace para que se queden, qué hace esta, ahí, sonriendo? ¡Ay, Virgen santa, no vale la pena que te echas sobre mí para chuparme la sangre como un piojo!

—Escucha —dice Panturle suavemente—, escucha, Mamèche, ven aquí a mi lado, estamos los dos...

La Mamèche se arrastra sobre las rodillas hasta Panturle. Está a su lado, se recuesta en él, lo palpa con sus largos dedos de hueso.

—¡Ah, Braë —suspira—, tengo la lengua espesa!

Se quedan un largo rato así, sin decir nada.

—¡Hijo! —dice la mujer.

—¡Madre! —responde Panturle.

Porque, de repente, en ese silencio que ahora tienen, él piensa en su madre, también muerta y tragada por la mimbrera, allí abajo...

Apoyada en el hombre, a la Mamèche le tiemblan los nervios como a una cabra. Se va calmando. Le acaricia el muslo, largo y firme. Ahora habla con palabras dulces que le salen del corazón, dulce como un higo.

—Pienso en el hijo, en mi niño, mi Rolando, que también está bajo las raíces de la hierba. ¡No hay justicia, Braë! Los que tienen todavía hijos de carne y hueso se han ido a buscar sitios mejores. A mí, todo lo que me alimentaba el corazón se me ha vuelto hierba y agua de esta tierra, y yo me voy a quedar aquí hasta que me vuelva yo también tierra, esta tierra.

—Yo también, Mamèche —dice Panturle—; tengo aquí a mi madre...

—Te voy a decir, hijo mío, lo que me corroe como una carcoma y por lo que sufro este martirio. Mientras estemos aquí... pero después, esto se hará una selva y quedará todo borrado.

Escucha, al principio de estar casada con mi hombre, estábamos trabajando por la parte de Pignatello. Yo iba con él haciendo el camino; cuando íbamos por el bosque veíamos carboneros. Una vez, nos acercamos a un sitio donde siempre había una carbonera humeando. A su alrededor todo estaba arrasado; sabíamos que el hombre iba a cortar leña y que la traía a ese mismo sitio para quemarla. Queríamos saber por qué y nos acercamos; entonces lo vimos: había una cabaña bajo tres árboles; *una cosa di niente*, de nada, ya te digo, pequeña como una

nuez. Allí delante estaban una mujer y dos niños revolcándose como perrillos.

Les preguntamos de buena fe y la mujer nos lo contó. Aquellos dos mellizos no eran toda la familia; había otro bajo la tierra, bien quietecito ya para siempre, con una cerca de madera alrededor del sitio donde estaba. Y también estaban en la tierra el padre de la mujer, muy viejo, y una pequeña de solo una hora, muerta cuando aún se estaba haciendo.

Y sobre todo, ay, estaba el que se movía por entre el humo de la carbonera, ese hombre bien vivo, y dentro de él, quién sabe, quién sabe cuántos nuevos hijos listos para venir.

Aquello, con el tiempo, podría ser un pueblo.

En cambio aquí...

—Mamèche, tenemos que beber —dice Panturle, y coge un cuenco. La leche se ha enfriado; está como helada bajo una buena capa de nata espesa. Antes de beber, la Mamèche mete un dedo negro en la leche y saca con la uña un pelo de cabra.

—Me voy para abajo. ¿Dónde has dejado a Caroline?

—Ahí detrás, en el prado.

—¿Te quedan patatas?

—Sí.

—Te tienen que durar hasta que lleguen los fríos; después iré a ver al de las Bourettes, a ver si me da más a cambio de una liebre. ¿Tienes de todo?

—Tengo de todo, hijo. Ahora vamos a tener que estar bien juntos los dos, para poder aguantar.

Desde delante de la puerta, Panturle llama a la cabra. Viene y luego, en el sendero, se oyen moverse las piedras bajo los pasos firmes de Panturle.

La Mamèche está ahora sola delante de la Virgen, que sonríe por debajo de la nata.

—*Bellissima!*

Abre sus grandes brazos negros.

—*Mia bella*, que yo la quiero más que a nadie, ven aquí que te limpie.

Pone a la Virgen sobre sus rodillas; extiende el rosario, le limpia las cuentas una a una. Escupe en una punta de la falda y le friega la boca a la Virgen.

—Venga, no te enfades; tú siempre serás mi niña bonita.

Después mira en el fondo del aire algo que es su recuerdo y su pena.

Panturle vuelve a casa de la Mamèche; son las cuatro. Es el momento en que, en esta estación, el sol, enganchado en aquel pino de allá arriba, resiste todavía un poco, antes de caer por el otro lado de las colinas.

Durante todo el día Panturle ha llevado el yunque sobre los hombros, un yunque de aire, imaginario, pero mucho más pesado que el de esta mañana.

¡Durante todo el día!

De vez en cuando, se resentía de la matadura que el ángulo de hierro le ha dejado marcada en el hombro. Se decía: «Gaubert se ha marchado». Eso quería decir que ahora estaba solo en Aubignane, solo con la Mamèche, que no era una gran distracción. Ah, no, ya no volvería a sentir latir el corazón del pueblo. El yunque se había marchado, se había ido en la carreta de Joseph, entre las piernas de Gaubert. No oiría nunca más el pan, pan; pan, pan; pan, pan; aquello que era el sonido todavía un poco vivo del pueblo. Aquello que venía a decirle en pleno bosque: Gaubert se aburre; Gaubert se acuerda de cuando era el maestro de los arados.

Y durante todo el día ha llevado ese pesado yunque. Lo lleva todavía ahora, mientras sube a casa de la Mamèche.

El último dedo de sol lame el pino, allá arriba. El sol cae detrás de las colinas. Algunas gotas de sangre salpican el cielo; la noche las borra con su mano gris.

Hay fuego en el hogar, pero el viento ha ahogado la chimenea y sopla su música con el humo, hace volar la ceniza y aplaca las llamas.

Panturle mastica tabaco, una bola de tabaco que ha arañado del fondo del bolsillo, mezclado con briznas de hierba y pelos de animal.

Es amargo.

—... tiempo de Dios.

El viento ha comenzado su cólera de tres días.

—Vuélvete un poco, que te mire —dice la Mamèche—. Ponte un poco delante del fuego, que te vea...

—¿Qué es lo que quieres?

—Ponte un poco...

Panturle se encorva para estar mejor iluminado. Entra en la claridad de las llamas.

Es un hombre todavía joven. Tiene sangre en las mejillas; los ojos están vivos. Tiene buen pelo en la cara, un buen pelo, sano, bien regado de sangre. Hay buena carne sobre los huesos, carne maciza, carne de cuarenta años, dura y hecha a la vida. Tiene unas manos sólidas; la fuerza le resbala como aceite hasta la punta de los dedos.

—¿Ya me has visto?

—Ya te he visto.

—¿Y entonces, qué?

—Entonces, Cristo, pienso en aquel carbonero...

Escupe en las brasas y continúa:

—Sí, hace falta una mujer. Algunas veces me vienen las ganas, cuando hace bueno. Pero ¿dónde está esa mujer?, ¿quién querría venir aquí?

—¿Que dónde está? Puede estar en cualquier parte, si tú te empeñas.

—Ah, ¿tú crees que eso se hace así?

—¿Entonces, es que tú no vales nada?

—Yo valgo igual que los demás, pero te digo que eso no se hace así. Es algo que tiene que venir desde más lejos y desde hace más tiempo.

—Si yo te traigo una, ¿la querías?

Panturle deja de masticar el tabaco. Mira a la Mamèche al fondo de los ojos. Está totalmente inmóvil y totalmente mudo, como buscando algo... Ella repite:

—Si yo te traigo una, una mujer, ¿la querías?

Entonces, él se pronuncia profundamente con la mitad del cuerpo y dice:

—¡Sí, la quiero!

El invierno es duro este año; y nunca se ha visto este espesor en el hielo del arroyo; y nunca se ha sentido este frío, tan fuerte que se ha llegado a helar el viento en lo alto del cielo. La comarca se arrice en silencio. El páramo que va por encima del pueblo está todo chapado en hielo. No hay una nube en el cielo. Cada mañana un sol rojo se eleva en silencio; en tres pasos indiferentes atraviesa el cielo a lo ancho y se acabó. La noche amontona sus estrellas como si fueran grano.

A Panturle se la ha puesto su verdadera cara de invierno. Le ha crecido el pelo en las mejillas y se le ha enfoscado como el de los corderos. Es como un matorral. Antes de empezar a comer, aparta los pelos de alrededor de la boca. También se ha vuelto más arisco. Ya no le habla a las cosas. Se cubre los pies y las

piernas con trapos atados con cordeles. Con eso tiene calor, no se resbala, no hace ruido. Siempre está con su cuchillo y sus alambres escondidos. Caza. Necesita carne.

La Mamèche también caza para ella, a su manera. Se dedica a la caza menor, a los gorriones que el frío vuelve confiados y que se erizan como pelotas de lana. Hace lo que aquí llaman «perfumar el grano». Tiene viejos granos de avena; los hierva con hierba ruda y cápsulas de estramonio, y luego esparce el grano delante de la puerta. Los gorriones se lo comen y se mueren. Allí mismo, antes de cocinarlos, les saca la cachuela, se la abre con unas tijeras viejas y deja caer los granos en un papel. Sirven para otra vez.

Por supuesto, Panturle no se olvida de ella. Le sube buenos trozos de liebre o le da tordos, y otras veces conejos pequeños enteros. Porque para él tiene de sobra. Come todos los que quiere y los guarda al lado, en la despensa, para cambiárselos después por patatas al viejo loco de las Bourettes.

El invierno arrecia aún más y los días son siempre los mismos, uno detrás de otro.

Panturle está en el bosque de los Vincents. Ha puesto lazos para las liebres. Va a ver.

Y ve de lejos a la Mamèche. Ella también ha salido; ha subido al páramo. Está de pie como un tronco de árbol. Iba a llamarla cuando se da cuenta de que está hablando.

Escucha.

Ella dice:

—Tiene que salir de ti, primero, si quieres que la cosa funcione.

Le habla a algo, allí, delante de ella, y delante de ella no hay más que el páramo enfermo de mal y de frío.

Otra vez volvió a pasar lo mismo, pero en otro sitio: como si estuviese haciendo la ronda de los amigos para pedirles un favor. Fue en la vertiente de los Resplandin, en todo el medio de la fronda, donde hay tantos árboles.

Panturle se acerca en silencio, con los pies bien forrados de trapos. Se acerca tanto a ella como si quisiera atraparla con un lazo. Está otra vez delante de ese trozo de colina sucia, enfangada de escarcha y de barro helado, delante de los árboles desnudos que no las tienen todas consigo para sobrevivir.

Seguía diciendo:

—No te preocupes, esto es cosa mía. Iré a buscarla a donde esté; pero, ya te digo, tiene que salir de ti primero.

Se lo decía a todo lo que tenía delante, porque, al final, movió el brazo y señaló con el dedo la hierba, el árbol, la tierra.

Poco a poco llegó el tiempo en que el invierno se amollice como una fruta enferma. Hasta ahora era duro, verde y ácido, y de golpe se puso tierno. El aire es casi tibio. Todavía no hay viento. Hace tres días que en la barrera del horizonte, al sur, está anclada una nube que danza sin moverse del sitio.

Y además hoy ha venido la lluvia. Vino como un pájaro, se posó y se fue; se vio la sombra de sus alas pasando sobre las colinas de Nevières, regresó a hacer la ronda de Aubignane y en seguida emprendió vuelo hacia las llanuras. Después apareció el sol, que nos calentó como una boca.

Panturle deshizo sus polainas de trapos. Se instaló al sol. Estiró sus pies descalzos al sol y se entretuvo agitando los dedos de los pies. Caroline le miraba atontada.

La Mamèche se plantó de cara al sur y durante un buen rato estuvo mirando a la nube, que no se movía. Inhalaba largos tramos de aire, lo cataba como se cata un vino para comprobar si está hecho, si ha acabado de fermentar, si tiene alcohol. Y después, ya veis, la nube subió lentamente hacia lo más ancho del cielo: dejaba la costa, se iba de viaje. Eso era lo que ella quería ver.

Entonces volvió a su casa, puso a hervir unas cuantas patatas, viejas, gordas, de todas clases. Cuando ya estaban cocidas, las colocó sobre la mesa, las volvió a contar otra vez y después se puso a echar cuentas con los dedos.

—Un día, dos días, puede que tres, puede que cuatro.

Al final dijo:

—Con esto es suficiente.

Puso las patatas en un pañuelo con un puñado de sal gorda y ató el fardo con una liana de zarzaparrilla. Después le quitó el

rosario a la Virgen y se lo puso al cuello. Se quedó un momento mirando a la Virgen, sin mover los labios.

Entonces, la nube que se iba pasó por delante de la ventana, tomó velocidad y subió hacia el norte.

Fue aquella noche cuando ocurrió el gran deshielo del cielo. Todo lo que el frío había congelado y endurecido, todo lo que permanecía quieto, todo eso se liberó de golpe y volvió a cobrar vida. Las nubes de lluvia, los cuatro vientos, la canción de las hojas secas en los árboles, en esos robles cabezones que conservan el pelaje del año pasado y que hablan a través del viento con la voz del torrente.

Hasta la puesta de sol todo iba bien; luego, Panturle encerró a Caroline, que parecía estar un poco excitada, y levantó la cabeza en dirección al pueblo. Allí arriba estaba la Mamèche, sentada en la muralla, mirando algo en el cielo, hacia el sur.

Entonces llegó la noche, espesa como un caldo de guisantes; pero al menos era más amable que aquellas otras que parecían de hierro del molino, con todas las estrellas arracimadas. Era más amable en primer lugar porque era más dulce de carne y más acariciadora, y además a través de ella se oía la voz del arroyo, la voz del ciprés y, una vez, algo que pudiera ser el tauteo del zorro, si no fuese tan pronto para ello.

Panturle se quedó dormido enseguida. Estaba rendido. Sin saber por qué, porque no había ido a cazar en varios días. No

estaba rendido por cansancio; era como si le hubieran hecho agujeros en los brazos y en las piernas por los que se le hubiera escapado la fuerza. Sí, y que en lugar de esa fuerza le hubieran puesto leche con flores de ajedrea. Leche. Siente que circula por su cuerpo y le hace cosquillas y le hace reír. Pero está rendido, y se ha dormido enseguida.

Y le sacó de su sueño —podría ser medianoche, o más tarde— un gran grito que vino a darle en el oído como una pedrada:

—¡Es Mamèche!

Sin mirar la puerta, en dos saltos ya estaba fuera. Todavía tenía los párpados pegados del sueño.

Claro que era la Mamèche. Estaba allí arriba, en la muralla, con fuego en la mano. Alzaba la mano y el fuego. Se la veía entera. Se había puesto el pañuelo negro en la cabeza. El humo del fuego subía hacia el norte.

—¿Qué te pasa? —gritó Panturle con todas sus fuerzas.

—Nada.

—¿Estás mala?

—No.

—¿Entonces...?

Un momento sin responder. Es como si estuviera tomando fuerzas para gritar bien fuerte, para decirlo bien claro.

Señala al sur con su tea:

—¡Ya viene, ya viene!

«¿No se habrá vuelto un poco loca?», se pregunta Panturle.

De todas formas, él también se gira hacia el sur. Ha cambiado desde la caída del día: una fuerza ligera y fragante recorre la noche como un animal joven, bien descansado. Es tibia como la vida bajo la piel de los animales, huele amarga. Panturle inspira aire. Es un poco como el espino albar. Viene del sur dando saltos. Se oye a toda la tierra que habla de ello.

¡Es el viento de primavera!

Por la mañana, Panturle abrió la puerta a ese mundo liberado. Es la vida, es la hermosa vida, con gestos y con carreras. Todo el bosque, con los brazos en alto, baila allí mismo una gran danza frenética. Anchos navíos de sombra navegan sobre las colinas. Las nubes se lanzan al vuelo de una a otra orilla del cielo. Un cuervo perdido pasa con el viento, enrollado como una hoja seca.

Desató a Caroline. ¡Ah! ¡En un momento, parecía un chorro de agua! Salió saltando: era como una ola de pelos por encima de la hierba. Fue a plantarse con las cuatro patas delante del ciprés; le amenazó un momento con los cuernos y se fue bruscamente en sentido contrario; la hierba le silbaba entre las patas.

—Tal vez fuera eso lo que quería decir la Mamèche. Pero bueno, ¿eso qué puede importar? Sí, es la primavera, eso ya se ve.

De todas formas, sube para hablarlo con ella.

En casa de la Mamèche no hay nadie. El cuarto está vacío. El colchón está enrollado. Ha puesto la mesa y las sillas contra la pared como si hubiera salido para una larga temporada. Y sobre

la mesa, una sábana nueva, doblada con sus ocho pliegues, puesta ahí bien en evidencia. Una sábana que Panturle conoce bien, la sábana que todas las mujeres viejas guardan sin estrenar en el fondo del armario, porque se entiende que es en lo que las envolverán, al final...

Panturle vuelve al umbral y grita:

—¡Eh, Mamèche!

Y así, hasta el mediodía, la fue buscando por todo el pueblo, y entró en todas las casas, y fue a mirar los escombros de todas las paredes abatidas por el último viento.

—¡Mamèche, eh, Mamèche!

Luego volvió a la casa, que seguía vacía y con la sábana nueva sobre la mesa.

Entonces se dijo: “Voy a ver en el páramo”.

Al páramo, casi nunca se va, y nunca de buena gana. Es una extensión totalmente plana hasta donde se pierde la vista. Hierba y más hierba y más hierba, sin un árbol. Todo llano. Si estás allí de pie y vas caminando, eres lo único que hay por encima de la hierba. Eso causa una impresión extraña. Parece como si estuvieses destinado a alguna cosa. Empieza en las últimas casas de la parte alta de Aubignane y continúa a partir de allí. En realidad continúa hasta Blaine, a cuarenta y dos kilómetros en línea recta, pero eso nadie tiene por qué saberlo,

y solo viéndolo no te da la impresión de vayas a llegar a algún sitio humano. Al fondo se deja ver una barrera gris formada por el polvo que marcha delante del viento.

No hay nada en el páramo: solo el viento... ese viento que vino a anunciarse la noche pasada: el viento cabrió, la primavera. Allá va a lo lejos con su polvareda; ahora viene para acá de vuelta; allá va otra vez, por la hierba; está por todos lados.

—¡Mamèche, Mamèche!

Nada. El viento se acerca a ver qué pasa y se vuelve a marchar.

Panturle tiene la garganta seca de tanto gritar.

—¿Qué le habrá pasado a esta mujer? ¿Quién hubiera dicho que ella también se iba a marchar?

Volvió al pueblo. Estaba anocheciendo. La poca claridad que quedaba iluminaba la sábana blanca encima de la mesa. Panturle cerró la puerta. Luego fue a la muralla y observó toda la tierra a la vista, hasta el final; el tropel de cerros, la larga línea gris y llana que dibuja el borde del páramo; sus ojos fueron desde el extremo de levante al extremo de poniente.

Detrás de él estaba Aubignane, vacía.

Escrutó bien toda la zona, hasta el último rincón, y dijo en voz alta:

—Bueno. Ahora sí que estoy solo.

Rebrotar, Jean Giono

III

Gédémus, el afilador, sale del estanco de Sault. Acaba de comprar seis paquetes de picadura que sujeta contra el pecho mientras cierra la puerta.

—¿Tienes miedo de que la cosa vaya a peor —grita Reboulin del otro lado de la calle— y estás haciendo acopio?

—¡Zopenco! —dice Gédémus—, tú, cuando quieres fumar, das cuatro pasos y ya estás en el estanco. Pero yo me marchó mañana. ¿No ves que ya es primavera? En cuatro días no vuelvo a ver un estanquero.

Se mete los paquetes de tabaco en los bolsillos y se queda con uno en la mano; lo abre y empieza a hacerse un cigarro mientras cruza la calle.

—Anda, dame un poco —dice Reboulin—; me he dejado el mío en la chimenea.

—Coge, pero no te pases, que me tiene que durar ocho días.

—¿Tardas ocho días en atravesar...?

—Estás tonto; tardo cuatro días. Pero cuando llegas al otro lado, no te encuentras allí un estanco, ¿sabes?

—Entonces, ¿duermes en el páramo?

—Sí.

—¿Y no te da apuro?

—No.

—Es verdad, que llevas el coche lleno de cuchillos bien afilados, ¿Así, qué peligro corres?

—¡Oh!, de poco me serviría eso; pero bueno, es que ese es mi camino. No es que lo haga por gusto, pero nunca me ha dado miedo. Lo importante es saber bien la dirección y tener bien planeadas las etapas. Desde aquí voy a la Trinité; allí me quedo en una panera que todavía se mantiene en pie. Al día siguiente voy hasta la majada del Cuervo. Desde la majada, ahí ya es más difícil, porque el camino está borrado y hay que conocer bien el terreno y hay que tener buena cabeza. Después cojo a la derecha dos o tres horas y caigo en la granja Gallibert.

—¿Te llevas a Arsule?

—No querrás que la deje aquí.

—No, hombre, solo es por decir. Estás hecho un bandido, Gédémus; ya no puedes vivir sin esa mujer.

—¡Ah!, no te imagines cosas. A mi edad... Ya te pasará a ti antes de que me vuelva a mí. ¿No ves que es la que me lleva el carretón?

—¿Arsule?

¡Ah, esa sí que es una buena historia!

Arsule se llamaba al principio «Mademoiselle Irène», y también «Mademoiselle Irène de los grandes teatros de París y del Universo». Como podréis comprender, no eran más que patrañas. Pero eso era lo que ponía en un cartel escrito a mano, pegado en el escaparate del «Café de los Dos Mundos».

En realidad, llegó por la carretera de Montbrun, detrás de una tartana encapotada con viejos trapos sucios. Un hombre que parecía un asesino llevaba a la mula por la cabezada. También este figuraba en el cartel, bajo el nombre de «el famoso Tony con su repertorio». De momento, su repertorio eran todas las cochinas que le gritaba a su jamelga, amaneada de las cuatro patas a la sombra del lavadero.

Mademoiselle Irène iba detrás del coche. Estaba muy cansada, porque había hecho el camino a pie con unos botines viejos de hombre, demasiado grandes para sus pies, y se dejaba arrastrar sujetándose a la cuerda del freno. Estaba enharinada de polvo hasta la cintura.

En el Café de los Dos Mundos habían montado un estrado con seis planchas de mármol, allá, en el rincón donde estaba el viejo billar que se quemó. Al caer la noche se llenó de gente. Había gente hasta en la cocina. La tía Alloison no sabía ni por dónde andaba. Todo el mundo pedía «un café, un café»

golpeando la mesa. Y ella allí diciendo: «Levantaos un momento, que alcance la cafetera».

Ah, sí, se reían, y les daba lo mismo: ya podían pedir los otros... Al final se arregló algo: todo el mundo puso algo de su parte y cuando la cosa se calmó un poco Mademoiselle Irène subió al estrado. Tenía unas pobres manos de pelar patatas y tenía unos ojos... No sabría decir, daban pena, ya ves. Allí estaba, cansada por mil historias. Estaba allí para cantar, y se acordaba con dolor del largo camino y de las mil historias, ya te digo, bastante más penosas que el camino para una mujer. Allí estaba.

Les hizo reír.

Y ella no supo qué decir.

La cosa acabó en batalla. «Tony con su repertorio» quería romperle una botella en la cara, y eso no se lo habríamos permitido. Al final todo acabó en una batalla campal. Gritos de mujeres y cristales rotos. Pero no acabó mal para los de Sault, porque entre todos le zurraron a Tony. El hijo de la Marguerite se destrozó el puño, porque su puñetazo quien lo recibió fue el mármol del mostrador.

Muy bien. Pero, al día siguiente, la mujer no se atrevió a irse con Tony, y se quedó allí, con nosotros, sentada al lado de la fuente, sola y con la cara sucia de lágrimas. Ya no lloraba, pero no se podía saber si pensaba en algo o en nada. Miraba correr el agua en la fuente.

Era la temporada de la lavanda. Al mediodía llegó toda la cuadrilla de Garino, el merchante de lavanda. Venían desde las colinas a echarse la siesta en las horas de calor. Cuando vieron a la mujer, les vino al pelo. Se pusieron a su alrededor diciéndole esto y lo otro, hasta que uno le dijo: «Ven, que te vamos a dar de comer». Entonces ella alzó su mirada vacía hacia él y se levantó. Y, en lugar de darle de comer, la hicieron beber como a una calabaza y luego se aprovecharon de ella. La llevaron a la cuadra de Martel. Se quedaban todos riendo delante de la puerta mientras uno de ellos estaba dentro con la mujer. Luego salía. Estaba rojo. Se ponía a reír aún más fuerte que los demás. Se veía bien que tenía que esforzarse para hacerlo. Y después entraba otro. Y así iban pasando.

Fue Marie Guindon, la gorda, quien se la quitó de las manos. Los cogió a todos, uno detrás de otro. Puso los brazos en jarras y les cantó las cuatro verdades:

—¡Ah, qué bonito, esto que hacéis! ¡Estaréis contentos! Mirad a esta pobre, que está que ya no puede más. A mí, ninguno de vosotros os atrevéis a tocarme. ¡De buena gana os daría unos tortazos!

Después se fue a buscar a Mademoiselle Irène, que estaba la pobre más floja que una cuerda y toda llena de paja, y le dijo:

—Vamos a la cocina, pequeña; levántate de aquí.

De aquello hace por lo menos cinco años.

En el pueblo la llaman Arsule. Es más fácil de decir que Irène, y además Irène es un nombre de ciudad, y encima es una patraña. Arsule es un nombre de aquí. Desde hace tiempo se queda con Gédémus. Le hace la comida.

Y todo.

La carretera sube acompañada por las dos filas de plátanos. Las casas no llegan más allá de la curva. Allí, dicen «hasta luego» y se quedan sentadas al borde de los prados, mirando la carretera que se va hacia la tierra ancha. Los plátanos siguen un poco hasta la mitad de la cuesta, pero allí se paran también. Entonces, la pequeña carretera se va ella sola. Da un buen apretón, salta el cerrete y adiós, se marchó.

Mientras están a la sombra, bien; pero cuando llegan al sol, Arsule sabe que Gédémus va a dejar el carretón y va a decir:

—Toma, cógelo tú un poco. Me voy a liar un cigarro.

Ella lo coge y, a partir de ahí, lleva el carretón todo el tiempo. Él la ayuda algunas veces, en las cuestas más duras. Luego, en octubre, a la vuelta, cuando lleguen al primer plátano, antes de la sombra, antes de la cuesta abajo, a diez minutos de casa, Gédémus dirá:

—Venga, déjamelos un poco.

Y volverá a coger el carretón.

Todo eso Arsule lo sabe. De sobra. Y también sabe lo que pesa el carromato. Primero, y sobre todo, está la máquina de

afilan con la pesada muela hecha con una gruesa piedra y unas sólidas patas de madera, para que no tiemblen cuando Gédemus pedalea y la piedra gira. Eso pesa, pero es necesario. Llevan también una pesada capa y, además, comida para llegar a la primera granja. Dicho de otra forma, comida para cuatro días. Y eso no es lo que más pesa.

Pues eso, hay que tirar del carro... Y además, estar acostumbrado a este trabajo.

Los pobres huertecillos caseros, que no tienen más que un somero pelaje de lechugas, espinacas o puerros, se van quedando atrás muy despacio. Se quedan abajo, abrazados unos a otros, al abrigo del pueblo, y algunos se cuelan entre las casas.

Cuando se llega a la espalda del cerrete, se oye el ronroneo salvaje de los enebros. Es a lo lejos, al otro lado de un pequeño valle. La tierra está desnuda. En el fondo de ese pliegue no hay más que un viejo chopo. Por la otra parte se sube por un sendero que han debido tallar a barreno. No hay hierba; solo algunas matas de tomillo y una planta de salvia con su abeja; las piedras crujen bajo los pies. Se sube, se tuerce y se acabó el pueblo y se acabaron los chopos. Diez pasos más, que pesan, diez pasos en los que todo cuenta, los hombros que se inclinan hacia adelante, los muslos que impulsan, los pies que hacen palanca, la cabeza que manda: uno más, uno más... Gédemus también va empujando el carretón. Diez pasos más y ya será tarde para

echarse atrás, demasiado tarde: por detrás, los grandes enebros taponan el camino. Ya están de pleno en la tierra libre. El páramo: ¡esto es el páramo!

Es plana como una era la pradera de las nubes. El sendero no es más que un cauce seco con el hueso al aire.

A la altura de los ojos es como un gran mar sombrío con oleaje de enebros. Enebros, enebros. Anchos cuervos mudos brotan de la hierba y el viento se los lleva.

Gédémus y Arsule van solos. El viento sopla a través de las patas de madera de la máquina de afilar como a través de la arboladura de un barco.

—No nos habremos perdido...

—No, no, sigue; vamos bien.

—¿Qué es eso que hay ahí abajo?

—Nada, un árbol, un árbol seco.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. Sigue. Cada vez que llegamos aquí, te entra miedo. ¿Qué piensas que hay? Es solo un árbol, nada más. Sigue, te digo.

Y, de golpe y porrazo, el mar de enebros desaparece. En la linde del bosque empieza la soledad de la hierba. Una nube se ha posado sobre la hierba, allá al fondo. Sube. Se empieza a ver una franja de cielo entre la hierba y ella. Y así, tan baja como está, va avanzando. Pasa a diez metros de altura, insensible y poderosa.

La sombra camina por la tierra como un animal; la hierba se aplasta, los arenales humean. La sombra camina con patas ligeras como de animal. Es fría y pesada en los hombros. No hace ruido. Hace su camino. Pasa. Ahí va.

—Te digo que no tengas miedo.

—¿Y eso de ahí qué es?

—¿Dónde?

—Ahí, eso negro que hay en la hierba, con brazos, parece.

—Eso es otro árbol. Espera un poco. Me pregunto si no nos habremos equivocado. Por este lado no hay tantos árboles. Sin embargo está claro que es un árbol seco. ¿Qué otra cosa podría ser? Y vamos en la buena dirección. Mira, a la derecha, el arenal de Chenerilles y a la izquierda, allí, ¿ves?, la larga espalda de Lure y por delante de nosotros, el paso de Pille-Chacun. Eso es. Vamos, que es otro árbol. ¡Tú también, es que te fijas en todo!

Ahora están en medio de la inmensidad. En toda la inmensidad; no hay nada más. Los bordes transparentes del cielo se apoyan en la hierba por todos lados.

Hacia el mediodía, paran para hincar el diente. Arsule saca los hombros del carretón de cuero y mueve dos o tres veces el brazo para desentumecerlo. Gédémus reconoce el lugar. Está contento.

—Estamos en el buen camino. Conozco esto como la palma de mi mano.

Luego dice, aliviado:

—¡Ah! Por fin tenemos un poco de paz. Al remate, tengo la cabeza llena de tanto dichoso viento.

Sacan la caja que hay bajo la piedra del molino. Primero, una hogaza blanca y rechoncha como un cochinitillo, luego salchichón y un buen pedazo de jamón con el papel de estraza pegado a la grasa del corte. También hay dos latas de sardinas. Y tres grandes cabezas de ajo; y es por ahí por donde empieza Gédémus.

Están sentados en medio de la hierba alta. El viento toma impulso y les salta por encima. Están en calma. Se está bien. En este páramo tan llano, tan ancho, tan expuesto al sol y al viento, solo se está a gusto si se está sentado. El calor de la tierra te sube a los riñones; la hierba lo rodea todo como una piel de oveja que te abriga y que te esconde. Cuando caminas es al revés: es como si estuvieras desnudo, indefenso; en esta gran extensión plana parece que por todos lados hay ojos que te miran, cosas que te vigilan. Allí abajo..., allí abajo se está bien; puedes pensar en otras cosas; no estás siempre obligado a pensar en esta tierra plana y en este viento que se afila por encima.

Arsule también come ajo. Su cabeza sobresale de la hierba; ve el gran páramo, que está bajo el cielo como otro cielo dado la vuelta. Más allá, ve una montaña que es azul como el agua

profunda, la hierba que va galopando no se sabe adónde. Mira y, de repente dice: ¡oh!, ¡oh!, dos veces, y se queda así, con la boca abierta llena de pan y de ajo.

—¿Qué?

Los ojos de Arsule son grandes y blancos.

—¡Ahí!

Y señala un poco con el dedo.

—Bueno, ¿qué hay ahí?

—Ha hecho ¡hop!, ha subido un momento por encima de la hierba y luego ¡hop! y se ha bajado.

—¿Qué es eso que ha hecho ¡hop!, qué?

Gédémus sigue con el salchichón en la mano.

—¡El árbol!

—¿El árbol? ¿Tú estás mal de la cabeza?

—Sí, el árbol. Eso que estamos viendo desde esta mañana. Esa cosa negra que unas veces tiene las ramas a un lado y otras veces las tiene al otro. Esa cosa que te he dicho tres o cuatro veces «¿qué es eso?» y que tú has dicho «es un árbol, sigue». Eso mismo. Eso ha hecho ¡hop!

—Eso no está más que en tu cabeza, so bestia: ¿cómo quieres que un árbol haga ¡hop!?

—Pues lo ha hecho. ¿No podría ser que eso no fuese un árbol?

—¿Y qué quieres tú que sea, aquí arriba?

—Yo no lo sé, pero eso ha hecho ¡hop! Seguro. No está en mi cabeza, lo he visto bien.

—No empieces otra vez con tus historias.

Arsule se calla, pero no come más. Sigue con sus grandes ojos de margarita. Gédémus come un poco más, la mira de reojo y, al ver que no se mueve, le dice:

—Espera, voy a ver... Y se levanta.

Da algunos pasos en la hierba, pero se da la vuelta y dice:

—Será mejor que me acerques el cuchillo.

Se adelanta con el cuchillo desnudo en la mano. Camina despacio mirando a todos lados como si tuviera miedo de pisar una víbora.

Arsule se acurruca en su nido de hierba.

Le grita:

—Es allí abajo.

Y le señala el lugar preciso.

Él va al lugar preciso:

—Si es aquí, debes haberlo soñado; no hay nada.

Vuelve. Parece preocupado. De vez en cuando mira hacia atrás.

Deja el cuchillo en la caja.

—No hay nada. Pero si no estás a gusto aquí, vámonos; ya acabaremos de comer por el camino, y comeremos mejor esta noche en la Trinité.

Ya están de pie y de nuevo en el camino; tendrían que haber tenido en cuenta al viento. Venía de cara y les plantó su manaza

templada en la boca, como para impedirles respirar. Pero ya están acostumbrados; ladearon un poco la cabeza para beber el aire de costado como los nadadores y, de esa forma, pudieron llegar bastante lejos. Es cansado, pero funciona. Entonces el viento se puso a arañarles los ojos con sus uñas. Luego intentó desnudarlos; casi le quitó la chaqueta a Gédémus. Arsule tira del carretón y para eso va inclinada hacia adelante. El viento entra en su blusa como por su casa. Se le cuele entre los pechos, le baja al vientre como una mano; se le cuele en los muslos, le manosea los muslos; la refresca como un baño. Tiene los riñones y las caderas empapadas de viento. Lo siente encima, fresco, sí, pero a la vez tibio y como lleno de flores, haciéndole cosquillas como si la azotasen con manojos de heno; eso que se hace durante la siega, que tanto fastidia a las mujeres ¡claro que sí!, y bien lo saben los hombres.

Y de pronto, se pone a pensar en los hombres. Es este viento también, que está haciendo de hombre desde hace un rato.

Gédémus se pone en dos saltos a la altura de Arsule.

—¿No has visto nada?

Está inquieto, eso parece.

Arsule se vuelve con una mirada dulce y cariñosa.

—No, nada más.

Su cuerpo está trabajando como el vino nuevo.

De repente, llegó la pesada tregua del crepúsculo; no hay viento y hay un gran silencio que cruje como una sandía.

La noche avanza hacia ellos; les pone por delante las ruinas de la Trinité. Ya casi están llegando.

La Trinité fue en tiempos una aldea bien apiñada en medio del páramo, unas diez casas apretadas unas contra otras. Se sujetaban espalda contra espalda, y mostraban a la tierra los grandes soportales abiertos de las paneras y los dientes de los rastrillos. Se defendían bien. Pero en este preciso lugar, el páramo comienza a ser algo fuera de lo normal. Es inmenso y desnudo hasta donde se pierde de vista, y tan llano, tan llano que marea, que de vez en cuando necesitas ver algo por el aire. Es como un sueño. Se te mete en la cabeza y te abarca todo el contorno de los ojos; al final no aguantas más y tiras piedras al aire, solo para verlas subir.

Casi en medio de un montón de escombros, Gédémus encontró un granero todavía tibio. Allí pasan la primera noche. Tienen que franquear paredes en ruinas y apartar las ramas de higuera loca, esas ramas, ahora desnudas y retorcidas y por la noche frescas, que cuando las tocas son como serpientes.

El granero está en medio de ese nido de higueras. Es como una cueva, porque la casa de detrás está derrumbada y las ventanas condenadas, y porque la casa de delante también está derrumbada y medio condenada la puerta, y hay que entrar

agachándose y bajar. Una vez dentro se está bien. Dejan la máquina de afilar al fondo.

—¡Ah! —dice Gédémus suspirando—. Ya hemos llegado. No está mal. Por mucho que se diga, hay un buen trecho desde Sault hasta aquí, y además andar por el páramo no es como ir por una carretera, ¿eh, Arsule?

Arsule tiene todo el brazo derecho como muerto. Se toca el hombro donde el carretón ha hecho una marca que se siente bajo la blusa. Le duele. Ahora no hay viento que la acaricie y está cansada. De todas formas sigue pensando en el hombre. Parece que los dedos del viento siguen estando sobre ella, la gran mano del viento montada a pelo sobre su carne.

—Mira en el fondo del baúl; creo que puse unas velas.

No hay más que un pequeño cuadro de claridad sucia tendido bajo la puerta. Todavía queda la hoja de una puerta de madera que se puede cerrar teniendo mucho cuidado con los viejos goznes. De esa forma, lo que dejan afuera es un cielo sucio y gris, turbio de noche; por fin están a cubierto. La luz de la vela es allí como un fruto rojo en medio de la paja.

—Escucha —dice Gédémus—, hoy hemos andado mucho y además el viento nos ha castigado bien; vamos a abrir una lata de sardinas. ¡Qué le vamos a hacer! Pues haremos fiesta. Y además, echaremos un buen trago. Salimos de allí esta mediodía como si nos quemara el culo. Dame la frasca, la del vino.

Hay dos frascas de dos litros cada una. En una hay vino; en la otra hay agua. No hace falta decir que es para mezclar.

—Bebe tú también sin mezclar, venga, Arsule, y dame la lata de sardinas.

Al abrir la lata, el aceite le resbala por los dedos a Gédémus. Se los chupa.

—Es de las de categoría.

Arsule había preparado dos rebanadas de pan. Y fue en ese momento cuando pasó. Dejaron de hablar. Comían, miraban la llama de la vela y pensaban cada uno en lo suyo. Durante un instante pensaron: «es el viento, que ha vuelto», y se quedaron como antes, con la boca abierta, escuchando.

Pero no había nada que escuchar.

Entonces se pusieron de nuevo a comer; la mirada de Gédémus se apartó de la vela y se dirigió a la puerta. Alrededor de la hoja ya no se veía el cuadro de claridad gris. La noche apoyaba su espalda contra la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó Gédémus.

—Sí —dijo Arsule.

Después de eso hubo un largo rato de calma. Les habría venido bien decir dos palabras. Luego, a fuerza de durar, esa calma se fue haciendo mucho más desagradable, y se pusieron otra vez a hablar.

—¿Quieres que abramos otra lata de sardinas, Arsule?

—No tenemos más que dos, ya sabes, y solo es el primer día.

Es cierto: parece que están en el páramo desde hace mucho, mucho tiempo. Todo lo de antes les parece tan poco...

—¿Sabes en qué estoy pensando, Arsule? Pienso que en esta vida estamos todo el tiempo atontados. Cuando tenemos cosas buenas, las guardamos para mañana. ¡Para lo poco que estamos aquí! No lo digo por las sardinas. Estoy de acuerdo: nos las comeremos mañana. Mañana no está tan lejos. Lo que pasa es que de aquí a mañana, da tiempo mil veces para... No lo digo por nosotros. Es un decir. Pero, créeme, la mitad del tiempo somos unos burros. Una vez es una cosa, otra vez es otra la que te cae encima y, amigo mío, entonces ya es demasiado tarde. Se acabó.

¡Si lo supiésemos todo...!

Seguía sin oírse nada. Nada más que a Gédémus, que parecía que se aliviaba hablando. Arsule escuchaba sus palabras pero, alrededor de las palabras, también escuchaba el silencio, porque en aquel momento en el silencio había habido algo que no era natural. Y ya podía hablar y hablar, que eso no iba a impedir que lo que vino hace un rato volviese ahora mismo. Gédémus también pensaba en ello y la prueba es que, de vez en cuando, miraba a la puerta.

—¡Si lo supiésemos todo...! No es que me importe mucho; no, es un decir, pero es como yo, a mi edad, andar así, corriendo por estas tierras paganas... No es eso; hace más de treinta años que vengo por aquí; yo sé lo que hago, no soy un niño; es un decir. Más de cien veces tuve ocasión de hacerme con un trozo de

tierra, y entonces y ya no tendría que volver a salir. Estaríamos tranquilamente allí, en Sault.

La vela va por la mitad. No se puede estar hablando así toda la noche. Y si estás dormido, no oyes nada.

—Estás cansada, Arsule. ¿Nos dormimos?

Antes, se acercó hasta la puerta. Escuchó. Luego entreabrió la puerta y sacó la cabeza afuera para mirar. En el páramo no hay nada, todo está blanco hasta donde llega la vista. No hay nada en el cielo: la luna, desnuda, está sola en medio de la noche como una almendra.

Debieron de dormir bastante. Primero por la fatiga y después también por la necesidad de no oír nada, de no ver nada.

Cuando se empezó a dormir, Arsule ya no sabía lo que hacía, y fue su cuerpo en funcionamiento quien tomó el mando. Se acercó suavemente a Gédémus, se apretó contra él, se puso allí, contra el muslo del hombre; apretó el muslo del hombre entre sus muslos y las yemas de sus pechos sobre la espalda de Gédémus. Así se quedó dormida. Debieron de quedarse así bastante tiempo y, de golpe, se despertaron.

Mientras tanto, habían seguido pasando cosas. El páramo, el viento, la noche, se habían tomado su tiempo para prepararse, y por fin estaba todo a punto. Por debajo de la puerta había una densa barra de plata de cuatro dedos de ancho; era la luz de la luna. Había venido un viento nocturno de fuerte aliento; galopaba sin bridas a través de todo el páramo y soltaba un largo

gemido como para beberse todo el cielo. La retama crujía bajo sus pies, los enebros tronchados gritaban; las higueras arañaban las paredes y sus grandes cepas roncaban en la tierra bajo las piedras. Pero, aunque se oían todos esos ruidos, no fue nada de eso lo que los despertó, sino el sonido de unos pasos y un roce de ropa.

—¿Oyes?

—Sí —susurra Arsule.

—No te muevas.

Es justo al lado. Están tentando las paredes. Cae una piedra.

—No te muevas —repite muy bajo Gédémus a Arsule, que no se mueve.

Pasa a través del follaje de las higueras. Se para a desenredarse la ropa. Después, otro paso. Están los dos abrazados, uno contra otro. No se mueven. La paja chascaría. Por sus bocas muy abiertas hacen pasar largas bocanadas de aire, suavemente, sin ruido. Tienen que quedarse ahí, en medio de la sombra, mudos, inmóviles como la misma sombra. No es cosa de risa. Es necesario. Y, de repente, lo es tanto que detienen su respiración.

Una sombra ha apagado la barra de plata que relucía bajo la puerta. Ya está. Esta vez sí que lo tenemos delante. Un ruido de nada roza la puerta, palpa la madera. Parece que una mano se apoya en la hoja para ver si está cerrada. Está cerrada. La gruesa piedra que la mantiene cerrada se ha movido un poco. Ha

chirriado. Es una fuerza leve, pero que de todas formas está ahí, que ha venido a ver, que ha palpado...

Y se ha ido. El agua de la luna ha vuelto a manar, tan clara, bajo la puerta.

Esperan un rato, un rato largo sin decir nada, sin moverse, siempre como la sombra. Tienen los ojos muy abiertos y miran la barra de la luna, porque esa es la señal.

No hay nada más. No hay más que viento.

Otro rato, otro buen rato más y Gédémus se atreve a darse la vuelta y ponerse de cara a Arsule, con la cabeza y la boca frente a la cabeza y la boca de Arsule, y le dice:

—¿Has visto?

—Sí.

—Escucha: esta tarde, en el páramo, cuando fui a mirar el sitio donde eso había hecho ¡hop!, la hierba estaba toda aplastada, como de estar bajo un peso; bajo el peso de un animal; estaba volviendo a levantarse. Pero cuando llegué allí estaba aplastada. Aquí está, ya lo has visto. Esta vez tenemos algo con nosotros.

La puerta está abierta y entra toda la claridad del día.

—Arsule, ¿cómo quieres que una tierra como esta nos trate mal? Fíjate, ¿no es hermosa?

Todo es azul de iris, tierra y cielo, con un ramillete de nubes al oeste; el joven sol camina por la hierba hundido hasta las rodillas. El viento esparce el rocío como un potro que se revuelca. Hace brotar gorriones en vuelo que nadan un momento

entre las olas del cielo, borrachos, aturdidos de gritos, y que caen después como un pedrisco.

—¡Ah! Somos unos buenos soldados, tanto uno como el otro.

Sacan la máquina de afilar. La ponen sobre sus ruedas en el hilo recto de un pequeño sendero. Está a punto para emprender la marcha: Arsule se ha atado la correa. El día es hermoso como una moneda nueva de plata.

—No tenemos más que caminar hacia el sol y en dos horas estamos en la Pimpreuille. Desde allí hasta el final faltan otras tres horas, pero aún es temprano; contando con todo y entre una cosa y la otra, y la parada para comer y un poco de siesta para compensar el tiempo que perdimos esta noche, llegaremos de sobra antes del atardecer. Teniendo en cuenta todo.

Pero no lo tuvo todo en cuenta, y salieron.

Debía de ser como a mitad de la mañana. Gédémus volvió la cabeza para mirar atrás. La Trinité está al fondo de la llanura como un montoncillo de ceniza fría. Un poco más tarde volvió a mirar y ya no se veía la Trinité; no había más que cielo en su lugar. Entonces, tenía cielo delante, y cielo también a cada lado, y bajo los pies este suelo poroso que suena como el techo de una bodega; ya no había hierba, sino bosquecillos de enebros retorcidos. Ahora sí que estaban en todo lo más ancho del páramo, como en medio del mar.

Arsule se para.

—Lo acaba de hacer: hop. Ahí delante.

Gédémus se rasca la cabeza.

—¿Lejos?

—No, ahí delante.

Ahí delante la hierba está aplastada.

—Escucha —dice él—, entonces vamos a torcer un poco hacia la derecha.

Entonces, se salen del camino recto, hacia parajes perdidos donde el cielo está tan pegado a la tierra que hay que bajar la cabeza para pasar.

La mañana se los ha encontrado lívidos como pájaros desnudos. Estaban en un hoyo de hierba. Se apretaban uno contra otro. Cuando les llegó la claridad levantaron la cabeza y los ojos que no habían dormido reconocieron la tierra. Por encima del páramo hay un ligero vapor que se remonta como el humo.

—Sé dónde estamos —dice Gédémus—; estamos cerca de Aubignane; no vamos mal, Arsule. Después está Vachères. No vamos mal.

El sol les ha vuelto a dar gusto y se han atrevido a levantarse. Arsule ha pasado su brazo por el carretón: se ponen en marcha. Delante, Gédémus sabe que, allá donde el páramo se rompe bruscamente, está Aubignane, algunas casas, un vallecillo con árboles, agua; no van mal.

El amanecer es cálido. Al este, el cielo se ha abierto como la puerta de un horno. Ya no hay hierba. El páramo se inclina un poco y en esa pendiente el viento ha ido amontonando toda la arena.

Arsule tira como un burro, con todo el empuje de sus caderas y sus riñones.

Aquella emoción de la carne, aquel trabajo de la sangre, le acaban de volver, como una maldición. Sus pechos son todavía como brotes de árbol. Se estira la blusa, porque la tela frota las puntas de sus senos y eso la irrita. Inspira para sentir mejor el olor de Gédémus, que va sudando. Ella también suda; inclina la cara hacia sus axilas para sentir su propio olor. Gime para sí: madre, madre, como si tuviese miedo.

Aubignane es del color del páramo. Al principio ni se le ve; aparece luego, de repente.

—Yo pasé una vez por aquí, hace tiempo: aún había algo de gente. Estaba Jean Blanc, que vivía en la plaza de la iglesia. Vamos a acercarnos a ver.

En la plaza de la iglesia no hay más que hierba. La puerta de Jean Blanc está cancelada con clavos.

—En la calle siguiente estaba Paul Soubeyran; y Ozias Bonnet, que tenía tienda.

Hay una casa abierta con el interior negro y que suena como una cueva cuando se pone el pie en el umbral: es el esqueleto nada más. Cuando los ojos se acostumbran a las sombras se ve al

fondo un árbol de oro y de luz. Es una gran grieta que ha dividido el muro maestro desde los cimientos hasta las tejas.

—También había uno que llamaban Panturle, con su madre, pero fuera del pueblo, allí abajo, ¿ves?, al lado del ciprés. Vamos a bajar.

Esta puerta también está cerrada. Sin embargo, hay un tocón donde han cortado leña con un hacha. Hay señales de cortes recientes en el tocón y astillas en la hierba y un sendero que va hasta la puerta y que todavía está vivo. También hay un cinturón de lana azul colgado de una rama del ciprés, que se balancea con el viento. Pero, mirándolo bien, es viejo.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? —grita Gédémus.

Y luego dice:

—Este... no hace mucho tiempo que se fue.

Delante de la casa hay hierba verde y tierna. Hay un ciprés y, como llegada a propósito, una voz agradable, suave al oído. Son abejas, que han anidado bajo una teja y que zumban ahí, en el cielo. Y además, como un milagro, para no creérselo, para frotarse los ojos, un minúsculo lirio florecido.

—Hay que descansar, Arsule.

Gédémus, tumbado, se estira como un perro.

—Casi me dormiría.

No, ella no se puede dormir, con ese deseo que vive dentro de ella como un agua que lo inunda todo. Su corazón es un montón de tierra que se hunde. Está sentada en la hierba. Hay margaritas

entre sus piernas. No es más que una piel vacía; oye cantar en lo más hondo de su cuerpo esa agua agria como el fuego.

Se abre la blusa. Saca sus pechos. Están duros y calientes y sujeta uno en cada mano...

En ese momento es cuando ve en el umbral blanco de la puerta una mancha de sangre espesa como una peonía.

Rebrotar, Jean Giono

IV

Panturle ha cogido de entre la paja una manzana del otoño pasado. Tiene la piel verde y está fría; la calienta en la palma de la mano; la calienta con la boca echándole el aliento encima antes de morderla.

Está sentado delante de la puerta. Hace ya mucho tiempo que se marchó la Mamèche. En ese rincón ha florecido un lirio y el viento de la llanura ha traído hasta aquí a una gran abeja enloquecida que se ha puesto a husmear entre las tejas. Pero se va a morir. Es demasiado pronto; se ha adelantado unos días.

Ha salido a acechar al zorro. Para eso se precisa mucho silencio y pocos gestos. Se esconde en la colina y escucha. Si se sabe leer en los sonidos del aire, se ve claro que se esconde ahí, que va de acá para allá buscando codornices, siguiendo a las perdices... Después de eso, preparar la trampa es como un juego.

Siguiendo al zorro, Panturle se encontró con el viento, el viento fuerte, bien relleno, bien gordo y libre, no ese viento de nada que se entretiene jugando a la pelota, sino el viento fuerte, de hombros anchos, que recorre todo el país. Al verlo así, Panturle se dijo: «Este sí que es todo un señor».

No sabe bien cómo le pasó; estaba tumbado en la hierba, por lo del zorro; después, poco a poco, fue derivando a otras cosas. Hay que decir que ahora está encima de esa altura solitaria, mirando al sur, que es por donde pasa todo el movimiento del aire. El viento se apoya en él con todo su peso, con golpes anchos, largos y pesados, y después se echa a volar con un ronroneo de gato. Está ahí boca abajo y el viento le exprime como a una esponja. Todo eso de acechar al zorro y de estar atento al tauteo, se le escurrió por la hierba y se lo bebió la tierra. Las otras cosas en las que pensaba, que lleva en la piel como el vinagre o como el agua dulce, también se le escapan cuando el viento le aprieta; y también se las beben la hierba y la tierra.

Y ya se quedó vacío de una vez.

El viento le toca con un dedo como a un barril para ver si le queda algo de líquido. Pero no, Panturle suena bajo el dedo del viento como un barril vacío.

Vuelve a casa casi de noche. Es como si nunca hubiera habido un solo zorro sobre la tierra. Se da cuenta de que es casi de noche porque, caminando con la cabeza bien alta hacia el

viento, vio que el sol pasaba sus cuernos por los ojos del campanario. Se siente limpio de arriba abajo, como un paño al que le han pasado el cepillo. Está blanco, nuevo. Va por la tierra con el corazón limpio.

Al día siguiente sí que oyó al zorro. Es la vieja costumbre, la mecánica de la cabeza que llega a girarse por su propio impulso. Venía del Valgast, y luego del Chaume-Bâtard, por tanto, del corazón de las tierras fuertes. El bicho está pasando por algún lugar entre las piedras. Está bien. El cepo es de buen acero; hace chascar las quijadas como un maestro. Un poco de tripa de conejo podrida, engrasar bien el muelle y ya está.

Panturle se incorpora; ve el espino albar del arroyo. También es nuevo, y está florecido como de espuma. Según está ahí, una pelota de plumas y chillidos viene a golpearle en el pecho, cae al suelo, y se parte en dos gorriones que brotan de la tierra.

—Pero bueno, tontorrones. ¿Es que no me habíais visto?

En el mismo momento, el viento lo coge por la cintura con un brazo tibio y se lo lleva consigo. La razón que le da es que es la mejor hora para trampear. La verdad es que le parece estar de paseo con un amigo.

Caroline está balando. No es su voz de siempre, de vieja chiva, sino un temblorcillo suave de cabrito. De esa manera se va quejando a los cuatro vientos. Gime delante del ciprés, delante del espino albar... Se ha comido la primera flor del lirio. Esta mañana solo salieron de sus ubres dos o tres gotas de leche

amarillenta que se le quedaron entre los pelos. Panturle insiste con el pulgar. Caroline refunfuña, se escapa y va a gemir contra la tronera que sopla con el aliento en flor del viento.

El cuenco está vacío.

—Y entonces, Caroline, ¿entonces, qué pasa; ya se acabó?

Viene hacia él, temblorosa, apoya su cabeza rocosa contra la del hombre, con dulzura, como una caricia, y gime.

—¿Qué pasa, Caroline, qué pasa? —repite Panturle.

El espino en el que se posa el sol cuando sale tras la colina, tiene un ruiseñor entre sus hojas. Es como si el espino cantase.

Llegó al prado una onda de hierba, y no había viento; a causa de eso, Panturle vio a la culebra que seguía su camino, chispeante, con su vestido nuevo. Cuando llegó al borde del prado se dio la vuelta; se veía que no tenía otra cosa que hacer más que nadar con todo el cuerpo dentro del frescor verde. Ahora, bajo el hueco de las tejas, hay un jabardillo que está buscando refugio. Parece un puñado de bálago de trigo llevado por el viento.

También vino —eso fue al mediodía— un perro grande, desconocido. La cerca del bosque estaba abierta; en el umbral del prado estuvo dudando. Era flaco y huesudo como un sarmiento; su hocico rojo buscaba el hilo del viento. Llegó al arroyo y bebió. Bebió, luego levantó la cabeza, miró un momento a Panturle y volvió a beber. Se oía el agua bajar por su garganta en tragos

anchos y acumularse bajo la piel con el viento. De repente, debió de pasar un olor y se lanzó tras él.

Se siente que la tierra está entregada a un trabajo que estalla en gemidos de hierbas y pasos de bestias pesadas.

Las bestias son pesadas. Hay muchas, ligeras y delgadas, que saltan; son los machos. Pero sobre todo hay bestias pesadas, como infladas, que pasan con lentitud por los claros y que buscan bajo los matorrales, y que se las oye hurgar bajo los robles, entre las hojas secas.

A esas, cuando Panturle se las encuentra, se para y las mira sin moverse. A duras penas se apresuran para ponerse a cubierto, y allí se acurrucan, sofocadas, con los ojos trémulos como una flor al viento.

—Son hembras.

Las deja en paz, porque es cazador y porque lo que llevan en el vientre es su provisión.

—Es una pasión, lo que tiene la tierra.

Está inquieto y amargado; de golpe se acaba de dar cuenta de que está solo. Caroline ya no da leche.

—Haría falta un macho cabrío.

Esta noche tuvo un sueño que le hizo dar vueltas de un lado a otro y que le rascó como un cosquilleo en la sangradura del codo.

Antes de dormirse, pensó en su soledad, en aquellos tiempos con Gaubert y con Mamèche. Después pensó con ardor en la

propia Mamèche. Si hubiese sido más joven... Parece una locura decir eso, pero también pensó en ese gran odio que le tiene el mundo, desde el sol hasta la hierba. En esa fuerza loca que la primavera le ha puesto en los lomos y que le hierve como agua puesta siempre al fuego... Si la Mamèche estuviera aquí todavía, esperaría el día, ah, sí, esperaría el día, porque esta noche es muy mala para sus entendederas, y no está seguro de lo que haría, y después, cuando llegara el día, iría a decirle:

—Ya que quieres ir a buscarme una mujer, ve, tú que sabes dónde están.

Ahora que lo piensa, tal vez fuera por eso por lo que se marchó. Era tenaz con sus ideas.

Han llamado a la puerta.

Da un salto; va a abrir: la noche desierta le saluda.

Se vuelve a acostar, se duerme y enseguida la mujer que él quiere está allí, acostada junto a él. Su carne blanca contra su cuerpo, desde las rodillas hasta el pecho. Se despierta como un madero que se hunde en el agua y sube a flotar a la superficie. Está tendido boca abajo. Se vuelve a poner sobre la espalda.

Entonces se le volvió a hacer presente, más despacio, desde más lejos, pero volvió: una casa adonde iba en tiempos del servicio militar, detrás del matadero de la ciudad. Siempre había peleas con los artilleros. Se pasaba un pontoncillo y debajo, en el arroyo sucio, el agua dormía entre los desperdicios y los restos de comida; un agua negra con la piel de seda de todos los colores.

Había de todo: tripas, pies de buey desollados, rígidos, con la pezuña hinchada como una cabeza.

Saltó sobre el colchón como un pez. Despertó y fue delante de la ventana. Fuera, hay una hermosa luna y él se ha puesto enfermo por esta hermosa luna que rebasa el cristal de la ventana hasta casi tocar el hogar.

Un animal vino a jugar en la pradera. Debía de ser una hembra de tejón. Se puso sobre la espalda, con el vientre al aire, un buen vientre ancho y aterciopelado como la noche, lleno y pesado.

Esta mañana intenta ordeñar de nuevo a Caroline. Tiene su ubre en la mano como un animalillo muerto. No le viene ni siquiera esa gota de leche amarilla... Ya se acabó.

Le da un puñetazo en las costillas. Sorprendida, Caroline esquiva otro golpe retirando el lomo. La ha pegado, ¿por qué?

Tiene más ganas de pegar. Si no fuese Caroline –la cabra–, la volvería a pegar. Si fuera un hombre le volvería a pegar. Eso le sienta bien. Porque si no, se siente amargo y florecido como el espino albar.

Después atrapó al zorro: era joven. Había caído hacía un instante. Debía de estar allí mordisqueando el cebo con la punta de los dientes, desconfiando, porque ya conocía el sistema, y cuando oyó los pasos de Panturle, el mordisco fue un poco más rápido, menos calculado, y las mandíbulas del cepo chascaron en

su cuello. Está muerto. Una larga espina de acero le atraviesa el pescuezo. Todavía tiene la piel caliente bajo el pelo, y está pesado por todo lo que ha comido. Panturle lo saca del cepo y se unta los dedos de sangre; se revuelve al ver esa sangre. Sujeta al zorro por las patas traseras, una con cada mano. De un solo golpe, con las patas bien apretadas en los puños, abre los brazos y el zorro se desgarran en un crujido de huesos a lo largo del espinazo hasta el medio del pecho. Una buena descarga de tripas bien llenas se desprende con un olor caliente como el del estiércol.

Todo giraba como una rueda loca ante los ojos de Panturle.

O tal vez los cerrase.

Pero así, a ciegas, metió la manaza en el vientre del animal y en medio de la sangre manoseó cosas blandas que le reventaban entre los dedos.

Estallaban como las uvas.

Le dio tanto gusto que se le escapó un gemido.

Volvió a casa. El bicho hueco le calentaba el puño como una boca.

Colgó el zorro en el umbral para desollarlo. Tiene sangre hasta la muñeca; hay un hilillo que baja, se seca, y después le recorre todo el brazo, entre los pelos. También hay sangre en el peldaño de la puerta. Aprieta con la punta del cuchillo sobre la piel; el chuchillo duda primero, y luego se decide bruscamente, se hunde y hay que sujetarlo.

¡Da gusto sentir cómo entra el cuchillo!

Podría haber sido una hembra.

Con cachorros como nueces blancas. ¡Un rosario de cachorros!

Habría podido ser la madre tejón con su barriga gorda que flotaba en la fuente de la luna.

—¿En qué estoy pensando? ¡Estoy un poco loco!

El viento se le mete dentro de la camisa, roza su piel, enroscándose y ondulando como una culebra. El montón de intestinos está en la hierba justo bajo el olor del lirio...

Hurga dentro del zorro como en un bolsillo. Este, pesado y jugoso como un fruto maduro que se abre, huele amargo, huele al espino. Es el hígado. La hiel verde le chorrea en el pulgar...

De repente, alguien le llama desde este rincón del mundo. Alguien a quien un fuerte puño le ha agarrado del cuello y le ha plantado de pie en nuestro mundo de Aubignane, frente a su casa, en el momento en que desollaba un zorro como un bellaco.

Se oye andar por el camino del pueblo.

Escucha, y está bien claro que son pasos que se mueven sobre las piedras.

¿La Mamèche?

No, una voz de hombre, y además otra voz que le responde, que le hace estremecer el corazón y le lanza a la cara toda la cálida vergüenza de haber chapoteado con las manos en la sangre.

Descuelga al animal. Entra en la casa. Cierra la puerta despacio. Echa el cerrojo.

Ya no se oye ni un ruido. Sabe que se han echado en la hierba. Baja. Se desata las botas. Va con los pies descalzos hasta la puerta. Sí, están allí.

¿Cómo podría verlos bien?... Desde el desván...

Sube con sigilo las escaleras, con los brazos abiertos para equilibrarse. La tronera está a ras de suelo. Se tumba. Llega hasta allí arrastrándose.

Los ve. La ve.

Él está en la sombra. Ellos, al sol. Está de caza. ¡Ella es una joven!

De un salto, sin poner cuidado para no hacer ruido, se incorpora, se lanza hacia las escaleras, porque allí abajo la mujer se ha abierto la blusa y tiene las tetas en las manos.

Tropezca en la artesa y se cae al suelo.

—... ¡Dios!

Da un puñetazo en ese gran pecho de madera. Vuelve a levantarse y se da un cabezazo contra una viga del techo. Parece que tiene la boca llena de flores de espino. Escupe. La sombra de la escalera, llena de estrellas de oro que bailan en sus ojos, la sombra de la escalera es roja, y da un traspiés, dobla las rodillas, salta, se resbala y baja, cayendo, con el lomo y con los codos, arrastrado por el fuerte empuje de toda su carne.

Dos saltos y tira el caldero...

¡Ah!, qué larga tiene la mano para encontrar el cerrojo; se rompe una uña en el hierro. Abre la puerta, que chirría... ¡Nadie!

Solo el ciprés, el lirio con su flor medio roída por Caroline, las abejas del tejado que suben y bajan y un ligero viento en el campanario, allá arriba.

Da un gran resoplido, de jabalí sorprendido, y toma un trago de aire que silba en las ventanas abiertas de la nariz.

Hincha el pecho y se lo golpea con el puño.

Pero allí, en la hierba, hay una mancha redondeada, un nido... allí estaba la mujer. No eran imaginaciones, como la noche pasada.

En el sendero hay una rama que se mueve de izquierda a derecha; si fuera por el movimiento del aire se movería de abajo arriba.

Un ruido de piedras que ruedan.

La rama, el ruido de las piedras, van marcando una dirección...

Es por ahí...

Bien.

Por ahí, solo hay una cosa; no se puede hacer más que una cosa: ir de aquí a las Plantades, de las Plantades a las Moulières y después de las Moulières se pasa por la parte de abajo de Soubeyran bajo el salto del arroyo Gaudissart.

Bien.

Abre la boca para llenarse de aire limpio y dulce. ¿Correr tras ellos? No, lo tiene claro.

Hay demasiada claridad, y esa claridad les da ventaja al hombre y a la mujer. ¿Qué se puede hacer a la luz del día más que hablar con palabras de hombre? Él no sabe hablar de esas cosas con palabras de hombre. Está demasiado lleno de esta fuerza ardiente, necesita los gestos de las bestias.

Vuelve a entrar, se pone los zapatos. Coge su cuchillo de desollador de zorros y se va allí abajo, junto al ciprés. Traga dos o tres bocanadas más de aire y se marcha por su camino de primavera.

¡Bien!

Ahí en el sendero, está la pista de la mujer, en ese ligero hilo de tierra que tiembla entre la hierba. Panturle se ríe con una gran risa que no hace ruido, su risa de cazador. Se ríe porque sabe leer lo que está escrito en el aire y en la tierra. También es este sendero lo que le hace reír. Este sendero desenrollado entre las colinas como la tralla de un látigo que él tiene agarrado por el mango. Con un buen látigo y un golpe seco de muñeca vamos a coger una flor a dos metros, en el prado, allí abajo. Así de grande.

Eso le hace reír. Babea; se limpia con el dorso de la mano cubierta de sangre seca. Tiene sangre del zorro en la cara.

La primavera se le ha agarrado a la espalda como un enorme gato.

El arroyo Gaudissart corre un buen rato por encima de la hierba aplastada, luego empieza a cabrearse con las rocas, y al final se hunde en la colina. Talló grandes bloques de piedra, bajó

hasta la base de la colina y está ahí, roncando, en la noche gris. Es su nido. A veces hincha su tripa escamada de espuma; a veces se estira entre dos huesos agudos de roca; a veces la noche es profunda y entonces solo se ve un gran ojo de color hierba que parpadea, que está alerta.

Panturle lo conoce como la palma de la mano. Hasta en los rincones donde la sombra se cierra, echa el pie justo a la piedra que él quiere; extiende el brazo y agarra justo la raíz que él quiere; pega la espalda contra el flanco oleoso de las rocas y pasa.

Es un atajo.

A la otra punta del desfiladero, el cielo entra como una cuña de hierro en la colina. Se empieza a ver mejor. El Gaudissart baja a tumba abierta como una acequia por un esquisto pulido. Está ahí dentro, a lo largo, estirado, tizado por grandes rayas relucientes que parten de la sombra como flechas y más allá, en la claridad, se curvan. Parece que han estirado el arroyo, parece que hay alguien allí arriba en el páramo que tira de la cola del arroyo, y otro abajo, en las llanuras, que tira de la cabeza, como si quisieran desollar una culebra. Y luego, al acercarse, siempre en dirección a la luz, se vuelve como de seda, y se pone blando y reluce y se infla de aire y de viento, y al final se queda doblado en la pendiente de la colina como una bufanda que han puesto a secar en la vertiente de un cerro.

Es que el Gaudissart, con lo buen comedor de tierra que es, no ha comido suficiente páramo y desemboca al otro lado, a cuarenta metros de alto, y salta desde allí.

Salta en tres saltos, por tres peldaños redondeados, entre almohadas de musgo. Primero da un saltito de niño; luego, de un empujón pasa sobre la roca y se lanza con un espesor de seis metros de aire. Se recoge sobre el muelle de su lomo, rueda por una pendiente de veinte metros y entonces, con un vuelo redondeado de arco cae al llano Soubeyran en medio de una pila de piedra que redobla el tambor.

Abajo, el sendero rodea esa pila, pasa por encima del arroyo por tres piedras planas y se aleja rompiendo el cervunal.

Panturle se ha parado en la desembocadura del arroyo, justo por encima del salto del Gaudissart y se ha apostado bajo un pino. Desde allí ve la linde del bosque y, desde que den el primer paso al descubierto, los seguirá con la vista según su plan. Ha ido pasando el tiempo y su deseo le ha ido creciendo dentro hasta llenarse de él. Ha desmigajado todo lo que tenía de hombre. Allí, en la hierba, solo ha quedado el gran macho. Su mirada no se aparta de la linde del bosque. No han salido nada más que dos urracas que estaban aprendiendo a volar con las plumas de la cola en abanico y que cayeron en el heno seco como fardos.

En vez de reírse, hizo un gesto con la boca, carraspeó, escupió y luego, a cuatro patas, avanzó por la hierba hasta la orilla.

El pino está colgado sobre el agua. Está muy maltratado por el viento y el agua, la piel de la base del tronco está enmohecida. Panturle abraza el tronco pegajoso y sube por él haciendo pinza con las rodillas, lanzando las manazas que abarcan el contorno de las ramas, tirando de los brazos, arqueando el lomo, con los

dedos llenos de resina. En el vacío de su cabeza solo suenan el viento y el deseo.

Se ha instalado, encogido como un animal, sobre la larga rama que se extiende en el vacío. Desde allí ve bien. La rama cruje. Ve bien; la espera le hace temblar. Sus largos músculos vibran dentro de la carne como la larga cuerda que sujeta la herrada en el fondo del pozo.

Nada.

La rama ha crujido. Y él allí, con todo su peso, entre las hojas.

Y de pronto la rama suelta un largo gemido y se inclina; con su instinto animal, él da un golpe de riñones y se lanza con las manos a otra rama, más arriba; pero es como si esta echase a volar, y se cae.

Recibe en la espalda la bofetada de una gran mano fría y ve los largos dedos blancos del arroyo que se cierran sobre él.

Enseguida, el agua esquivo le cubre con su cuerpo espeso y resbaladizo. Él la aparta con las piernas y los brazos; ella le agarra por la cintura, le tapa la nariz, le hace tocar con los hombros los guijarros del fondo.

Hace el puente con el lomo y, de una brazada, con un esfuerzo de pez, salta. Se golpea la boca contra una masa de aire duro como las piedras. Lo traga hasta llenarse. Él también empuja sobre la espalda del agua. Lanza la mano a la orilla. Clava los dedos en la tierra: está blanda, cede a puñados; se desmenuza con trozos de juncos por toda la zona de lucha.

Como un duro cepo, el agua le agarra por la cintura; y de un golpe el arroyo lo arrastra, se lo lleva, lo lanza por encima del borde del páramo.

Ha quedado encallado en el primer peldaño, como un sapo, panza arriba, y enseguida ha vuelto a luchar. Pero, la verdad, mueve los brazos y las piernas despacio, muy despacio, como si estuviera atrapado en liga; en cambio, el agua mueve sus brazos y sus piernas con el doble de fuerza y con la cólera de la espuma.

Tan pronto bebe una bocanada de aire, y va bien, como una bocanada de agua, y va bien también, porque en el agua hay un gran rostro de mujer que ríe, con dos colmillos agudos sobre los labios.

Y le arroja por encima del segundo borde como un paquete.

Rodó por la última pendiente sin luchar. Rodó, mezclado con el agua y la espuma y la casa con los soldados, y la carne que se pudría a la puerta como las flores que crecen dentro de su cabeza, esas flores de sangre y pus, llenas de moscas.

Moscas de oro en los ojos.

Parece que el agua le cierra la boca con una carga de tripas frías.

Y al final, da el gran salto a la pila.

Después de un rato, ha vuelto a la vida, pero sigue con los ojos cerrados.

Le llega un sonido grande y suave y un frescor: las voces de muchos árboles que hablan a la vez. Piensa: «es el viento». Ahora es cuando vuelve a empezar a vivir.

Reconoce por el olfato la noche en el sabor del aire. Entonces abre los ojos. Pero no había pensado en la luna, y la luna entra entera como un cuchillo en sus ojos sensibles. Los cierra enseguida, y sin embargo se da cuenta, al vuelo, de que tiene la cabeza en medio de la hierba. ¿Qué está haciendo allí? Ha seguido un rato preguntándose y después ha reconocido el sabor de su boca. Es un aroma de barro y de espuma de agua. Mueve la lengua despacio y las mandíbulas como para masticar ese olor y ver si en el fondo eso no le recordaba a algo. Unos granitos de arena le rechinan entre los dientes.

Un poco después se da cuenta de que está tumbado boca abajo sobre la piedra fría y eso le extraña: no acostumbra a tumbarse así, porque eso le da cólicos. Es gravilla lo que tiene en la boca. Además ha oído al fondo del viento el ruido de la cascada y se da cuenta de todo, porque poco a poco le está volviendo el sentido. Se acuerda de la caída estrepitosa y de la rama del pino, y todavía se ve allí, colgado como un mono. Le duele el hombro y suspira, un largo suspiro, y entreabre los ojos para ver si está bien seguro sobre la hierba y sobre la tierra seca.

Está bien seguro y se siente mejor; ha visto, a la luz de una luna limpiísima, la sombra de un chopo.

Piensa: «Si me quedo así, boca abajo, me voy a poner malo», e intenta darse la vuelta, y se la da de un golpe. La luna le pone su dedo blanco sobre los párpados. Una voz a su lado dice:

—Se ha movido.

Abre los ojos sin pensar ya en la luna y alza la cabeza; parece la voz de la mujer.

Y es ella.

Está sentada en la hierba, a su lado; le está mirando. Ella ha hablado. Nadie la ha respondido.

—¿Estás mejor? —le pregunta.

Así, de momento, no comprende; luego responde:

—Sí, estoy mejor; ¿y tú?

—Yo..., he pasado mucho miedo. No he podido dormir. Me he acercado a ver qué hacías; justo cuando te estabas dando la vuelta. Entonces pensé: «está mejor»; y eso me quitó un peso de encima.

Ella está a la luz de la luna. La ve bien; una cara afilada y pálida como un gran nabo, casi sin mentón, una larga nariz de piedra lisa, unos ojos como ciruelas, redondos, aterciopelados, brillantes, unos labios hinchados por esos dos dientes que apuntan cuando sonrío. ¡Qué guapa!

—Qué buena eres —dice Panturle—. ¿Entonces has sido tú quien me ha sacado a la hierba?

Escupe para quitarse ese sabor a arena y a fuente que tiene en la boca.

Ella se desplaza con las rodillas por la hierba hasta llegar al lado de Panturle.

—Me acerco para que no se despierte. Sí, he sido yo quien te ha sacado. Pasó cuando salíamos del bosque. Teníamos la cascada del arroyo colgando delante de nosotros y la estábamos mirando. Y entonces vimos caer una gran rama de árbol y luego como un paquete de trapos.

Él dijo: «a alguien se le ha escapado la colada». Y yo le dije: «sí, la colada... ¡es un hombre!...»

Fue justo el momento en que diste el gran salto, y te vimos bien cayendo a lo largo con el agua. Entonces vinimos corriendo. Te quedaste flotando a merced del agua, rígido como un gran pez, y la corriente te acercó a la orilla. Entonces te sacamos a la hierba, él y yo. Él me dijo: «No está muerto; volverá en sí». Esperamos un rato y no volvías. Entonces él dijo: «mientras sea de noche, es igual que duerma en un sitio o en otro. Solo hay que llevárselo de al lado de la cascada, porque aquí está tan húmedo como si lloviese». Y vinimos hasta aquí. Te arrastramos por la hierba porque tú pesas mucho y él es un viejo y yo, ya lo ves, solo soy una mujer. Mira, todavía queda el rastro en la hierba.

Es verdad, en el prado hay una ancha pista de hierba aplastada. Panturle está al final como un carro al final de su camino.

—¿Os ha costado mucho? —dice.

—Sí, claro, tú pesas bastante...

Ella continúa:

—... pesas bastante, pero te trajimos por los brazos, con las piernas a rastras; y luego hicimos fuego, ¿no lo hueles?

Huele a tomillo quemado y a leña de roble.

—Intentamos secarte. Luego empezaste a respirar. Entonces él dijo: «dejémosle; vamos a dormir». Él se puso a dormir en seguida. Yo no podía, y vine a ver cómo estabas, y entonces te moviste; así ha sido.

No le parece adecuado estar tumbado a la larga delante de esta mujer. Intenta incorporarse. Le duelen los hombros, y además las caderas; luego, se da cuenta de que no es para tanto, y de que ya está sentado.

—¡Ah! Estoy mejor —dice—, así estoy mejor.

La mujer es algo más baja que él. Baja la cabeza para mirarla, y ella levanta su cara alargada.

La luz de la luna la ilumina aún más.

Ella pregunta:

—Entonces, ¿eres de por aquí o vienes de lejos, o de otra parte, como nosotros?

—Yo soy de aquí —dice Panturle.

—¿De aquí, donde estamos?

—No del todo, de un poco más a la izquierda. De allí, mira —dice al cabo de un rato, después de haber reconocido la masa negra de la colina; de allí... —y señala con el dedo—, de Aubignane.

—¿De Aubignane? No puede ser. Allí no queda nadie.

—Te digo que sí, estoy yo; habéis estado delante de mi casa.

—¡Ah! ¿La de la sangre?

Retrocede hacia la hierba y la sombra de la hierba. Se agarra las rodillas con las manos. Y murmura:

—Había sangre en la puerta. Creímos que había ocurrido alguna desgracia y salimos corriendo...

Un golpe de viento lleno de olor a espinos atraviesa el silencio.

—Estuve desollando un zorro —dice Panturle.

—¡Ah, era eso!

—Sí. Cuando estás solo —dice finalmente— te vuelves malo. Yo antes no era así... Esto debió de ser cuando me quedé solo. También es cosa del tiempo; el calor no me sienta bien. Esa no es mi naturaleza.

Ella le mira.

—No, no parece que esa sea tu naturaleza.

A Panturle le sacude un largo escalofrío.

—¿Tienes frío?

—No, pero esta ropa mojada se me lleva todo el calor...

Todavía tiene algo que decir. Vacila un momento, y luego le parece sencillo y bueno, y añade:

—Me voy a desnudar; estaré mejor.

Y ella dice:

—¡Eh! Sí, hazlo.

Y luego:

—No lo tomes a mal.

Entonces él se arranca la ropa como si fuera una piel y se queda desnudo, a pelo.

Se acuesta en la hierba y dice:

—Está caliente, toca...

Ella toca la hierba, ahí, en el sitio donde él se ha acostado.

—¿No vas a tener frío?

—¡Oh! Ya estoy acostumbrado; hace bueno y la hierba está templada, y el aire es tibio, y además yo entro en calor en seguida. Mira, toca.

Le coge la mano y se la pone sobre el pecho, ahí, donde está el animal que tiembla.

Y ella siente cómo se infla con el movimiento de las costillas como un cesto que se abre, el vello espeso y debajo, en efecto, el calor.

—Es verdad —dice, y retira suavemente la mano.

Se quedan un momento sin decir nada. Ella hace un esfuerzo para decir algo.

—Llamamos a tu puerta, y tú, ¿dónde estabas?

—Yo estaba dentro.

—¿Entonces? No contestaste. Eso no está bien. ¿Y por qué?

—Oh, porque...

—Entonces, así es como tú eres. ¿Y si te hubiéramos necesitado para algo?

—Tienes razón. Pero me dio vergüenza.

—¿Y por qué?

—Ah, yo qué sé. Me daba vergüenza, eso era todo.

Ella lo mira desnudo, en la hierba, con la luna que le baña de un lado.

—¿Pero por qué? Mira, fuimos nosotros los que te sacamos del agua. Si no hubiera sido por nosotros... Así que te quedaste dentro, encerrado entre tus paredes, sin moverte, escuchándonos sin decir nada. Podríamos haber necesitado alguna cosa. ¿Y te daba vergüenza de nosotros?

Al oír eso, Panturle se sienta, y entonces empieza a hablar. Toma la mano de la mujer en su mano. Habla fuerte; la mujer le dice «habla despacio» indicándole con un gesto de la cabeza un rincón de sombra bajo los sauces donde parece que alguien está durmiendo. No le retiró la mano. Al contrario, al cabo de un momento ya no hacía falta sujetarla; ella había cerrado los dedos sobre la mano de Panturle como agarrando el hocico de un perro manso. Y él hablaba en voz baja:

—... Yo soy más servicial que nadie.

Ella cierra entre sus dedos la mano de Panturle, le toca la piel, que es como una corteza con verrugas y grietas. ¡Una piel caliente! Unas veces, según lo que él va diciendo, su índice se mueve entre los pequeños dedos y los separa, entra en medio de ellos y los aprieta. Otras veces es el pulgar el que se apoya en el hueco de la palma como si la quisiera excavar, entrar en ella y atravesarla. Algunas veces abarca con sus grandes dedos toda la pequeña mano.

Hay calor en todo su cuerpo, como si, de golpe, el verano con toda su cosecha se acostase sobre ella.

Él está bajo la luna como bajo el caño de una fuente. Tiene unos grandes músculos que hacen sombra a lo largo de los brazos y en las caderas, y en lo más ancho de los muslos. Tiene vello como el pelo de una cabra negra.

Ella escucha: oye los golpes sordos de su sangre que le circula con fuertes pisotones.

Lleva su mano izquierda a través de la noche para palpar la fuerte muñeca que sujeta su mano derecha. Es nudosa como un nudo de árbol. Llena su mano izquierda de nervio, de sólida carne ligera y cálida.

— ...no sé cómo decirlo... Todos tienen sus mujeres. Es esta ansia que le ha entrado a la tierra... ¡Esta ansia!...

Ella se acerca un poco al hombre. Se acerca sin que apenas se note, inclinándose, porque aún no se atreve a hacerlo cara a cara. Lo que tiene en las manos es carne sólida, ligera y cálida, y dura a la vez, esta muñeca de hombre que la ata a él, que es un puente por el que pasa a ella toda la carga del deseo del hombre.

Él sintió que ella se acercaba; el nudo de sus manos se aprieta, la gruesa cuerda de su muñeca vibra y la atrae hacia sí. Ella se desliza en la hierba y está ahí.

Todos los circuitos de su sangre se pusieron a cantar como la reddecilla de arroyos y ríos de la tierra. Ella pone su cabeza sobre el vello del pecho. Oye el corazón y el crujido sordo de ese canasto de costillas que envuelve el corazón como una rica fruta entre hojas.

Entonces, ese peso de agua que tiene en los hombros, que es el brazo del hombre, se hace pesado. Ella se deja caer sobre ese brazo como un haz de heno y se acuesta en la hierba.

Primero fue un golpe de viento agudo y un llanto de ese viento al final del bosque, el gemido del cielo, luego, una lechuza que se lanza gritando a la hierba. Una tórtola comienza a cantar:

—Ya amanece.

Lo dice uno y luego otro, sin mirarse: ahora sus cuerpos son más grandes y calmados, sus corazones son simples como amapolas.

Allí, debajo de los chopos, en un prado tranquilo, está anclada la máquina de afilar.

Él recoge su calzón; la pana todavía está empapada. Retuerce la camisa y se la anuda a la cintura; se pone los zapatos. Ella mira lo que hace. Sabe lo que va a pasar: está muy claro.

—Ven —dice Panturle—, vamos a casa.

Y se se va tras él por el sendero.

Rebrotar, Jean Giono

SEGUNDA PARTE

I

—Esta porquería de tierra... —dice Panturle, entrando—. No hay manera... Es más dura que la piedra. Se la ha dejado demasiado tiempo en el abandono... Ahí está, cerrada a cal y canto; ni siquiera se le puede clavar la cuchilla.

Mira su arado; es un arado pequeño, de pobre, uno de esos arados que el hombre lleva echándose hacia atrás.

—¿Qué quieres hacer con esto? Esto solo araña un poco por encima.

Arsule, al oír esto, queda muy preocupada. Mira a Panturle, el arado y la joroba del cerro que se infla al otro lado de la ventana.

—¿Y entonces?

—¡Oh! Entonces —dice Panturle—, al final, como de todas formas tendré que bajar a por la simiente y a buscar algo para

Caroline, pues aprovecharé el día. Me pasaré por casa de Jasmin para dar un toque al tío Gaubert. Es el que más entiende de arados. Le diré que me haga uno, y me lo hará de buena gana; eso le apasiona. Le preguntaré al Amoureux si me quiere prestar su caballo. Es buen momento. Ellos todavía no han empezado, y se podrá hacer. Ya verás.

—Pues si vas a ir ahora —dice Arsule—, ponte una camisa limpia.

La artesa grande está colocada bajo la ventana. La mesa está en el rincón, bien reluciente y bien lavada como una gran roca cuadrada después de la lluvia. La espetera de la chimenea está limpia. Hay tres platos desparejos en la repisa del fregadero. En el mantel de la mesa hay una caja de cerillas. Por esta caja vino todo.

Antes, Panturle se hacía un mechero con piedra negra y estopa o médula de saúco. Unas veces prendía; otras, no. Hacían falta tiempo y paciencia, y bastante «puta suerte». Arsule dijo un día: «si tuviéramos cerillas...».

Panturle salió temprano por las colinas y a la hora del alba ya estaba en camino, allá abajo, al otro lado, casi a la vista del campanario de Vachères. Allí estuvo esperando al correo. Paró el coche e hizo bajar a Michel.

—Ven un momento, que te diga una cosa: ¿tú me venderías esta piel de liebre?

Y Michel:

—Podría ser.

El gordo Sauteiron, el tratante de caballos, que estaba en el coche, gritó:

—Tráeme esa piel.

Le dio seis francos. Panturle dijo:

—Está bien.

Y Michel añadió:

—No es caro. Cuando tengas más, guárdame una a ese precio. Me quiero hacer un gorro.

Panturle le dio los seis francos a Michel:

—Toma, cómprame cerillas, en cajas grandes.

—¿Todo esto?

—Sí. Te espero aquí esta noche.

De esa forma Arsule tuvo sus cerillas. Se puso muy contenta. Las puso en la alacena. Después de eso, le hizo colocar la artesa, que es muy pesada. Luego rebuscó en el armario, sacó pantalones y chaquetas y camisas del padre de Panturle, que estaban dobladas desde que murió. Escogió lo que estaba bien. También encontró agujas y un viejo ovillo de hilo, y le dijo a Panturle: «ve a aguzarme estas tijeras». Cuando se levantó y salió, era como si en ese cuarto hubieran puesto a secar hojas de morera. Estaba todo extendido por el suelo. Pero no tenía tiempo para volver a colocarlo. Corría prisa. Fue a instalarse en la hierba con una brazada de ropa debajo del brazo y cuando Panturle volvió se encontró un pantalón bien remendado y listo para ponerse, y una

chaqueta casi acabada. Miró la chaqueta. Tenía botones de cazador, anchos botones de cobre con figuras de animales.

—Qué bien te apañas —le dijo.

También encontró viejas blusas y faldas de seis vueltas, y mantones, y se puso a hacer labores para ella. También encontró un baúl en el cuarto de atrás, un sitio adonde nunca se iba, y por suerte el baúl era de buena madera de roble de dos dedos de grueso, sin fisuras, que si no, las ratas... Escondidas en el baúl como si fuese trigo candeal, encontró tres sábanas más blancas que la nieve. Eso la decidió. Tenía ganas desde hace tiempo. Bajó a encontrarse con Panturle. Estaba cortando leña.

—¿Sabes lo que deberíamos hacer? —dijo ella.

—No —respondió él.

—Pues bueno, mira: donde dormimos, encima de ese jergón de paja, eso en todas partes es como para los animales, y a mí no me gusta dormir de esa manera a la vista de todos.

—A la vista de nadie —replicó él—. Aquí no hay nada ni nadie.

—Sí, pero —dijo ella— eso no importa, no me gusta. Deberíamos meternos en el cuarto del armario. Estaríamos más a gusto. Allí hay una cama de madera desmontada. Solo hay que montarla y llevar el jergón. Estaremos mejor.

Así se hizo. A la noche, cuando Panturle abrió la cama, la vio blanca como el corazón de un lirio. Había puesto las sábanas.

—¡Caramba! —dijo, impresionado.

Se quitó el pantalón, se quitó también la camisa.

—Hay que aprovecharlo bien —decía.

Se metió entre las sábanas, una pierna tras otra, despacio.

—Esta sábana es lisa como la arena fresca, y huele a lavanda. Espabilate, Arsule, que si no, voy a disfrutar yo solo de lo bueno de la tela lisa; y si tardas, cuando llegues será solo un trapo.

Una vez que Panturle, después de podar el ciprés, puso la brazada delante de la chimenea, ella dijo:

—No, la leña hay que ponerla en el corral. Si la pones aquí, luego lo tengo que barrer, y eso me da dolor de espalda. Vete a llevarla allí.

Fue a llevarla, y así quedó establecido en adelante.

Otra vez, a pleno sol, en lo más caluroso del verano, ella hizo una presa en el arroyo Gaudissart con ramas y barro, puso una tela en el fondo, una tela bien sujeta con piedras, bien fija en el fondo del agua. Hizo como una gran bañera muy limpia. Y se bañó. Se lavó de arriba abajo con un puñado de saponaria. Por la noche —ya estaban acostados—, brillaba como el oro. Ella le dijo:

—Déjame, que hueles a sal podrida.

Lo dijo riéndose, pero al día siguiente Panturle se metió en el arroyo. Solo que a él no le hizo falta la tela.

Y así, muchas cosas.

Después empezaron a estar como inquietos, los dos, sin saber por qué, hasta el punto de que las mañanas se les hacían amargas. Había algo en el aire que los llenaba de amargura.

Pasaba sobre todo después de las cacerías de Panturle. Pasaba sobre todo cuando dejaba encima de la mesa un conejo agarrotado, rígido como una raíz, o una codorniz partida por el cepo.

En esos momentos ni Panturle ni Arsule decían una palabra.

Precisamente, una de esas veces que disponían de bastante carne, Arsule puso a cocer unas patatas, en cantidad, y nada más que eso, y solo eso puso en los platos. Panturle miró las patatas, el conejo colgado del techo en un paño, la sangre en el paño y las moscas. Miró a Arsule.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —dijo—. Estoy pensando que con el hierro que hay arriba en el desván, afilándolo y poniéndole un buen mango, podría hacerme una azada. Pienso que al otro lado de la cuesta, por el lado de Reine-Parque, hay un buen trozo que, pegando fuego a las aulagas, sería buen terreno para todo lo que queramos. También pienso que a lo mejor podría hacerme un arado...

—Eso estaría muy bien —asintió Arsule—. Ahí tienes tu camisa limpia, y ahí otro pantalón; ¿quieres la chaqueta?

—No, hace calor. Lo que me haría falta es un saco, porque, según como me pinte por allí, podré coger el grano muy pronto. Aquí estamos más altos y se puede cosechar antes. Tráeme también a Caroline; voy a ver si encuentro un macho para ella.

Caroline está triste, ahí, delante de la claridad de la puerta. No se atreve a salir de la sombra del establo. Parpadea. Está

delgada; tiene las costillas huecas. Las moscas le hacen temblar la piel del vientre.

—Chivita, chivita —la llama Panturle, y hace con la mano el gesto de darle hierba—. Toma, toma...

La cabra no se mueve. Está allí delante de la luz como dándose de cara contra una pared.

Arsule la anima imitando con los labios el sonido de una caricia. Sale, avanza envarada. Es como si mirase más allá de las cosas, como los hombres que aparecen en los sueños. Apoya la cabeza contra el vientre de la mujer. Se frota el costado contra Arsule durante un buen rato, un rato largo; hasta que Arsule le dice:

—Venga, chiva.

Le da la cadena a Panturle y Caroline le sigue.

Es el comienzo de la tarde; hace bastante calor a pesar de las primeras nubes redondas que pasan arrastrando su sombra; son nublados marinos. Suben, y su sombra les sigue como las huellas a los pasos.

El bosque está manchado de amarillo. Desde Reine-Parque se le ve un poco; el Val des Chats y las tierras bajas son como un viejo caldero de hierro mal fregado y herrumbroso. Lo más alto del cielo está vivo, por las nubes que crecen y crecen. Abajo, pegado a la tierra, el aire está quieto; se queda allí, alrededor de las colinas y de los árboles, caliente y pesado como la lana húmeda.

En el fondo del Val des Chats, una ligera bruma duerme sobre los árboles como una mancha de leche en el fondo del caldero; cuando te inclinas sobre el cuenco, se siente un olor a setas y a madera pudriéndose.

Una urraca despega de la rama del chopo. Hunde un ala hábilmente en la sombra glauca del sotobosque. Dos hojas secas despegan también tras ella, y caen.

—Caroline, ¿has acabado de jugar? —le dice a la cabra, que se va a la izquierda para seguir corneando a la bardana.

Panturle va por sus propios caminos.

Así llegó a la granja del Amoureux, de un solo tramo, al salir de un recodo de la vaguada, en las lindes de la tierra arcillosa y tirando de la cabra vino a dar a la sombra de los plátanos, donde está la gente. Se le hace raro ver gente: allí, uno arando, un hombre bajo con un caballo chico; allí, uno que cruza por el barbecho; allí uno agachado, mojando la piedra para aguzar la hoz; una que saca agua del pozo; una que tiende la colada en una cuerda; uno que se estira como un gato a la puerta del granero; uno que limpia una laya... El Amoureux está bajo los plátanos, delante de la granja. Iba a coger la guadaña, colgada de la rama maestra. Se para; se queda con el brazo en el aire. Mira a ese que viene con una cabra.

—¡Hombre, Panturle! ¡Esta sí que es buena! ¡Yo habría dicho que estabas muerto!

—No tengo ninguna gana.

—¡Ah, esta sí que es buena!

El brazo del Amoureux resuena en los hombros de Panturle.

—¡Eh!, sí —dice Panturle.

—No es una broma —dice el Amoureux—, yo lo pensaba.
¡Alphonsine, ven un momento a ver, Alphonsine!

Ella estaba tendiendo la colada y mirando a los dos hombres entre la ropa que tendía. Viene deprisa, balanceando sus pechos gordos y blandos. Se seca las manos en el mandil. Tampoco ella se lo cree.

—Es verdad, no hace mucho que hablamos otra vez de ti.
¡Pues ahora, vamos a echar un trago!

Como a eso no se puede uno negar, ella entra en la cocina y se la oye abrir la alacena. Vuelve al umbral y levanta la botella a la altura de los ojos.

—No, esta no; esperad.

—Claro que no, tráete la buena.

Por fin aparece con la buena: un licor de hisopo que se disuelve en agua si se quiere, pero que los hombres lo beben sin mezclar:

—¡Muchachos, muchachos! —vocea el Amoureux.

Los tres mozos que están por allí y que ya han visto de reojo la botella, se acercan.

Tienen el vaso en la mano. Brindan todos juntos. Alphonsine se acuerda de las mujeres:

—Tiennette, ven un momento tú también y tráete un vaso.

—Entonces, a la vuestra —dice Tiennette, que al llegar más tarde, brinda sola contra todos.

—Este es Panturle —dice el Amoureux—. Aquí tienes a uno que te podría servir, ¡y bien guapo!

—También se conformaría con uno peor —dice Clodomir, que es buen amigo suyo.

Etiennette baja la cara, que está roja como una manzana, y se ríe por lo bajo, mirando a Clodomir entre las pestañas; Clodomir se atusa el bigote de maíz con el gancho del índice y la mira de reojo con una mirada burlona.

—Entonces, ¿adónde ibas?

—Aquí precisamente.

—¡Ah, muy bien!

—Mira, primero es por esta —y señala a Caroline, que se frota el hocico contra él—. ¿Tú no tienes un macho, o conoces a alguien que lo tenga? Ya no puede seguir así. Mira qué cara... Y también por nosotros...

—Machos..., está el de Turcan. Déjala aquí y mañana Etiennette la llevará.

—Y también...

—Espera...

El Amoureux se vuelve hacia Clodomir.

—Aguza también las dos guadañas.

El hombre lo entiende y se levanta.

—Ya sabes, prefiero que de esto hablemos los dos solos. Nunca se sabe. Los criados, ya sabes, oyen cosas, una vez y otra vez y

otra, juntan diez palabras, y luego te las tiran a la cara como piedras. Dime.

—Mira: te quería pedir también simiente de trigo. Necesito sembrar un poco. No te puedo pagar, te lo devolveré con la cosecha. Y luego, con tiempo, cuando te venga bien, me gustaría que me prestaras tu caballo un día. Eso te lo pago como tú quieras. En dinero o en grano.

El Amoureux lo piensa un momento:

—Eso se puede hacer —dice al fin—. ¿Cuánto grano quieres?

—Dame trescientos kilos para empezar, si te parece.

—Vale.

—Llévalos mañana hasta Reine-Parque, hasta donde llega la carreta; desde allí ya me los apañaré yo.

—Entendido, ¿y el caballo?

—Eso, cuando tú quieras, cuando esté libre.

—Escucha, podrás llevártelo... dentro de tres días.

—Muy bien. Me haces un gran favor, Amoureux.

—¿No has visto a los niños? —pregunta Alphonsine.

—Estaban aquí hace un momento.

—Tiennette, ¿has visto a los niños?

—No, señora.

—¿Y entonces...?

Echa una rápida y severa ojeada por el contorno. Está la acequia; están los pozos; están puestas las grandes trampas para zorros, incluso en pleno día.

—¡Nano! ¡Nano! ¡Nano!

—¡Lison!— grita el padre.

Un momento de silencio. Escuchan los tres. Y al final, los pequeños responden:

—Sí...

En ese momento salen de entre la hierba que los ocultaba. El mayor, Jean, lleva a su hermana Elise de la mano. Con la otra mano sujetan, como si fuera una vela, un gran cáliz de cólquico:

—Me he hecho daño —dice en seguida la chiquilla, temiéndose una bofetada.

Alphonsine se acerca ante los dos niños con una gran hogaza de pan. Rebusca también en los bolsillos del delantal.

—Toma.

La pequeña tiende la mano y recibe tres higos secos y dos nueces.

—Toma.

Ahora le toca al muchachito, que ya tenía la mano extendida y que recoge sus tres higos y sus dos nueces.

—Y esperad.

Les corta pan con un gran cuchillo que es como una podadora. Está inclinada sobre la hogaza, la sujeta entre los pechos y el vientre, y la corta con cuidado, sin desmigarla.

Panturle mira el pan, bueno, grande y sólido, pan de campo, pan de harina molida en mortero de mármol; pan de cuya miga rosada se saca a veces una larga paja recta y destellante como un rayo de sol.

De un vistazo imagina lo que va a hacer. Lo que va a volver a hacer, lo que ya ha empezado a hacer al venir aquí. Ahora entiende esa inquietud que tenían, esa sombra en el rostro de Arsule, de por sí hermoso como el agua. Eso se les pasará. Ahora está seguro. Lo ha comprendido. Se les pasará el día que pongan encima de la mesa, allí en Aubignane, en la última casa, una hogaza de pan caliente y pesado, del pan que ellos mismos hayan hecho, los tres: él, Arsule y la tierra.

Y de golpe, cuando Alphonsine se gira y trae el pan, tiene un impulso:

—¡Alphonsine!

En ese momento le da un poco de vergüenza, ahora que Alphonsine vuelve con el pan.

—¿Sabes? —le dice—. Querría pedirte una cosa. No puedo pagarte, pero te lo devolveré. Dame un trozo de ese pan. No es para mí —añade, porque está viendo que ya se lo ofrece y que el Amoureux le dice: «dale también unas aceitunas»—. No es para mí. Te lo voy a contar, porque de todos modos se ha de saber, y porque de todos modos ya está hecho, y así es como tiene que ser: tengo una mujer allí conmigo, y esto le va a gustar mucho.

—Cógelo todo —dice Alphonsine.

Al ver que se lo da todo, se siente mal, y cierra los ojos como si masticase laurel.

—Te lo devolveré.

—No tienes más que hacer eso si quieres que nos enfademos.

No quiso compartir el almuerzo y comerlo con ellos en la mesa.

—Todavía tengo que ir hasta la casa de Jasmin.

Pero les pidió que le diesen veinte kilos de simiente de trigo para llevárselos ya, para que Arsule los vea esta noche, para que comprenda que ha hecho el viaje para algo, y que ese algo ya lo ha empezado.

Y se fue con la hogaza bajo el brazo y el saco a la espalda.

Belline, la larguirucha, está en el cercado contando los patos. Es delgada como un ciprés y casi tan alta. Solo lleva un camisón azul cielo.

Esta tierra ya no es la misma. Es el fondo del valle. El agua rezuma. Hay buenos prados y sauces; hay huertos de frutales; hay un enorme abedul que se pone como la espuma en cuanto lo toca el viento; hay una fuente; y hay una buena y sólida cerca que lo rodea todo. ¿No querías árboles y tierra bien regada? Pues ahí lo tienes.

Panturle se acerca al muro.

—¡Eh, Belline!

Ella vuelve su larga cara de caballo.

—¿Sabes quién soy?

—Sí.

No hace ni un ademán de ir hacia la aldaba de la puerta. Solo abarca a todos sus patos bajo la protección de su mirada; eso se entiende rápido.

Dice:

–Querría ver a Gaubert.

–Está ahí.

Le indica la casa. No dice más. Recoge un enorme caracol; llama a un pato que parece navegar apurado por el prado.

Está bien. Panturle espera un momento y luego se decide a ir a la casa.

El viejo Gaubert está junto a la estufa. Está sentado en una silla recta; las dos manos, apoyadas en el bastón; la cabeza, apoyada en las dos manos.

Dijo «¡oh!» al ver a Panturle; luego intentó levantar la cabeza y tardó un momento; al final lo consiguió.

Panturle sonríe y le tiende la mano.

–Hombre, tío Gaubert, cuánto tiempo. ¿Estará usted bien ahí, al lado de la estufa? ¡Ah, sinvergüenza, usted sí que ha encontrado un buen trabajo!

Pero las dos manos de Gaubert siguen apoyadas en el bastón. Tiemblan. Vuelve la cabeza con gran esfuerzo y alza los ojos hasta los ojos de Panturle.

–Agárrame la mano, sí; agárramela tú; me gustaría dártela, pero ya no puedo.

Dejó de golpe el saco y la hogaza y se lanzó a cogerle la mano, que es como de trapo entre las suyas.

–Entonces... Gaubert, ¿entonces no...? ¿qué le ha pasado?

Están blandas y muertas, y los brazos están muertos. Y Panturle los toca y son como cuerdas sin vida, y en los ojos de

Gaubert hay una mirada de animal cogido en el cepo. Ahora, de cerca, huele a orina.

—Entonces, ya ves, así estoy.

—¿Cuándo le ha pasado?

—Una mañana, algo se me desató bajo el lomo. La Belline me dijo: «venga, no se haga el remolón». Intenté seguir. No había nada que hacer. La cosa venía en serio.

Panturle sigue allí sujetando las manos muertas de Gaubert. Está inclinado sobre él, mirándole a los ojos. Querría poder darle un poco de fuerza a esas manos.

—Y Jasmin, ¿qué dijo?

—Nada.

Panturle no puede hacer nada para que vuelvan las fuerzas que han abandonado a este hombre, que antes no paraba y ahora está ahí como una piedra. Es Gaubert quien vuelve a hablar.

—Entonces, ¿cómo es que te has perdido por aquí?

Panturle no se atreve a decirlo, pero lo ha deseado tanto... Ha estado pensando tanto en el arado todo el día...

—Pues he venido... Había venido... para verle, y además había pensado: «quizás le gustaría volver un poco al oficio». Yo no lo sabía, ¿comprende? Entonces vine para decirle «hágame usted un arado», pero...

—Ah, claro.

Durante un rato solo se oye el péndulo del reloj que cuenta los segundos. El sol ha conseguido pasar bajo los frutales. Un rayo atraviesa el cristal de la ventana y se esconde en un cubo de agua.

—A tí no te serviría de mucho —dice Gaubert—: tú, antes que nada, eres cazador. Te vendría mejor una escopeta.

—La caza..., siempre es lo mismo, un día bueno y un día malo: si lo piensas bien, da para ir tirando. Y además, siempre carne, nada más que carne. He encontrado una tierra, al otro lado del cerro, ya sabe, que parece profunda y fértil. Y me han dado ganas de sembrar trigo.

—Qué raro que te haya pasado justo ahora.

—Es que ya no estoy solo: tengo una mujer. Y una pareja no puede vivir de la caza. Desde que está ella, necesito pan, y ella también. Entonces...

—Es natural, y es una buena señal.

—¡Ah!, pero... ¿qué le pasa, tío Gaubert? ¿Está llorando? ¿Le han hecho algo? ¿Ha sido la Belline?, dígame. ¿Quiere que le diga algo a Jasmin?, dígame. ¿Qué le pasa?

Si Gaubert hubiera tenido las manos libres, habría ocultado esas tres lágrimas que se le escapan de los ojos; pero tiene las manos clavadas al bastón y no puede ocultar la cara, y ahí, con la cabeza levantada, llora con la mirada perdida.

Y, al cabo de un momento, en el que Panturle no se atrevió a decir nada más, Gaubert resuella como un niño pequeño.

—No, no ha sido la Belline, esta vez no; ha sido algo más fuerte que yo. Es que veo que la tierra de Aubignane va a volver a tener vida. Las ganas de pan, la mujer, todo eso, son buenas señales. Lo conozco, eso no engaña. Todo va a volver a tirar con fuerza y

aquella va a volver a ser una tierra de hombres. ¿Solo que quién va a haber allá arriba, en mi fragua?

—¡Ah! Gaubert, los viejos no deben pensar en esas cosas. Y es por eso por lo que lloras... Tú sabías bien que un día tendrías que retirarte y dejar tu sitio a otro; eso es ley de vida. Lo único que debes lamentar es que el que venga no va a saber hacer los arados como tú. Tú ya te has ganado los galones. Ya has machacado bastante hierro; ahora te toca el jardín y la sombra, y la casa de tu hijo...

—Ahora me llamas de tú, como antes.

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé.

—Pongamos que no lo sabes, pero eso demuestra que por lo menos has entendido por qué lloraba. A mí me tienen todo el día aquí, en la silla, como un espantajo de higuera, sin poder mover un dedo para ahuyentar las moscas. Y cuando estoy en algún sitio donde molesto porque quieren cocinar o porque quieren barrer, Jasmin coge la silla por un lado, Belline coge la silla por el otro y me llevan como a un mueble. ¡Ah! Al principio de estar aquí, sí, me tocó la sombra y el jardín, y la casa de mi hijo, y el pequeñajo. Enseñaba a hablar a las urracas, metidas en un búcaro. Daba vueltas por ahí. Todo me hacía reír. Ahora es un castigo. No tenía que haberme ido del pueblo. ¿Y la Mamèche?

—Se fue una noche; no he sabido más.

—¿Sí? Bueno, eso es que algo ha venido a podarle las ramas secas. Volverán a salir.

Se quedan allí un buen rato tranquilos mirando lo más hondo de su pensamiento. Luego Gaubert dice:

—Panturle, te voy a hacer ese arado, o uno parecido. Quiero que sea uno de los míos el que empiece esto. Escucha, vas a ver. Primero, mira si la Belline sigue en el huerto.

—Sí, está allí al final, hacia los ciruelos.

—Eso está bien. Pasa el mango de la escoba por debajo del armario. Ahí. ¿Notas algo duro? Sácalo.

Es una reja de arado.

Es una reja; una reja desnuda como un cuchillo. Una reja maciza, aguzada, arrogante, con el costado cóncavo de los animales que corren por la colina, con una hermosa piel, sin una arruga. Podría mantenerse en equilibrio sobre el puño.

Gaubert susurra entre dientes:

—...esta fulana es de buena clase. Sí, es de buena clase. Es la última que hice en Aubignane. Cógela y métela en el saco; si entrase la Belline se llevaría un disgusto. Métela en el saco y escucha, porque la reja es importante, pero no lo es todo. Vas a subir a la fragua. Sabes que en los últimos tiempos yo dormía abajo, junto al taller. Allí hay un armario, uno grande. Ábrelo. Mira, coge la llave, aquí, en el bolsillo de mi chaleco. Coge la llave; después la puedes tirar; ya no servirá para nada. Allí, en el armario, vas a encontrar una cama de arado lista, acabada, con la

madera curvada como mandan las reglas. Una madera de primera, también; la madera que precisa esta reja. Monta la reja con la cuña y los pernos, que están también en el armario, envueltos en un papel de periódico. Ahora, si es para laborear ahí donde tú me has dicho, en la pendiente de detrás del pueblo, ahí el terreno es duro y habrá que torcer un poco más la madera, no mucho, un poco, solo un poco más torcida, como una cucharilla de café, ¿me entiendes? Para eso, pon la madera que se empape tres días en el hoyo del ciprés. Tres días, no más, y luego la tuerces despacio, empujando sobre el muslo; pero antes prueba el arado tal como está. Preferiría que no lo tocases.

Panturle mira la hermosa reja.

—No —dice—, ¡no quiero echarlo a perder! ¿Dices que los pernos están en un papel? Lo dejaré así. Irá como tú lo has hecho. Si hay que esforzarse un poco más, me esforzaré, pero lo dejaré así. Lo que yo quiero es trigo, es que crezca el trigo en todo el cerro de Chènevières, es llenar Aubignane de trigo hasta el ras de las casas. Llenarlo todo de trigo, todo lo que la tierra pueda dar.

Gaubert está inmóvil en su silla, con las manos muertas, cruzadas sobre el bastón. Hace un esfuerzo con la cabeza.

—Nuestra tierra lo puede dar, créeme. Puede dar mucho. En mis tiempos era famosa. El día que un hombre recio se ponga a ello, entonces aquello será una bendición de trigo...

La Belline ha entrado por la puerta de atrás. Trae un pato bajo el brazo y le acaricia las plumas.

—Niños nacemos, y con el tiempo niños nos volvemos —dice.

Ya es de noche cuando Panturle está de vuelta. La puerta está cerrada. Llama con el puño.

—¿Quién es? —pregunta la voz de Arsule.

—Yo.

Abre.

—Ya empezaba a preocuparme, ¿sabes?

Deja el saco de trigo sobre la mesa.

—Mira —le dice—. Mira, no he perdido el tiempo. Anda, ven, mira esto, míralo.

Saca la hermosa reja de arado, desnuda como un cuchillo, y la muestra a la claridad de la lumbre.

—¡Oh! —dice ella—. Es hermosa. Parece la proa de un barco.

Rebrotar, Jean Giono

II

Fueron a buscar el trigo. El Amoureux los esperaba en Reine-
Porque. Los sacos ya estaban descargados al pie de la fuente.

—Mira —le dice al Amoureux—, esta es mi mujer.

Y a Arsule:

—Este, mira, es un amigo, ¡y tanto!

—Tendréis que venir algún día a casa —dice el Amoureux—. A
Alphonsine le gustará.

Y se volvió con su carreta.

Al pie de la fuente había seis grandes sacos de trigo.

Panturle se cargó uno a la espalda.

—Yo voy y vuelvo; tú, mientras tanto, vigila los sacos.

Y así hasta el último.

Cuando ya lo tiene a la espalda, dice:

—Hoy nos hemos ganado el jornal. Vamos a volver por el
páramo. Ya estoy harto de subir y bajar.

La noche anterior hubo una lluvia brusca y pesada, que
desbarató el bosque. Se cayeron las hojas; ahora, los huesos de las

ramas desnudas perforan la piel del follaje amarillento. En el páramo, la hierba también está destrozada. Está aplastada en torbellinos en todos los sentidos.

—Estamos a las puertas del invierno —dice Arsule.

Va siguiendo a Panturle. Están en el borde de ese páramo donde ella sintió a la vez tanto miedo y tanto calor de amor. Piensa en ello. Piensa que fue el viento quien los casó. Ahí empezó su vida. Todo lo anterior apenas cuenta. Piensa en ello de vez en cuando como uno piensa en la enfermedad cuando ya se ha curado. Y cuando piensa en ello necesita mirar enseguida a Panturle. Por fin vive tranquila, y con alegría, lo puede decir bien claro.

En el páramo, la lluvia ha estado pisoteando la hierba durante toda la noche.

De repente, Panturle se detiene y echa el saco a tierra. Con los brazos en cruz, se para tapando el camino y no deja pasar a Arsule.

—Quédate ahí.

Avanza tres pasos en la tierra y mira a sus pies.

Parece que está pensando. Vuelve, carga con el saco, toma a Arsule del brazo y la lleva por la hierba, a su lado.

Durante el resto del día estuvo raro e inquieto. No se decidía a nada. Estuvo midiendo el grano, pero se veía bien que pensaba en otra cosa. Después lo dejó todo y se fue. Subió al pueblo. Empujó

con el hombro la puerta de la casa de Mamèche; la puerta cayó de plano al suelo y entró.

Intentó desplegar las sábanas que hay sobre la mesa.

Están deshechas. Entre las ratas y otros bichos han dejado las sábanas apañadas.

Volvió a bajar a casa por los barbechos de atrás y aprovechó que Arsule se había ido al agua para entrar deprisa, deprisa, a hurtadillas. Se pregunta:

—¿Dónde los habrá puesto?

Finalmente, cansado, se fue a la cama, que estaba hecha; la deshizo de un zarpazo, cogió la sábana en la que se acuestan él y Arsule y, como Arsule entraba abajo en la cocina, saltó por la ventana con la sábana enrollada bajo el brazo.

Se fue al páramo. Y después volvió con algo envuelto en la sábana. Un pequeño paquete como un haz de ramas cortas bien secas, porque tintinea, y con algo redondeado por debajo que lo desequilibra, como una calabaza de agua que tiende a resbalar; todo eso envuelto en la sábana con cuatro o cinco vueltas alrededor.

Luego se fue al pozo común. Tuvo que pasar su corpachón por entre los espinos para acercarse al brocal. Desató el paquete. Metió dentro dos grandes piedras. Miró hacia abajo, al agua negra que relucía como el hierro nuevo.

Luego arrojó el paquete y estuvo mirándolo hasta que el agua se lo tragó todo.

Se quedó un buen rato apoyado en el brocal y dijo en voz alta:

—Ya está hecho. Esto es lo que ella hubiera querido.

Al anochecer, se puso en la piedra de la chimenea y empezó a hablar.

—Una de aquí que hubiera disfrutado al vernos juntos.

—¿Quién? —pregunta Arsule.

—Una de aquí. La llamábamos Mamèche. Me decía todo el tiempo: «busca una mujer, búscala». Me llegó a decir: «si quieres, yo voy a buscártela». Creo que se marchó para eso.

A eso Arsule no tenía qué responder, salvo hacer un ligero mohín.

—Y hasta creo que se marchó para eso, y que ahora está muerta.

Después de decir eso, hubo que explicarlo todo, lo de la sábana arrancada de la cama y todo lo demás.

Arsule se sienta a su lado y se aprieta contra Panturle, porque la muerte, cuando se habla de ella, es algo que te deja helado. Después se pone a pensar.

—¿En el páramo, dices?

—Sí.

—¿Cuando vivía, iba toda de negro, había algo oscuro en sus gestos?

—Sí —dice Panturle, sorprendido.

—Bueno. Te lo voy a decir. Entonces, era a mí a quien iba a buscar. Si pasamos por Aubignane esta primavera, fue porque hubo algo que nos empujó a esta tierra, fuera de nuestro camino,

algo que nos dio miedo. Era ella, la que se levantaba entre la hierba. Ella me forzó venir aquí. No lo lamento, pero es la pura verdad.

Se lo contó todo a Panturle, con todo detalle. Todo, desde el principio hasta el final, y él sonríe un poco porque ahora entiende cómo se fueron encadenando las cosas.

—Está bien.

Volvió la cabeza y miró el trigo medido.

Durante tres días, fue como estar en un barco. Sin descanso. Siempre con las manos en algo. El primer día, todo el tiempo era: «Arsule, dame el destornillador», «Arsule, intenta recordar, ¿has visto una caja como esta con herramientas?».

Y al final, al anochecer, gritó: «Arsule, ven a ver». Y allí, delante de la casa, sobre la hierba fresca, posado en el prado como un saltamontes, estaba el arado.

—Con esto... —dijo Panturle—.

Al día siguiente, fueron a quemar las hierbas del terreno. Había que vigilar para que el fuego no se escapase.

El día después, la noche después, y hasta el alba, sonaban por allí ruidos que eran casi los de una granja de verdad y Panturle no pudo dormir.

Abajo, en la cuadra, estaba el caballo. Ocupaba el lugar de Caroline. Se le oía golpear el suelo con los cascos, sacudir la cadena, rascarse contra las telas y hasta resoplar temblando

como una trompeta, porque era un caballo entero y confundía el olor de la cabra con el de una yegua.

A fuerza de mirar la ventana, en la habitación llena de noche vio el alba detrás de los cristales. Se iluminó de repente, de color de rosa: eso quiere decir que hará bueno. Panturle se levantó y Arsule, que parecía dormida, de cara a la pared, se dio la vuelta y dijo:

–Voy contigo. Me gustaría verlo.

–Espera un poco. Ese caballo está alborotado, y cuando siente una mujer al lado se pone tonto. Voy a engancharlo. Tú ya vendrás, más tarde.

Ya está allí. Esto va a empezar.

Tirará derecho hacia abajo, hasta unos matojos que ha dejado adrede como señal; ese será el surco maestro. Todos los demás irán paralelos. Y cuando desde aquí hasta aquel cedro nuevo esté todo arado y quede todo como la cubierta de un tejado, entonces ya estará. ¡Adelante!

Ha recobrado su instinto de matador de animales para clavar con fuerza el hierro agudo en la tierra, que ha gemido, que cede. El hierro ha desgarrado un buen trozo que se vuelve negro y graso. Y de golpe la tierra reacciona; se rebulle, intenta morder y defenderse. Todo el atalaje se ha sacudido, desde la quijada del caballo hasta los hombros de Panturle. Enseguida mira la reja; sigue entera, a pesar de que ha ido a dar contra una buena piedra.

–Vas a pasar de todas formas –dice Panturle con los dientes apretados.

Y ahora la gran cuchilla que parece una proa de barco navega por la tierra en calma.

–Vamos, Negro, tira un poco más, pedazo de haragán.

Todo es alegre y claro. Y llega el sol, que ha saltado desde los cerros y sigue subiendo. Y llega Arsule, que ha saltado el arroyo y sigue subiendo.

Rebrotar, Jean Giono

III

La diligencia de Michel se para ahora al pie de la cuesta de Vachères a las diez. Ya ha encontrado la forma. No se sabe cómo lo hace, pero el caso es que son las diez.

—Vamos a esperar al tío Valigrane.

Michel se pone a tocar la bocina. Están a la sombra de la alta iglesia comida por la hiedra. Ahí viene Valigrane, que baja por el camino como un mozo; ahí viene, por el atajo, recortando las curvas y todo. Se da prisa; tanta que parece que se va a caer.

—¡Eh, no tengas prisa, que hay tiempo. No hay fuego!

—No quería hacerte esperar.

—¿Te parece que no estamos bien aquí a la sombra?

Valigrane se seca la frente con un pañuelo muy grande y muy limpio.

—¿Entras dentro o vienes aquí? —pregunta Michel señalando el sitio a su lado, en el pescante.

—Voy a tu lado, al aire libre. Ahí dentro, encerrado, a mí no me va bien.

Los caballos han empezado la lenta subida serpenteando y agitando las campanillas de la collera. Hace calor. Estamos en agosto.

Michel, que sabe por qué va Valigrane a Banon, dice:

—Habrà mucha gente.

—Sí, es lo que yo le digo a la mujer; ha tenido que pasar justo el día de la feria.

—Esto les va a fastidiar, pero con estas calores no podían aguantar ni un día más. Ya no podían; empezaba a oler. Yo les dije: «No hace falta que cerréis». Tienen salida por la trasera de la casa y no vale la pena cerrar el café justo el día que hay más personal. El coche fúnebre viene por detrás, carga y se va. Y por delante es como si nada. ¿No es cierto?

—¡Oh! la verdad es que... Es una faena, justo el día que pueden ganarse cien o ciento cincuenta francos, y eso no pasa todos los días, que tengan que cerrar y mandar a los clientes a la competencia. Como si no tuvieran ya bastante desgracia...

—Es lo que yo digo.

—Es lo que diría él si pudiera hablar; venga, vamos: sin tambores ni trompetas... De todas formas, era un buen hombre el tío Joseph.

Llegamos a un recodo desde donde se ve toda la comarca hacia abajo. No está dorada de trigo como de costumbre; solo está de un amarillo sucio a través del que se ve la tierra.

—Ay, este año, vaya año...

—¿También ha sido así en lo vuestro?

—Sí. Nosotros, lo normal es que hubiésemos cogido cincuenta cargas; pues puede que haya cinco, y del malo, y eso con diez veces más de trabajo, y más sufrido que de costumbre; entonces, ya ves...

—Sí, por todas partes es igual.

—Bien puedes decirlo: en Reillane, en Forcalquier, en Manosque. Nos empeñamos en sembrar ese trigo de la India; entonces era novedad, y ahora, ya ves.

—Y luego tuvimos la tormenta gorda.

—¡Ah, sí, claro, y lo que vino después!

—¡Y el daño que ha hecho!

—Sí, ha hecho mucho daño —repite el tío Valigrane, que guarda bien dentro la memoria de los trigales—, y si ha hecho tanto daño ha sido por culpa de las modas. Si se mezcla la gente, salen tontos a mansalva, y si se mezclan las plantas y las cosas de las plantas... Te voy a decir: yo he estado en una tierra, no te voy a decir dónde, que sabrías de quién te hablo. Allí había uno de esos que entienden de las cosas de la tierra, o por lo menos eso dicen, un profesor, vaya, y pagado por el gobierno. Alquiló una granja pequeña, limpia, ordenada, todo en su sitio como Dios manda, con una buena huerta de verduras. Una viña, unas moreras, un prado pequeño, unos cerezos... Ya sabes. Bueno. Pues ese profesor la cogió. Y se puso en serio, ¡eh! Se quitó la chaqueta, se quitó el chaleco, se remangó la camisa y adelante

con ello. Al cabo de un año aquello era un desierto. Un desierto, lo que te digo. Les dio un castigo a aquellos árboles... que daban pena. Ni cerezos, ni viña, ni prado. Todo aquello, antes, vomitaba vida. Y un poco por aquí, otro poco por allá, y esta rama debe ir para el otro lado... Ponía los racimos de uva en bolsitas de papel; sí, así como te digo. Ahora, si tú quisieras volver a coger esa granja, te la daría que no la querrías ni regalada: está todo muerto. ¿Tú has visto a ese hombre, el médico de las raíces, con su libraco en la mano? Eso... eso no se aprende en los libros.

—Tú siempre estás bien enterado de las noticias.

—No, mira lo que te voy a decir: has hablado tú de la tormenta. Si hubiéramos sembrado trigo del nuestro, el trigo que está hecho a la cosa de nuestra tierra, al tiempo de aquí, habría podido resistir. Tú ya sabes, la tormenta tumba los trigos; bueno, una vez. No creas que la planta no piensa en eso. Dice: bueno, hay que coger fuerza, y poco a poco va endureciendo el tallo y al final se tiene de pie, a pesar de las tormentas. Y al final todo vuelve a su sitio. Pero si vas a buscar cosas al otro lado de la tierra, si escuchas a esos señores con sus libros: «Esto aquí, eso allí; ¡ah! eso no se hace». ¡Una catástrofe, eso es lo que te pasa!

—En eso, Valigrane, soy de tu misma opinión.

—Date cuenta de que todos nos hemos dejado embaucar. Yo, el hijo lo quiso, el yerno lo quiso. ¿Que queréis ese trigo? Pues ponemos ese trigo. Y ahora estamos todos mirando al cielo delante de los graneros, y ahora ya lo vemos, y ahora ¡ay! el

mistral ya puede tocar el tambor con todas las paneras vacías. Así es. Si por lo menos nos sirviera de lección...

La cuesta del camino se descuelga ahora más suave por la colina. Ya se ve la linde del bosque por arriba y la hierba seca del páramo.

—¿Qué le pasa al caballo cárdeno?

El caballo de la izquierda vuelve la cabeza hacia la vaguada que cruza el bosque; sacude la cruz y estira el cuello, y relincha hacia el fondo.

—¡Ah! Otra vez igual; déjale. ¿Sabes lo que le pasa? Pues fue una vez, por mayo... Desde ahí, ya sabes, se ve el collado de Aubignane, mira, allí abajo. Subíamos como ahora, y se puso a cantar. Aquella vez no le di importancia. Al día siguiente, lo mismo, y siempre en el mismo sitio. Pensé: «¿qué habrá por allí?». Miro, y allí, en Aubignane, donde solía estar rojo como el maíz, estaba todo verde, pero verde de un hermoso verde intenso. Eso era lo que había visto el animal.

—En esas cosas sí que reparan...

—Sí.

Aquí en el páramo, los caballos van al trote y el aire es un poco menos caliente.

—Mira, ya ves —dice Michel—, aquí está igual que en todas partes.

Señala con el látigo un sembrado de cereal entre la hierba y pequeños haces de mies como topineras.

A pesar del mal año, con la feria de verano la villa se ha llenado. En todos los caminos hay hombres y carros, mujeres con bultos, niños vestidos de domingo que aprietan en sus puños derechos los diez céntimos para el buñuelo. Vienen por todas las cuestas de las colinas. Viene un buen montón de gente por el camino de Ongles, todos juntos, con las carretas al paso y todo el mundo entre el polvo; apiñados por los senderos de la parte de Laroche, andando con el saco al hombro y la cabra detrás; algunos se paran bajo los chopos del camino de Simiane, justo debajo de los muros, en medio del sonido de todas las campanas del mediodía. Los hay parados en la encrucijada del molino; los de Laroche se encuentran con los de Buëch. Se mezclan como una carga de ramas en medio de un arroyo. Se miran unos a otros con una breve ojeada que va de los ojos a los sacos de trigo. En seguida se hacen una idea.

—¡Qué malo, este año que estamos pasando!

—¡Y qué flojo el grano!

—¡Y qué poco!

—Ay, sí.

Las mujeres se hacen a la idea de que allá arriba, en la plaza, hay vendedores de telas, de vestidos y de cintas, y de que van a tener que pasar por delante de todos esos puestos, y de que van a tener que aguantarse. Desde aquí se huele ya a fritanga; se oye, como el sollozo de un órgano, el carrusel de los caballitos de madera; se les pone la cara larga con esas invitaciones a la fiesta en un hermoso día al aire libre que les echa en cara el mal trigo.

En el prado en pendiente, a la sombra de los manzanos, la gente de campo se sienta alrededor de su almuerzo. Otros años solían ir a la fonda a comer el guiso de carne. Hoy, hay que ahorrar.

No es que en el albergue estén de más; no: en la mesa larga del medio ya no hay un sitio libre y han puesto los veladores a los lados, entre las ventanas, y las dos chicas están ya sofocadas, que parece que tienen un tomate maduro debajo del pelo, y corren sin parar de la sala a la cocina, y la salsa parda les resbala por los brazos. No es que en la fonda no tengan tiempo para rezar el rosario; no, pero los que andan por allí son sobre todo los tratantes de las tierras llanas, esos gordinflones que vienen aquí para exprimir a la pobre gente porque saben servirse mejor de la lengua y quieren comprar por las menos perras posibles. No son buena gente. En la plaza, los vendedores y los bazares han montado tenderetes con toldos de tela entre los tilos. Expuestos bajo las lonas, hay sombreros, pantuflas, zapatos, chaquetas, pantalones de pana, muñecas para los críos, collares de coral para las chicas, cacerolas y ollas para las amas, y juguetes y pompones para los más pequeños, y chupetes para los niños de teta de los que la madre no se puede desprender. Eso es muy práctico. Hay vendedores de tela a medida con la regla de madera un poco más corta de lo debido.

—¡Acercaos, que os haré un corte generoso!

Hay confiterías y vendedores de pasteles y frituras, con críos pegados como moscas a la miel; hay uno que vende hierbas para

tisanas y libritos donde se explican y se curan todos los males del cuerpo, y, al lado de la báscula de las ovejas, un tiiovivo con caballitos de madera abigarrados y ruidosos que da vueltas entre los árboles como un moscardón.

Y entre el calor, hay ruidos y gritos hasta volverte sordo como si tuvieras agua en los oídos. En casa de Agathange han dejado abiertas las puertas del café. Por ellas sale un arroyo de humo y de gritos. Dentro, alrededor de las mesas de mármol, han estado comiendo salchichón y vino blanco y ahora discuten agitando los vasos vacíos con el puño y la voz. Agathange ya no puede más. Está en pie desde esta mañana. No ha tenido ni un minuto para sentarse. Siempre de camino entre la cocina y el café, teniendo que pasar entre las mesas y entre las sillas. Ahora, aquel del fondo que quiere un vermut. Habrá que bajar a la bodega. Está en mangas de camisa, una bonita camisa de flores rojas. Tiene un buen pantalón y no lleva cuello duro. El cuello duro de celuloide está colocado en la mesa de la cocina al lado de las tazas limpias. Allí están también los dos botones de hierro y un corbata con el nudo ya hecho, negra, nueva, recién comprada para la ocasión. Al final de la cocina está la puerta del pasillo. Da a las escaleras de las habitaciones. Está abierta; está como pintada con una luz de cirio que cae desde arriba. En los momentos en que hay un poco de calma, Agathange va a la puerta y llama despacito:

—Norine, ¿no necesitas nada?

Se oye bajar una vocecilla:

—No.

—¿No quieres un poco de ron? Un poco de ron, venga.

—No, vamos, vuelve al trabajo.

Mientras sigue sirviendo, Agathange mira el reloj de pared. Pronto serán las tres.

—¿Cuatro vinos? Bueno.

Pronto serán las tres. Norine baja a la cocina.

—¿Has pensado en la caja? ¿estás seguro?

Se lo pregunta a Agathange porque todavía no han llegado. Ya deberían estar aquí. Con el calor que hace, sería mejor que ya estuviera dentro.

Agathange tiene bajo el brazo la botella de vino y en la mano la cafetera, y en la otra mano la bandeja con tazas.

—Que sí, tía, ya te lo he dicho, lo he pensado, pero precisamente un día de feria... Y además, todavía no es la hora, falta un poco, no son aún las tres. Me dijo que vendría a las tres, y son menos cinco. Mira, están llamando. Va a venir, no te preocupes.

La viejecita mira las tazas limpias sobre la mesa y el cuello duro y la corbata negra, y a Agathange, que está colorado y reluciente de sudor, y el cajón del mostrador abierto hasta atrás, que rebosa de billetes de cinco francos...

—No es que me preocupe, pero... es que ya no huele bien, ya sabes...

Fue Jérémie el que ha apartó la cortina de la puerta y gritó:

—¡Señor Astruc, ¿quiere usted trigo?!

El otro se sorprendió tanto que se giró de golpe y temblaron la mesa y los vasos.

—¿Y dónde has visto tú el trigo? No hay diez granos que valgan en toda esta comarca.

—No sé si hay diez granos que valgan, pero le aseguro que he visto seis sacos, y del bueno.

Entró y se ha acercó con sus largas piernas hasta la mesa. El señor Astruc lo mira. A Jérémie se le lee la mirada.

—Deme un cigarro.

El Sr. Astruc saca su paquete.

—Le cojo dos.

—¿Y entonces?

—Entonces, está ahí, detrás de los caballitos, en el sitio donde se acostumbra a dejar las mulas. He tenido que ir yo a mirar. Hay uno que está allí con sus sacos delante. No dice nada a nadie. Solo mira. Está allí esperando. Yo le he dicho:

—¡Eh! ¿qué tienes ahí?

—Trigo —me dijo. Y lo más curioso es que es verdad. Ya sabe usted, señor Astruc, que yo de esto entiendo, no es la primera vez... Pues bueno, estoy seguro de que no ha visto usted nunca un trigo como ese.

—Deme usted fuego.

—¿Qué bebes?

—Nada; ya he bebido bastante. Pero si hace usted el trato, me dará usted algo. Podría haber ido también a ver a Jacques, pero pensé primero en usted.

El señor Astruc es una gran barriga bien envuelta en un doble chaleco, con una cadena de reloj que lo sujeta todo, y que va encima de dos piernas pequeñas, pero se levanta de un golpe.

—Tengo que ir a verlo. Agathange, ahora vuelvo, ponnos unas jarras de cerveza.

Sí que son seis sacos los que tiene. Se los ve desde aquí. El Sr. Astruc ya los ha contado. Y ya ha visto que hay bastante gente mirando el trigo. Y ya ha visto que todavía no están los otros intermediarios.

—Dejen pasar, dejen pasar.

Su primera mirada es para el trigo. En seguida se le llenan los ojos.

—¡Vaya!

Es pesado como el plomo de munición. Está sano y dorado, y limpio como no lo puede estar más; ni un chinarro. Nada más que grano: seco, sólido, limpio como el agua del arroyo. Quiere tocarlo para sentirlo correr entre los dedos. Es algo que no se ve todos los días.

—No se toca —dice el hombre.

El Sr. Astruc le mira.

—No se toca. Si es para comprar, vale. Pero si es para mirar, mire con los ojos.

Es para comprar, pero no lo toca. Lo comprende. Él haría lo mismo.

—¿De dónde lo traes?

—De Aubignane.

El Sr. Astruc se vuelve a inclinar sobre el hermoso grano. Se le ve que hincha la tela de los sacos. Se le ve sin polvo ni paja. No dice nada y nadie dice nada, ni siquiera el que está detrás de los sacos vendiendo. No hay nada que decir. Es un buen trigo y todo el mundo lo sabe.

—¿Está cosechado a máquina?

—Está cosechado con esto —dice el hombre.

Enseña sus grandes manos, heridas por las varas, y según las abre se le rompen las costras y sangra. Al lado del hombre hay una mujer pequeña y joven, nada fea, toda tostada por el sol como un ladrillo. Mira al hombre de arriba abajo, muy contenta. Le dice:

—Cierra la mano, que sangra.

Y él cierra la mano.

—¿Entonces?

—Entonces, me lo quedo. ¿Esto es todo lo que tienes?

—Sí. Tengo otros cuatro sacos, pero son para mí.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

—Pan, qué si no...

—Dámelos, te los compro también.

—No, ya se lo he dicho. Me los quedo yo.

—Te doy ciento diez francos por ellos.

—¿Nada más? —pregunta un hombre que hay allí.

El de detrás de los sacos mira a la mujercita. La sonríe con los ojos y los labios y vuelve la cara hacia el Sr. Astruc, sin la sonrisa,

con la misma cara que tenía en el momento de decirle «no se toca».

—Yo no sé si es mucho o es poco, pero quiero ciento treinta.

La mirada del Sr. Astruc baja hacia el trigo.

—Bueno, me lo quedo.

Y no lo dijo, lo gritó, porque el órgano de los caballitos había empezado a atronar.

—Pero los diez sacos —volvió a gritar.

—No —gritó el hombre—. Estos seis, ni uno más; los otros son para mí, ya te lo he dicho. A mi mujer también le gusta el buen pan.

¡Ha hecho un buen trato con ese trigo! Todo el mundo habla de ello. Para empezar, el Sr. Astruc se metió dos buenos puñados en el bolsillo. Los va enseñando por aquí y por allá, por todos lados.

—Mirad un momento —dice.

Y abre su mano gorda, que está llena de ese hermoso trigo, hermoso y sólido como un hombre.

—¡Vaya trigo! —dice la gente—, ¡y encima, este año!

—Y cualquier año, se podría decir —añade el Sr. Astruc—, cualquier año; este trigo es de concurso. Es la primera vez que veo algo así. Y cosechado a mano y aventado al mistral. El que lo ha sacado no es manco. Y le ha hecho sangrar bien las manos.

Le escuchan, y silban con un largo silbido de admiración.

—¡Compañero!

¡Es Jérémie!

Va por toda la feria.

—¿Has visto el trigo que ha comprado Astruc?

Si dicen que sí, él dice:

—Lo he encontrado yo. Ya se iba sin nada, desnudo como un gusano. Lo he encontrado yo.

Si le dicen que no, sujeta al hombre por el hombro y le grita:

—Vete a verlo, que en tu vida verás algo así.

¡Menudo trato!

A las cuatro de la tarde no se habla de otra cosa.

—Es uno de Aubignane, eso parece.

—Yo creo que le conozco.

—Ya ves, lo que es la tierra. Se han marchado de allí uno detrás de otro, porque aquello ya no daba para más, eso parecía, y luego, ya ves.

—Agathange le conoce.

—Yo también. Le llaman Panturle. Su nombre es Bridaine; es algo primo mío, lejano, por la parte de la mujer.

—Ya pueden decir lo que digan; ese trigo de fuera, para nuestras tierras, no vale como el de aquí. Ya lo ves...

Y el Sr. Astruc corre como una rata a pesar de su barriga y siempre con la mano en el bolsillo.

Detrás de los caballitos de madera, allí atrás, debajo de los tilos, sigue Panturle. Está aturdido y como borracho por culpa de ese órgano que gruñe como diez puercos, está aturdido también

por todo el dinero que tiene en la mano. Arsule está junto a él, apoyada en él y brillando de alegría como la llama de una vela.

Ese es el vino de Panturle: es sentirla junto a él y contenta. Aquí, donde ya no queda nadie, le rodea la cintura con el brazo y la aprieta un poco para sentirla ligera y cimbreante como una gavilla; y en la otra mano lleva los cuartos.

—¿Estás contenta? —le dice.

—Como para no estarlo...

—Hemos hecho dinero con esto. ¿Cuánto dices que será?

—Setecientos ochenta.

—Nunca he tenido tanto.

Luego, se levantaron y se fueron a la feria. Ya estaba todo claro. Y como no estaban hechos a andar entre la gente, Panturle llevaba a Arsule agarrada con el arco de su brazo, pero al llegar a donde las barracas, la estrechó una última vez y luego la soltó. Y ahora van como dos personas formales.

Se paran delante del tenderete de Lubín.

—Este vende bien. Deberías comprarte un par de pantalones y una chaqueta.

—¿Y tú?

—Bueno, yo...

—Si tú no te compras nada, yo tampoco.

—Yo ya veré.

—Yo también.

Y pasan de largo.

Estuvieron a punto de enfadarse por eso, porque lo mismo pasó con de los zapatos y con todo lo demás.

Al final, Panturle cogió los billetes que tenía en el regazo, entre la camisa y la piel, y se los dio a Arsule. Todos.

—Toma, haz lo que te de la gana.

De esa forma la cosa fue mejor: compraron la chaqueta, los pantalones, los zapatos, dos mantas bien bonitas, de pura lana, un gran cesto con tapadera, seis pañuelos, tres grandes y tres pequeños, una cuerda bien larga, una piedra de aguzar, tres cuchillos de mesa, una cacerola, una olla.

Después, Arsule se echó a reír; sacó un billete de diez francos y dijo:

—Este, ¿me lo das?

—Claro, te los he dado todos.

—No, pero este lo quiero para mí.

—No tienes más que cogerlo.

Lo cogió riendo y dijo:

—Espérame, que voy a comprarme una cosa.

La esperó allí, al lado de la oficina de correos. Ella salió del ferial y bajó por la calle que va a la plaza mayor. Al cabo de un rato, volvió con un paquetito envuelto en papel de seda.

—Toma —le dice.

Es una bonita pipa nueva. De buena madera, y un paquete de tabaco.

Tiene lágrimas en los ojos. No sabe qué decir:

—Tú, tú... —como una amenaza, como diciendo: «tú, si te pillo...».

Ella está llena de alegría, como una paloma.

—Ya sabía que tenías ganas. Y ya ves, todavía me quedan dieciseis sueldos.

Y es verdad, le quedan dieciséis sueldos.

Habrían podido esperar al Amoureux. Fue él quien les llevó los sacos en la carreta, y les había dicho:

—A las seis estaos delante del carro y esperadme; volveremos juntos.

Pero ya están hartos de tanto ruido, de esa música, de todos esos gritos, de los petardos y de toda esa gente que bebe, y de todos esos vendedores que pregonan, y del órgano que da vueltas con la manivela.

—Esto me pone tarumba —dice Panturle—, y si sigo más me va a volver loco.

—¡Y a mí! —dice Arsule.

La verdad es que tienen sed de estar solos en su silencio. Están acostumbrados al campo abierto, vacío, que vive lentamente a su lado. Allí están cimentados, carne con carne, sabiendo de antemano lo que piensa el otro, conociendo las palabras antes de que lleguen a la boca, conociendo las palabras incluso cuando se están formando a duras penas en lo más hondo del pecho. Aquí, el ruido los separa como un

cuchillo y durante todo el día han necesitado tocarse con el brazo o con la mano para contentar un poco al corazón.

—¿Sabes lo que deberíamos hacer, para andar bien? Irnos enseguida a pie.

Se fueron por el camino de Saint Martin, que va atajando.

Al principio había un gran chopo que se puso a hablarles. Luego, el arroyo las Saunières les acompañó gentilmente arrimándose al camino, silbando como una culebra domesticada; después, el viento de la tarde se les juntó e hizo un trecho de camino con ellos, y luego los dejó para irse con la lavanda, y luego volvió, y luego se volvió a marchar con tres abejas gordas. Así fue. Y lo pasaron bien.

Panturle lleva el saco donde están todas las compras. Arsule, a su lado, va al paso del hombre, dando zancadas para ir con él. Y se ríe.

Entonces llegó la noche, en el momento en que, ya fuera del bosque, se desviaban hacia la vaguada de Aubignane; entonces llegó la noche, la vieja noche que ellos conocen bien, a la que aman, la que tiene los brazos húmedos como una lavandera, la que está brillante de polvo, la que les trae la luna.

Oyen respirar a la hierba desde kilómetros, a lo lejos. Están en casa.

El silencio los amasa en una misma bola de carne.

Justo después de la feria hubo tres días de los que suele haber a menudo al comienzo del otoño. ¡Una lástima! Hizo todo tipo de cochinadas: viento, agua, tormenta...; el cielo estaba como un caldero. Y con todo eso, un frío de hielo. Hoy queda un poco de niebla, blanca como la leche. Está todo calado, no se puede salir, te traerías todo el campo en las suelas de los zapatos. Panturle está en la cocina haciendo un mango para el destornillador. Arsule ha vaciado el armario. Ha encontrado en el desván un baúl lleno de periódicos del año de la tana. Con unas tijeras hace festones de papel para ponerlos en los estantes.

—Esto protege, y además hace bonito.

Está arriba en la habitación; se la oye ir y venir. La niebla se pega a la ventana. No se ve ni el pueblo. Dentro de esa niebla se oye gritar a un cuervo. Y se le ve pasar de vez en cuando delante del cristal como una sombra del aire. Aparte de eso, ni un ruido, salvo el crujido del silencio.

Panturle se ha puesto en el pequeño redondel de luz gris que se cuela por la ventana. Ha tallado un trozo de rama de roble y lo hace entrar a la fuerza dentro del collar del destornillador.

Pero de repente levanta la nariz y se queda un momento con las manos perdidas, escuchando. Luego se vuelve suavemente hacia la puerta. Y al volverse pone mucho cuidado para poner los pies sin ruido en las losas, y ahí está ahora, de cara a la puerta. Dirige la mano al gran cuchillo de cazador

que hay sobre la mesa. Sujeta el ancho mango en su puño y la hoja cae como una hoja de iris mojada. Sin mover la cabeza mira la hoja. Está bien. Aquí está. Bueno. Entonces respira hondo y en silencio.

Y entonces hay como un roce en la puerta. Han empujado un poco la puerta, para ver. Se ha dado cuenta porque desde que agarró el cuchillo no le ha quitado los ojos de encima al picaporte de la cerradura, el picaporte que está sujeto por una muesca en el hierro. Y el picaporte, que está un poco suelto, se ha movido de plano, y ha chocado con la muesca. Panturle mira una vez más el cuchillo. Luego mira al techo. Allí arriba ya no se oyen los pasos de Arsule, pero baja un suave tarareo, que es una canción que él conoce bien... Bueno. Ella está arriba recortando papeles. Está bien. Para subir allí arriba tiene que ser por la escalera. Y delante de la escalera está él, Panturle, con su cuchillo.

Puede salir bien del asunto.

El picaporte de la cerradura se levanta despacio. Sin ruido; lo hacen con cuidado. Empujan la puerta. La niebla de fuera entra como humo por la rendija de la puerta entreabierta.

Se abre la puerta. Es un hombre, que está en el umbral. En cuanto ve a Panturle se queda con la mano apoyada en el llamador. Es un viejo.

—¿No es aquí la casa de Bridaine?

—Aquí es —dice Panturle.

—Buenos días —dice el hombre.

—Buenos días —dice Panturle.

—Venía a ver... Escucha, ¿no te importa que entre? No hace nada de calor aquí afuera.

—Entra y cierra la puerta.

Panturle no ha soltado el cuchillo y mira al hombre. El hombre hace como que tiembla, con escalofríos, abrazándose la chaqueta.

—Hace mejor aquí.

—Sí, no se está mal. ¿Estás solo?

En ese momento es cuando el hombre ve el cuchillo.

Dice:

—¡Oh!

Y luego:

—Sí, estoy solo, y no te hace falta eso, Bridaine; no he venido aquí a lo que piensas y no soy de esos que tú piensas. Y tienes un buen cuchillo. Y yo sé bien de cuchillos: soy afilador.

—¡Ah!, es eso —dice Panturle; le ha salido una sonrisa bajo el bigote y ha dejado el cuchillo.

—Sí, es eso —dijo el hombre.

Le ha hecho sentarse al lado de la chimenea, donde se cuece la sopa en las brasas, a fuego lento. Le escucha. El tarareo de arriba apenas se oye. Hay que saber para entender. Más vale así.

El hombre mira con parsimonia las cuatro paredes, inspeccionando.

Ahí, en la pared de la derecha hay un pañuelo de mujer colgado de un clavo. Ha visto que en la repisa de la chimenea hay unas cajas bien colocadas; las más grandes delante, las más pequeñas al final. A un lado de la ventana hay una silla y en el respaldo de la silla unas medias de mujer; en la espadaña de la silla hay un ovillo de algodón de zurcir, un huevo de madera, un cartón de agujas. Claro. Del otro lado de la ventana... Pero con eso ya basta.

—Entonces —dice el hombre—, pues he preguntado y me han dicho: «está en Aubignane». Me pilló casi de camino. He dado un rodeo y he venido. No me hace mucho trastorno: solo un poco más de camino, y además tengo una cosa que decirte.

—Di.

—¿Tú no te has movido de aquí?

—No.

—¿Y sales a menudo al campo, por ahí?

—Sí.

El hombre se calla. Todavía no ha madurado lo que le quiere decir.

Le dice:

—Yo una vez pasé por aquí y vine a esta casa, pero no había nadie. Además, aquella vez, tuve problemas todo el tiempo. Y además, también aquella vez, saqué a la orilla a un hombre que se estaba ahogando en el hoyo de Chausières.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí: era yo.

—¿Eras tú?

La satisfacción estaba escrita en su cara.

—¡Ah, bueno!

Se gira, solo para borrar esa alegría que se le nota demasiado.

—Eras tú, entonces. Bueno. Porque justamente tú podrías decirme y explicarme, y así no habré venido en vano hasta Aubignane. En dos palabras: aquella vez, ya que eras tú, yo estaba con una mujer. ¿Sabes?

Por un momento no se oyen más que dos o tres goterones de lluvia que vienen a golpear el cristal, porque al final se ha puesto a llover otra vez.

Panturle no responde.

—Yo estaba con una mujer, entonces. Te lo voy a decir todo como es debido para que me entiendas. Era una que yo había recogido. Íbamos juntos. Y luego, aquella noche, desapareció como el humo. Se esfumó en el aire. Tú, yo lo comprendo, debiste recuperarte, y como el fresco de la noche caía y te encontraste allí, solo, porque no nos veías; estábamos acostados bajo los sauces... Entonces te marchaste, es natural, pero ella... Todavía no lo entiendo. Entonces, pues eso, yo quería preguntarte, como ya les he preguntado a los de las granjas de por ahí abajo: alguna vez, cuando andabas por ahí cazando o lo que sea, ¿no te la habrás encontrado? Viva o muerta, o de

cualquier manera, no importa cómo, por saberlo, para que yo lo sepa ya de una vez.

Se oye la lluvia en los cristales.

Continúa en seguida:

—Porque, te voy a decir, esto es lo que hay, el verdadero porqué. A esa mujer, ya te he dicho, la recogí un día en Sault, así, sin más. Y no es de lo mejorcito, no precisamente, es más bien de esas que han andado rodando por todos lados. Yo, la verdad, no era difícil, por mi oficio y encima a mi edad, y además, ¡para lo que la hacía! En fin, de todas formas, es así. Es una de esas «María, acuéstate aquí».

Y además, también, en lo tocante a las cosas de la casa —de todas formas, estas mujeres son todas así—, no vale ni un pimiento. Mira, a mí me gusta el pote de alubias con patatas y tomate, con una brizna de albahaca y un chorrito de aceite. No es nada difícil. Pues a ella nunca le salía bien. Así es. Es un poco gata, ya me entiendes; se va a acurrucar al calorcillo de cualquier brasero, y allí remolonea, pero, para el trabajo, ah, sí, siempre tiene tiempo.

Y luego, para los sentimientos, mira, eso es otra cosa que hay que tener en cuenta. Que no cuesta tanto ser agradecido, y ahí se ve bien quién es educado, porque además hay que serlo. Bueno, pues para esas cosas de los sentimientos, es como la madera muerta o como las piedras. Ya puedes ponerte a darle todo lo que ella quiera, tener detalles, portarte con cortesía, traerle esto, traerle aquello, hacerle la vida más llevadera.

Nada: como si fuese de madera, es menos agradecida que las señales de los caminos. Mira, estaría más contento si tuviera un perro.

Mientras la charla, Panturle se levantó, fue a la mesa, cogió la pipa y el tabaco y volvió a sentarse; cebó bien la pipa con el pulgar y ahora la enciende con un ascua. Ha cogido el ascua directamente del fuego con los dedos. La mantiene sobre el tabaco e hincha los carrillos. Por fin sale el humo, que al cabo de un poco se hace bien espeso. El ascua se ha vuelto negra entre sus dedos.

El hombre, después de eso, espera. Panturle mira el extremo de la pipa.

—Te digo todo esto —continúa el hombre— porque es la pura verdad. Si he dicho una palabra de más, que me muera aquí mismo. Hay veces en la vida, como ahora, que no te puedes equivocar. Porque con seres como ese, cuanto mejor te portas, antes te la clavan. Entonces, más vale estar prevenido. Porque si ya lo sabes, hay que ser muy tonto para que te la den. ¿No es cierto?

Panturle fuma. La lluvia pega su barriga de babosa contra los cristales. Una gotera escupe por el lado del corral. El hombre pone la mano en la rodilla de Panturle.

—Pues eso es, compañero, ya te lo he dicho todo. Es por tu bien. Me pareció verte en la feria. Y me dijeron que tú sabes dónde está esa mujer.

Panturle retira la rodilla. Saca la pipa de la boca.

—Sí, lo sé —dice—. Está conmigo.

—Entonces...

—Entonces nada.

—¡Después de todo lo que te he contado!

—Sí.

Se quedan así, mirándose. Y entonces surge como una sonrisa en los labios del hombre, una ligera culebrilla de sonrisa que la voz de Panturle corta por la mitad.

—Sí, después de lo que me has contado, porque todo eso no me importa y... (se aclara la garganta, porque él también tiene algo que decir desde hace tiempo, y la pura verdad también, y una vez limpio el gáznate, vale la pena).

Y además, ya puestos, quiere chafarle del todo esa sonrisa.

—¿A mí qué me importa? Además, tengo dos ojos y dos orejas y dos brazos con buenas manos y me las apaño solo, y sé mirar a mi alrededor sin la ayuda de nadie, y sé lo que sé. Para empezar, si es tan mala, estarás contento de haberte deshecho de ella.

—Sí, pero era mi mujer, y yo la he mantenido durante dos años.

Panturle deja la pipa sobre la piedra del hogar. Da la vuelta a la silla y sienta su enorme cuerpo frente a la cara del hombre y empieza a mirarle fijamente, sin pestañear, y se está así un buen rato, y las brasas bufan entre la ceniza porque la lluvia cae por la chimenea.

—¿Tú la has mantenido? ¡Durante dos años! Es posible. Y tú, compañero, ¿no llegaste a pensar que ella te daba dos años de su vida? Dos años, y durante esos dos años ¿llegaste a pensar que ella ya daba su vida por acabada y que viviría el resto de los días igual que los que vivió contigo? Escucha, no quiero ofenderte, estamos aquí para hablar, estamos aquí para decírnoslo todo, cara a cara. Porque lo que me callo, normalmente no lo suelto si no me hacen soltarlo, y para no soltarlo hay que ser fuerte. Dejémoslo así. Entonces, ¿has pensado un poco en lo que te he dicho? No debía de ser muy divertido vivir contigo. ¿Cuánto tienes? No respondes, ya se ve. ¿Me entiendes? Yo creo que está pagado de sobra.

El hombre está pensando, haciendo sonar las palabras para sus adentros. Y tienen buen sonido.

—De acuerdo —dice—. De acuerdo, estoy pagado, dices tú. Y dices que soy viejo. Bueno, pues de eso precisamente es de lo que te quiero hablar. Soy viejo, y sobre todo en eso fue en lo que pensé cuando me la llevé conmigo. Tú todavía no sabes lo que es ser viejo. Ya lo sabrás, y yo te lo deseo. Entonces para mí era un poco la compañera, y además, también prefiero decírtelo, era la que tiraba de la carreta.

Se calla. Baja la cabeza. Se pone la mano derecha en el hombro izquierdo para palparse el dolor agudo que le ha dejado clavado ahí la correa y que extiende sus raíces de dolor por todo el lomo.

—Cómprate un burro.

—Es caro.

—Bueno —dice Panturle lentamente—. No soy de esos que se aprovechan de los demás y me gusta cuando me hablan a la cara. Escucha, si te digo la verdad, te estaba esperando, un día u otro. Has venido hoy y hoy lo vamos a arreglar, y se acabó. Ya verás.

Se levanta. De pie, es tan alto como la chimenea. No tiene más que extender la mano y agarrar la cajita que pone «pimienta». Se sienta.

—Toma, el burro te lo pago. Pero ya me entiendes; te cambio la mujer por un burro, ¿entiendes? Te doy para comprar un burro y se acabó.

Saca de la cajita un billete de cincuenta francos.

—Sí, pero el ronzal —dice el otro— y el arnés y todo lo demás... Porque ahora tendré que ponerle unas parihuelas a la carreta...

—Bueno —dice Panturle—, entonces serán sesenta, y ya está. Burros, a treinta francos encuentras todos los que quieras.

Tiene los billetes entre las puntas de los dedos. Dice una vez más «toma», porque el otro duda y masculla todavía alguna cosa por debajo del bigote:

—Toma.

El hombre coge los dos billetes, los cuenta: uno, dos. Bueno. Los guarda un poco entre las manos. Si alguna vez tuviera que volver por allí... No. Se los mete en el bolsillo. Ya está.

—Pero me vas a hacer un papel —dice Panturle.

—Un papel, ¿de qué? Para esto no se hace papel.

—Eso se hace para todo. Tú pones: «He recibido sesenta francos», y luego firmas. Nada más. Con eso basta. Tú y yo sabemos lo que quiere decir. Venga.

Hacen el recibo. Gédémus tenía un lápiz y arrancó una hoja del cuaderno donde apuntaba sus cuentas.

—Haz una raya debajo de sesenta —le dice Panturle—, para que se vea bien. Aquí. ¿Qué es lo que has escrito al final?

—Gédémus, es mi nombre.

—Bueno, está bien. Espera, vamos a echar un trago.

Brindaron con vino.

—Yo ya me voy —dice Gédémus.

—Claro —dice Panturle.

Le acompaña hasta la puerta. Ya no llueve. No era una lluvia fuerte. Hace sol por encima de la bruma y la hierba brilla.

Gédémus se detiene en el umbral.

—De todo esto que te acabo de decir de la mujer, tú ya lo sabes, pues... no hay nada de verdad.

—Ya lo sé —dice Panturle.

Deja la puerta abierta para verle bien cuando se va. Y ya está. El silencio vuelve. Una rama de tilo gotea en un cubo que han dejado fuera.

Panturle regresa despacio a la mesa. Vuelve a colocar la caja en la repisa.

Hay que poner el mango al destornillador.

Ahora que ha vuelto el silencio, se sigue oyendo allí arriba a Arsule canturrear mientras ordena el armario.

IV

La labores de otoño han empezado esta mañana. Desde el primer corte del arado, la tierra se ha puesto a humear. Era como si hubiera fuego allí debajo. Ahora que hay ya seis largos surcos alineados y bien apretados, flota por encima del campo una humareda como de quemar rastrojos. Sube a la luz del día y se pone a brillar al sol como una columna de nieve. Le ha dicho a los cuervos que dormían volando sobre el viento del páramo: «Allí están trabajando, y habrá gusanos». Entonces vienen todos, primero uno tras otro llamándose a gritos, luego en bandadas, como grandes hojas llevadas por el viento. Están alrededor de Panturle, flotando en el aire denso como restos de madera alrededor de una barca.

Serían como las once de la mañana cuando Panturle paró para recolocar el ronزال, que se había soltado. Y justo cuando acabó y levantó la cabeza, a través del sol que ya calentaba, vio a un hombre de pie en el terreno de Marius Aubergier.

De repente, dejó caer la correa.

¿Quién será ese? Arsule está sola en casa. Empujó con el pie la estaca del freno y dejó el arado bien clavado en la tierra. Amarró bien fuerte el arado, allí al final del terreno, con tal fuerza que el caballo podía hacer cabriolas sin riesgo, y ya se iba para la casa cuando vio que el hombre bajaba hacia allí. Entonces, le esperó. Pero dejó el atalaje colgado, porque pudiera necesitar tener las manos libres, nunca se sabe.

El hombre vino derecho. Tenía una pequeña gorra; la pana de los pantalones estaba casi nueva. Se le oía gritar desde lejos.

Al llegar al surco, se agacha y coge un poco de tierra entre los dedos. La mira, la huele, la desmenuza entre los dedos dejándola caer y mira la grasilla rojiza que se le queda en la piel. Luego se limpia los dedos en el pantalón y se acerca.

—¿Qué tal? —dice—, ¿va todo bien?

—No va mal —responde Panturle.

Desde cerca, es un hombre algo más bajo que Panturle, pero muy fornido, con buenas trazas, unos hombros como el frontal de un carro y unas buenas manos.

—Esta tierra es rica, sabes.

—No es mala —dice Panturle.

—Te lo digo —continúa el hombre— porque voy a ser tu vecino. Sí. ¿No eres tú el que ha vendido ese trigo tan bueno en la feria de Banon? ¿Sí? Bueno, pues tú eres quien me ha decidido. Hace mucho tiempo que la mujer me decía: «Vámonos a nuestra tierra, Desiré, y allí seremos nosotros nuestros amos». Hace mucho tiempo que lo dice, pero nunca

lo hemos podido hacer. La bolsa es escasa, y la tierra, ya sabes, en el llano los que la tienen la defienden con uñas y dientes. Yo soy labrador, por la parte de Mane. Y en el fondo, la cantinela de la mujer también se me iba metiendo dentro, después de tanto tiempo. Y al final, se ha hecho todo como si lo hubiéramos planeado de antemano.

Panturle le dijo:

—Vamos a ir a comer algo, pero déjame que haga otros tres surcos.

Y el hombre fue caminando al lado del arado en lo que Panturle acababa. A cada rato se agachaba, cogía unos puñados de tierra y le palpaba la grasa.

Al entrar en la casa, el hombre miraba cada cosa con satisfacción. Era un hermoso día gris, suave como pelo de gato. Se colaba por la ventana y por la puerta y lo bañaba todo en su suavidad. El fuego en la chimenea resoplaba y arañaba con sus uñas rojas el caldero del caldo, y el caldo bullía gimiendo, con un olor espeso a puerros, a zanahorias y patatas hervidas que llenaba la cocina. Se paladeaban ya las verduras en aquel aire. En la mesa de la cocina había tres hermosas cebollas peladas que relucían, moradas y blancas, en un plato. Había un pote de agua, un pote de agua clara y el sol rubio y pálido jugaba con ella. Las losas estaban limpias y fregadas y al lado del fregadero, en una grieta hendida en la piedra donde daba la luz en la tierra negra, había crecido una hierbecilla de color

verde claro que levantaba su cabeza granada (Arsule la deja crecer por gusto. La llama Catalina y le habla cuando friega los platos).

El hombre lo mira todo tomándose su tiempo, un tiempo para cada cosa, con calma. Se va haciendo una idea. Y cuando ya se la ha hecho, dice:

—Aquí estáis bien.

Y esta idea, si antes no la tenía bien acabada, la siguió asentando con el rico caldo de Arsule, un cuenco lleno hasta el borde baboso, y luego otro con todas las verduras enteras, con los puerros blancos como peces y las patatas cremosas y las zanahorias y con todo el sabor que eso deja en la boca. Una gran loncha de jamón magro con una lista de tocino que brilla como el hielo de la fuente. Luego, el queso amarillento entre las hojas de nogal y perfumado con hierbas, que el hombre masticaba lentamente, primero porque empezaba a tener la tripa llena y luego porque le parecía que amasaba con la lengua un trozo de la propia colina con todas sus flores. Entonces aquella idea acabó de rematarse y volvió a decir:

—¡Aquí estáis bien, estáis bien!

Y luego:

—Esto sí que es vivir.

Y luego:

—¡Qué buena ama!

Y luego:

—Vamos a ser vecinos, buenos vecinos, como solo se puede ser aquí. Te dejaré mi mulo; tengo una sembradora americana. Y después, ya verás... ya verás...

Entonces llegó el momento de separarse, porque desde hacía un rato el hombre ya no decía nada, atiborrado de buen caldo por dentro y atiborrado de buenas imágenes por fuera. Y Panturle volvió a pensar en su trabajo. Entonces llegó el momento de irse. El hombre estrechó la mano de Panturle. Estrechó el meñique de Arsule, que tenía las manos mojadas, ya atareada fregando, y les dijo al irse:

—Dentro de tres días conoceréis a toda la familia: la mujer, que también es muy buena, y luego los críos; ya veréis, tengo un muchacho y dos niñas pequeñas.

Pues había que instalar a toda esa gente. Hubo una buena fiesta.

Serían quizá las cuatro de la mañana, en plena noche, ¡uf!, cuando llegaron. En la casa dormían. Empezaron con los: «¡Eh! Buenas noches», que debieron de durar no poco tiempo, porque dormían como los sordos. Luego llamaron a la puerta y Panturle se levantó.

Les hizo pasar a la cocina. Enseguida encendió el fuego, Arsule bajó con unas enaguas solamente bajo el camisón y toda florecida con sus pechos hinchados. Luego, delante de la gente, se cubrió.

La mujer de Désiré se llama Delphine. Es una mujercita rechoncha, bien rellena por delante y por detrás. Tiene un cuello ancho que parece hecho de tocino de cerdo, dos ojillos agudos y una bonita boca de fruta.

—Sí, señora —le dijo Arsule.

Delphine fue tres veces a la tartana y cada vez volvía con los brazos cargados con un niño dormido. Primero trajo a la más pequeña, Madeleine, con la cara como hinchada por un profundo sueño y tan bonita como una rosa abierta.

Después, su hermana Pascaline, con la cabeza colgando hacia atrás como una calabaza al final del tallo.

Más tarde, el pequeño Joseph, que estuvo a punto de despertarse. Abrió la boca y dijo:

—¡Vamos, arre, mulo!

Estaba soñando.

Los acostaron en sacos. Prepararon vino caliente. Llegó el alba y la luz. Mientras tanto, Désiré desaparejó el mulo y lo dejó a cubierto junto a Caroline, en el establo.

—Lo mejor que podemos hacer —dijo Panturle— es dejar a las marquesas aquí e irnos nosotros dos; luego volveremos a buscarlas.

Así lo hicieron, y Arsule y Delphine pudieron conocerse bien a fondo, a su manera, a la manera de las mujeres; hablando de esto, de lo otro; de las enaguas, del guiso de las aceitunas, de lo que cuestan los zapatos, de las fatigas que se pasan; de que no hay que quejarse demasiado. Y todo fue bien.

Los niños despertaron muy sorprendidos. Allí había unos cuencos de leche de cabra para los tres, que Arsule les trajo temblando.

Luego volvieron los hombres: ya eran como hermanos. Habían recorrido unos hermosos terrenos y la mañana corría como un arroyo de oro.

—Lo que habrá que hacer, Delphine, será montar las camas, las de los críos y la nuestra, después de colocar la mesa. La chimenea es buena. En cuanto a la cocina... este dice que comamos aquí este mediodía.

—Por supuesto —dice Panturle.

—Ay, no, será mucha molestia —dice Delphine.

Pero Arsule:

—Sí, vosotros coméis aquí: me da mucha alegría estar un poco con los niños.

No los dejó en todo el día. La madre estaba atareada con la instalación y ella se los llevó a pasear por el campo. El chaval estuvo con su padre y con Panturle, que medían los terrenos a grandes zancadas. Arsule cogió de la mano a las dos niñas y pasearon por todos los alrededores.

Es el día más hermoso de todo el final de este otoño. El aire está bien afilado y limpio, pero el sol todavía caliente y no hay una nube. Se oye el vuelo de los zorzales en los enebros. Una liebre pelirroja se detiene sorprendida en medio del retamar y luego se va con un largo salto tendido a ras de tierra. Unos cuervos se llaman; los buscan pero no los ven. Se diría que es la

gran porcelana azul del cielo lo que cruje. En los setos deshojados quedan los frutos del escaramujo, que las heladas nocturnas han trechado y que están blandos y dulces.

La pequeña Madeleine le dijo a Arsule que en Mane los llaman «rascaculos».

Se rieron las tres, y Arsule dijo:

—¡Espera, que te lo voy a rascar yo. Espérate!

Fueron hasta al lado del arroyo. Estaba todo embigotado de hierbas sucias, y bastante gruñón, porque las lluvias le han dado mucha agua. Y por eso se queja. Se queja de vicio. Nunca está contento. En verano está gimiendo porque se muere, y luego... los arroyos son siempre así.

De esta manera empezaron las pequeñas su amistad con esta nueva tierra.

Hay un zarapito que llama entre los matorrales. Ellas, cuando iban hacia Basse-Lande aprendieron que hay que anudarse el pañuelo para que la humedad no te cale. Saben que, cuando vas hacia el páramo, ese ruido que se oye es el viento. No hay que tener miedo.

¡Además, Arsule es tan cariñosa!

Cae la tarde y se oye llamar:

—¡Pascali...i...ine!

Vuelven hacia el pueblo.

Delphine ya ha hecho su nido. La casa donde se ha instalado está justo delante de los campos en pendiente. Al subir, se ve la luz de la lámpara.

—¿Entonces no queréis cenar con nosotros esta noche?

—¡Ah! —dice Delphine—, qué queréis, tenemos que acostumbrarnos. Si ya empezamos esta noche a hacernos compañía, no nos va a quedar nada para las veladas de este invierno. No, la casa ya está lista. Nos quedamos.

Hay fuego en la lancha y unas llamas de más de un metro, y sale de allí un hermoso sonido que endulza el corazón. Todo es ya agradable, está todo barrido y ordenado. Hay poco, pero bien colocado. Y a lo largo de la pared, las sombras hacen de muebles.

—Buenas noches —dicen los pequeños ofreciendo sus mejillas.

Arsule baja ella sola. Arriba, los niños hablan.

Parece un nido de urracas.

—Soy yo —dice Arsule al llegar.

Panturle ha preparado la cena.

—¿Y adónde vas ahora?

—A ver a la cabra —dice Arsule.

Busca bajo el vientre de Caroline y allí, entre el pelo caliente, palpa y agarra un cabritillo. Se sienta en la paja, al lado de la madre cabra. Se pone el cabritillo sobre las rodillas. Lo acaricia. Con el paseo le ha entrado un gran apetito de caricias de niño.

Rebrotar, Jean Giono

V

La primavera ha vuelto de lleno.

El sur se abrió como una boca. Exhaló un largo aliento, húmedo y tibio, y las flores se estremecieron entre la simiente, y la tierra redonda se puso a madurar como un fruto.

La escuadra de nubes largó amarras. Montaron una larga caravana de grandes nubes que subían hacia el norte. Duró bastante, mientras se sentía hincharse la tierra por tanta lluvia y por la vida recién despertada en la hierba. Por fin, de una vez, se vio bullir el cielo libre bajo la popa de la última nube.

Sin embargo, queda una barredura de cielo flotando, enganchada al campanario de Aubignane como un trapo alrededor de una piedra en un arroyo.

Están allí, pero todavía no se atreven a empezar los trabajos de primavera, a echar mano a la laya o a los sacos de simiente. Empezar... no se atreven. Todavía puede llover, de un momento a otro; están justo bajo el aliento de la gran nube, y el día joven y rubio todavía está temblando de relámpagos.

—Bueno, eso... mientras no venga el viento...

Panturle está sentado al lado de las rocas, bajo el ciprés. Se ha puesto las manos, desocupadas, sobre las rodillas. Fuma. Mira el humo, que se extiende por fuera de la pipa como una cosa viva: tiene cuerpo. Eso es porque el aire está todavía en calma. No ha llegado el viento.

Escucha.

No, el viento no ha llegado. No se oyen sus pasos en el cielo, pero el sur está limpio del todo, y no tardará. Puede que sea esta noche, puede que mañana...

—Así estaba la noche cuando lo de la Mamèche. Y después... Si ella pudiera verlo... Debería verlo, y si no, es que no hay justicia.

Desiré repintó las contraventanas y puso una puerta nueva en su casa. Se oye a la Delphine que grita a los niños, y después voces de criaturas entre los setos. Las dos casas tienen la pana de las tierras labradas delante de la puerta, como alfombras.

Panturle le da vueltas a la cabeza. Es un día claro. Se ven muchas cosas. Se le presentan todas limpias y claras ante los ojos y les ve bien los como y los porqués. Ve el orden. Está bien claro que hay que tirar la basura al otro lado de los lirios, y está bien claro que si no se tira la basura al otro lado de los lirios, sino que se tirase por ejemplo aquí, o ahí al lado del cerezo pequeño, habría moscas, y además olería mal, y además ya no habría orden. Lo tiene claro. Está bien haber aplanado la era y haberle instalado un eje al viejo rulo. Está bien tener

en la repisa de la chimenea una cajita, aunque en la cajita ponga «pimienta». Está bien tener esta cajita preparada por si acaso surgiera la ocasión de un buen mulo. Eso podría pasar. Ya veremos. No se puede vivir siempre de prestado.

Por el camino baja Arsule con sus zuecos; se los oye a los dos. Arsule canta. Da la vuelta al seto.

Viene hacia aquí. Arrastra un poco los pies. Mueve un poco los hombros al caminar como si tuviera que ayudar a las piernas con la fuerza de todo el cuerpo. Está más pesada, está más lenta. Juega con una rama de espino.

Él la ve venir. Viene por la hierba nueva procurando pisar donde aún no han nacido margaritas. Aquí está.

—Ya está al caer el sol y tú, aquí.

—¡Ah, sí! —dice él—. Estoy cavilando...

La ve con ojos nuevos. La ve con toda su entereza y su aplomo.

Extiende el brazo:

—Párate, espera un poco, muchacha.

Y luego:

—Acércate, deja que te vea.

Ella se le acerca. Él la agarra por la curva de las caderas. Es como una jarra entre sus manos.

—Me parece que... no estabas tan rellenita...

Tiene entre las manos toda la redondez de la jarra de carne. La interroga así, de abajo arriba. Ella baja la cara llena de una alegría como el cielo.

—Sí —dice ella—; ahora ya lo sabes.

—¿Es seguro?

—Está más claro que el agua; que está vivo, que la otra noche sentí una patada aquí.

Se toca el costado.

—Me dijiste «¿qué te pasa», y yo te dije «nada».

Él se levanta. Pone los brazos en los hombros de la mujer. Así. Ella tiene sobre los hombros ese brazo desnudo que es como un peso de agua.

—Muchacha...

Hay tantas cosas que le diría que más vale decir «muchacha» y dejarlo ahí. Y todo eso que aún queda por decir se deja al calor del corazón, que es su sitio. Ella, a su lado, susurra:

—Pienso en ello y me entran cosquillas en las manos y en la boca y tiemblo de pensar en tenerlo entre los dedos y en besuquearlo por todas partes.

Y continúa al cabo de un momento:

—Voy a poder amamantarlo bien, siento que los pechos me germinan.

Y luego:

—Puede que luego me quede reseca como una corteza.

Se quedan un tiempo mudos, respirando uno junto a otro. Y otra vez es ella la que habla, como si fuera la continuación de un sueño:

—Cuando estemos los dos en la hierba, rociaré la hierba con mi leche para hacerle reír.

Desde el pueblo baja una voz:

—¡Pascali...i...ne!

Delphine esta buscando a sus hijas.

—Yo también —dice Arsule, nada más.

Ahora Panturle está solo.

Dijo:

—Muchacha, cuídate mucho, camina despacio; ya iré yo a por el agua para ti, esta tarde, ahora. Estamos muy bien los dos juntos. No echemos a perder el fruto.

Y después empezó a andar con sus largos pasos de montañés.

Camina.

Está impregnado de su alegría.

Tiene canciones amontonadas ahí, en su garganta, apretándole los dientes. Cierra los labios. Es una alegría que quiere masticar para sacarle todo el sabor y salivarle mucho tiempo el jugo como un cordero que come la centáurea del atardecer en las colinas. Va así hasta el momento en que el buen silencio se le ensancha por dentro, y a su alrededor como un prado.

Está delante de sus tierras. Se ha parado delante de ellas. Se agacha. Coge un puñado de esta tierra crasa, llena de aire, cargada de semilla. Es tierra de buena voluntad.

Entonces, de golpe, aquí, de pie, se da cuenta de su gran victoria.

Le pasa por delante de los ojos la imagen de la tierra antigua, refunfuñona e hirsuta, con sus ásperas retamas y sus hierbas como navajas. Comprende de golpe esa terrible meseta que era él, esa anchura abierta al gran viento iracundo, a todo lo que no se puede combatir sin ayuda de la vida.

Está de pie delante de sus tierras con sus anchos pantalones de pana parda listada; parece que va vestido de su labranza. Con los brazos caídos, no se mueve. Ha ganado: ya está.

Está sólidamente clavado en la tierra como una columna.